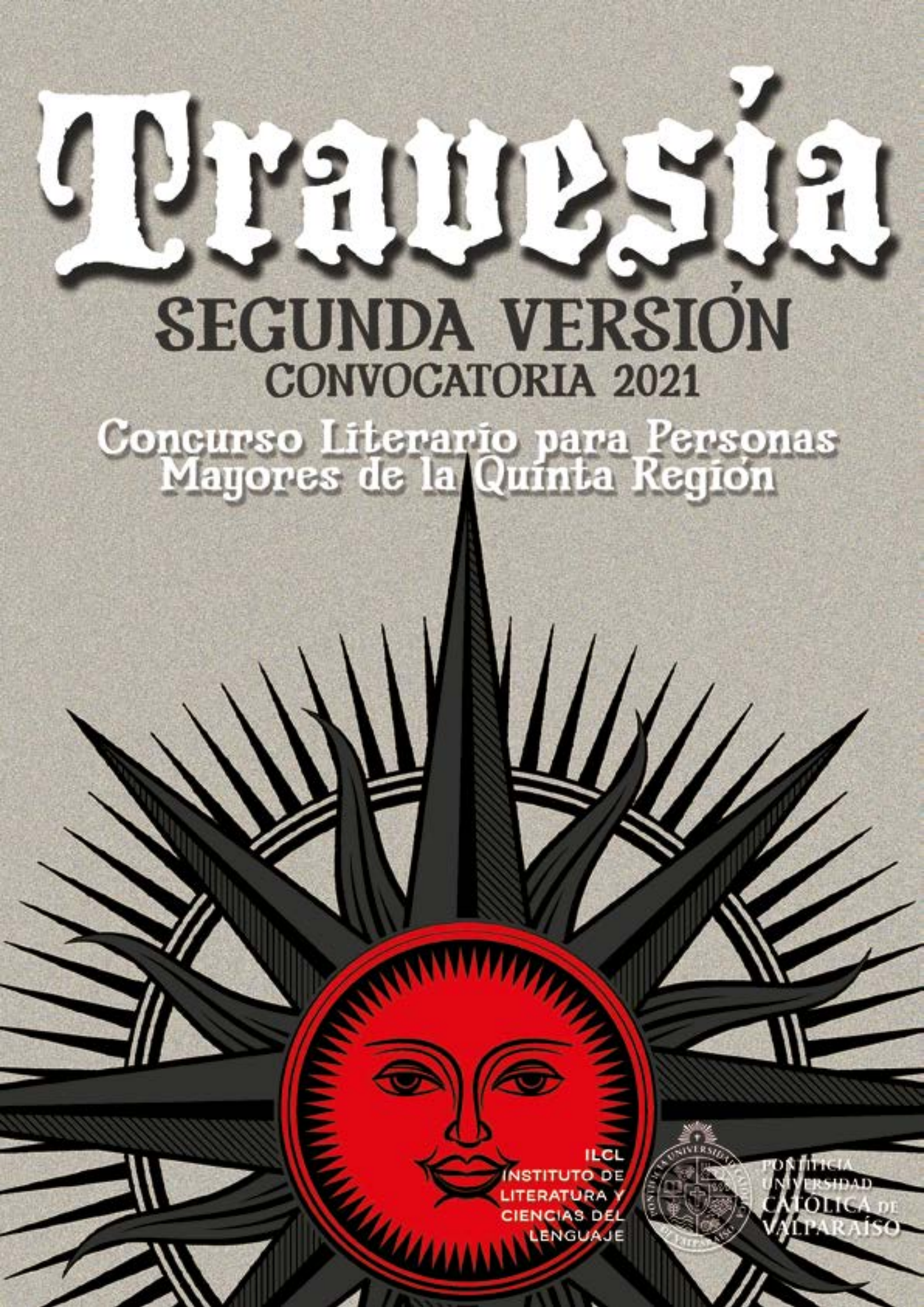
Travesía

SEGUNDA VERSIÓN

CONVOCATORIA 2021

Concurso Literario para Personas Mayores de la Quinta Región



ILCL
INSTITUTO DE LITERATURA Y CIENCIAS DEL LENGUAJE

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

ÍNDICE

Presentación 1
Primer lugar - Travesura 4
Segundo lugar - Esa Imagen 6
Tecer lugar - Petorca 8

Después de un día franco 9
18 de octubre del año en curso 10
El Rider 11
La nave que soy 12
Atardecer 13
El baile 14
Cuando tenga sesenta y cuatro 15
Fragmentos de mi vida 16
Las canas en la familia y alrededores 17
Te quiero, te amo, te adoro 18
Las piedras del camino 19
El abrigo verde 20
Sin título 21
Remembranzas después de un siglo 22
Doña Elvira 23
Los cuerpos giran 24
Amistad 25
Desayuno 26
La gardenia y don Remigio 27
Una nueva ilusión 28
Entre parto y aborto 29
Día de todos los santos 30
Caza de mariposas 31
El sepulturero del cementerio general 32
La desnudez del poema 33
Método infalible para regar un limonero 34
Decían que Cubelli 35
Junto a ti 36
El niño de la bicicleta 37
El examen de castellano 38
No me alcanzó 39
Parte de mi vida... 40
Cambio de ritmo 41
Ataque al corazón 42
Un inmigrante 43
El hombre que yo amé (2005) 44
El Bisagra 45
Fue en búsqueda de su hermano 46
Abrir la vida 47
El cuerpo de Cristo 48
La sequía 49
Cómo te lo digo 50

La perla del mercader 51
Visita nocturna 52
Mi renovado ser y estar 53
Andrés un pintor artístico fabuloso 54
Esperanza 55
El mundo mejor 56
Concurso 57
El chincol 58
Bitácora de una pandemia 59
Fiel hasta la muerte 60
El camino del encuentro 61
Domingo 62
Notas de piano, un día de invierno 63
El cerro de la esperanza 64
Encumbrando ilusiones 65
Prosas de infancia 66
El abuelo 67
Un alto en el camino 68
Acusación 69
La espera 70
Una visita inesperada 71
La goma 72
Ya visto 73
Encargos 74
El zorzalito 75
Amigos 76
La partida celestial de mi abuela 77
Ojos azules 78
Una mente incontrolable 79
Cuento de ánimas 80
Memorias de un placillano 81
La micro 705 82
Una catedral doble... 83
Frío 84
Por montes y silencio 85
El mejor de los amantes 86
Recalada 87
Una experiencia congelante 88
Carta a un extraterrestre 89
KOIWE de tres patas 90
Instinto materno 91
¿Arena cuéntame qué eres? 92

Siempre hay una primera vez 93
Post-Mortem 94
Un cuento para Vicky 95
La mujer que no tenía zapatos 96
Un día distinto 97
Mi amigo Antonio 98
Juicio final 99
Un salto por la ventana 100
Añoranzas 101
Un cuento real 102
El domingo fatídico 103
Es amiga y enemiga a la vez 104
Castillo embrujado 105
El portal 106
Esperanza 107
La última Navidad 108
Tarde de domingo en Viña 109
La sorpresa de Ricardo 110
Mi padre 111
Una nueva oportunidad 112
El camino 113
Una travesía por el Planeta de los Viejos 114
Tras mi muerte 115
Rosa y Renato 116
Dos dípteros 117
Monólogo de abandono 118
Benjamín 119
Cinema Paraíso 120
Petricor 121
Silencio 122
La Sorpresa del Rocoto 123
Mi vivencia 124
El Zamacuco 125
Un mito urbano en la universidad 126
La leyenda de Venus y Marte 127
Traición 128
Vida 129
El paralelo 130
Superstición 131
El discursillo 132
La cajón de muertos 133
El organillero 134

Presentación

por Claudio Guerrero Valenzuela
Jurado Travesía 2021 y profesor ILCL PUCV

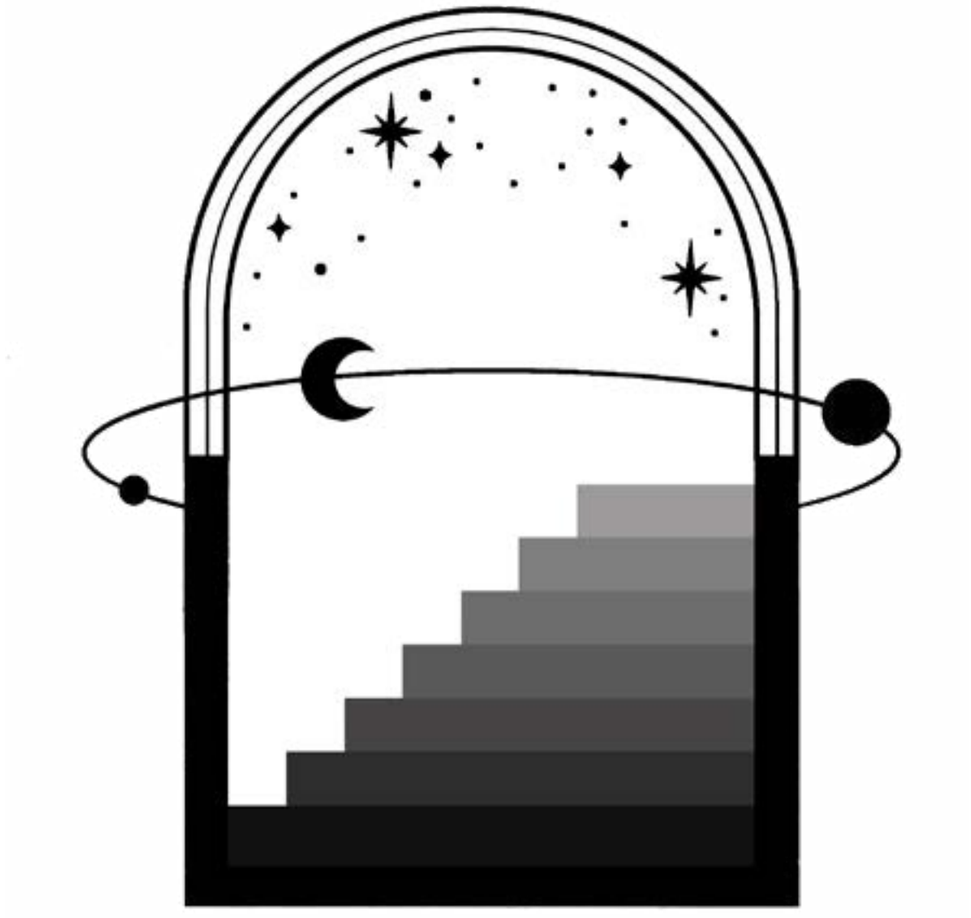
En este centenar y medio de breves textos es posible hallar una variedad de formas, puntos de vista, tipos de narradores y tópicos que atraviesan la escritura. Los participantes del Concurso Travesía 2021 de la PUCV han hecho volar la imaginación proponiendo diversos viajes por la memoria, llena de recuerdos, pero también de anhelos y angustias que se conectan con el presente. Estos procesos determinan la escritura de modo tal que las y los lectores podrán verse reflejados en cada página, porque se trata de textos llenos de vida.

Es llamativa la recurrencia de imágenes que tienen que ver con el amor, tanto la satisfacción por una vida amorosa plena como el dolor por la pérdida de un ser querido. Parejas, hermanos, hijos, la relación filial en su conjunto, aparece aquí de manera sobredeterminada, tanto para remarcar las biografías de vida que en el recuento se consideran satisfactorias como las que han en algún momento quedan detenidas por un conflicto, una ausencia o un adiós. Ese resquemor de la pérdida a menudo aflora de manera dolorosa o melancólica en consonancia con una sensación de soledad irreparable.

Pero también es dable reconocer los juegos de escritura que experimentan con un narrador personificado. La arena, el mar, una casa, una goma o una mosca adquieren vida para contar en primera persona una historia oblicua, próxima a la fábula, sobre la cual es posible extraer un consejo, rescatando una de las funciones primordiales de toda narración en su filiación con un carácter didáctico. Otros textos experimentan con el lenguaje, adoptando voces campesinas o populares, incorporando una dimensión dialógica a la narración que dinamiza la lectura y aviva la historia. Y otro grupo de textos explora el humor o la anécdota graciosa detenida en el tiempo y que retorna vivaz al volver ser contada. En todos estos tipos de textos es posible atender a la dimensión oral de la narración, aquella que sirve para ser escuchada, la que permite reunir tanto a quien relata como a quien escucha. Escritura con la finalidad de divertir, expandir la realidad o con carácter pedagógico, sobre la cual es posible extraer una enseñanza.

En esta oportunidad, hemos premiado a tres relatos que sobresalen sobre el conjunto por proponer una trama que no se resuelve sino hasta último minuto. Juegan con la ambigüedad y la emoción. Dicen, pero no dicen. Más bien sugieren situaciones que recuerdan la dificultad de nombrar el dolor, de darle cabida a aquello que la sociedad no quiere escuchar por incomodidad o desidia. Las atmósferas de estos tres relatos premiados mantienen la atención en esa dirección. Quedan resonando las causas no totalmente explicitadas de las acciones centrales de sus relatos. Esto obliga a volver sobre el relato junto con el estremecimiento causado. “Petorca”, “Travesura” y “Esa imagen”, los tres textos premiados, confluyen en la idea de subrayar acontecimientos y hechos terribles de nuestra memoria histórica, poniendo en entredicho algunas de las fisuras que configuran nuestra cultura. Algo así como un nombrar sin nombrar. En esa sutileza se juegan el riesgo de sus narraciones. El efecto es un escozor que cumple con una de las funciones primordiales de la literatura: tocar el cuerpo de quien lee.

Primer Lugar



Travesura

María Bernardita Gómez - 74 años - Viña del Mar

Respiraba con dificultad después de pulsar Enviar y releer el mensaje que decía escuetamente sí, esta noche. Esperó un par de minutos y apenas comprobó que había sido recibido por su amiga Teresa, apagó el celular. Solo una tenue claridad, gracias a la ventanita a mitad de la escalera, permitía a Isabel buscar a tientas cada peldaño; entrecerraba los ojos para distinguir mejor y sentía como su corazón bombeaba a toda máquina, mientras recordaba la alegría inesperada de haber sido contactada por su antigua compañera de la infancia; Facebook había sido el medio que le permitía soñar con otro futuro. Pisaba lentamente. Cuando llegó al primer piso, se detuvo un instante para comprobar que los ronquidos de su marido se mantenían y quebraban el silencio. Abrió la puerta de calle y se deslizó como una sombra, cerrándola suavemente tras de sí. Se alejó rápido y antes de doblar la esquina aminoró el paso; desde uno de los bolsillos de su parka extrajo una máscara de bruja y se la colocó. Luego reanudó su caminata entre grupos de niños que lucían diferentes disfraces y se acercaban a las casas para tocar el timbre y vocear ¡dulce o travesura! De pronto los vio; sus niños, ocho y cinco años apenas; Abel estaba de hombre araña y Danielita lucía como princesa, con una corona de cartón y un vestido largo de tul rosado.

Ambos le mostraron bolsos de caramelos y chocolates recolectados.

-Ahora vamos a hacer un viaje sorpresa- les dijo con el tono más alegre que pudo, mientras les colocaba ropa de abrigo -por eso llevo esta mochila grande- he hizo un gesto con su mano derecha para que miraran su espalda.

-¿A dónde iremos, mamá?- interrogó Abel, pero no obtuvo respuesta.

-¿Y el papá …?- con voz compungida, Danielita se apretó contra las piernas de su madre.

-Se queda sin paseo, no quiso comprar dulces, así que le toca ¡soportar nuestra travesura!- gritó con una fuerza que le salió del alma.

Al acercarse a la ventanilla para comprar los pasajes a una ciudad sureña que desconocía, Isabel se sacó la máscara y la luz mortecina del pasillo del terminal de buses evidenció los moretones de su cara y una costra de sangre que pintaba sus labios.

Segundo Lugar



Esa imagen

María Eugenia Romero - 72 años - Valparaíso

Más allá de nuestras propias vidas, cada mañana intentábamos contarle a la gente una nueva historia. Pero esta historia quedó ahí, entre los muros de un canal de noticias y mi memoria, que aún la mantiene viva desde hace más de 30 años.

Esa tarde habíamos finalizado la reunión grupal donde decidíamos darle forma y contenido a las historias que emitiríamos en la noche.

Marcelo, un compañero, me andaba buscando.

—Acaba de llegar una persona que necesita ver algo, ¿lo puedes atender?—me dice —, tu eres la que mejor conoces las imágenes de archivo que se ocuparon en el reportaje de anoche.

—Dile que pase —le respondí.

Por el pasillo vi aparecer a un hombre de unos 45 años más o menos, me saludó tímidamente, se notaba algo tenso y ansioso.

—Ayer ustedes dieron un programa donde me pareció ver a un familiar— me dijo y agregó — Quisiera saber si me puede mostrar esas imágenes para verlas más de cerca, con más detención.

Su mirada era esquiva, como si intentara ocultar dentro suyo un relato doloroso.

—La verdad es que hace muchos años que lo andamos buscando —continuó.

Y fue en ese momento que entendí el relato que su mirada trataba de expresarme.

—Se lo llevaron detenido el 73 y en todo este tiempo no hemos sabido nada de él.

Lo ubiqué en una de las islas revisoras, un espacio mínimo donde sólo había una silla y una mesita con la máquina y el monitor. Tardé unos minutos en ir a buscar el material del día anterior. Fueron minutos que en realidad fueron años para él, y también fueron años para mí. Volví e introduje la cinta.

—Si, si...esto es lo que salió anoche— me dijo. Se quedó absorto en la imagen, se acercó al monitor como queriendo palparlo por un momento —Sí, parece que es Fernando — me dijo convencido.

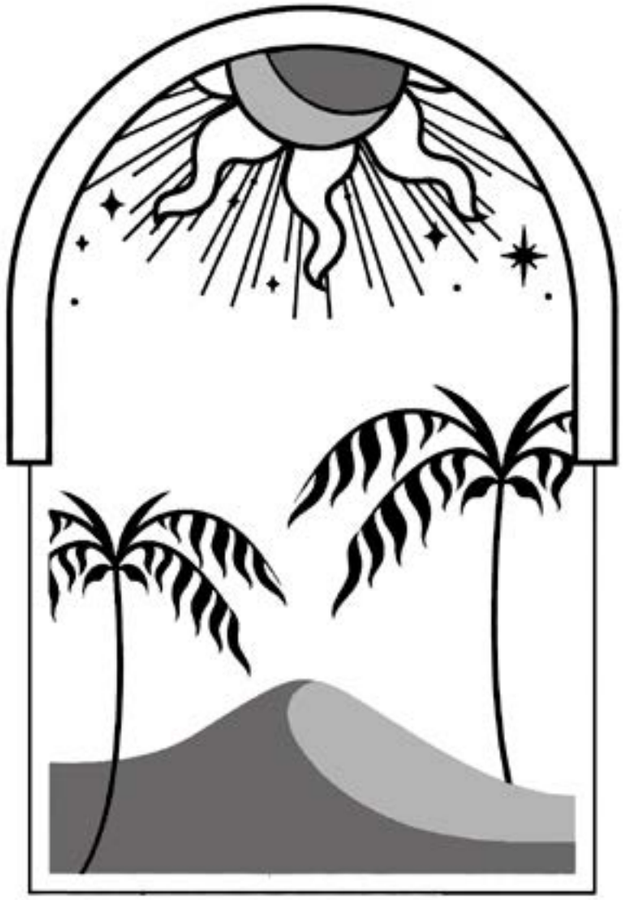
Ralentamos las imágenes, la persona que aparecía detenida era parte de una secuencia de archivo que mostraba la llegada de un grupo de hombres a un recinto. Iban en fila , esposados y custodiados por militares. Luego, se veía como subían a un bus en un lugar descampado.

—Y usted ¿sabe dónde tomaron esta película? ¿Podemos hablar con la persona que la filmó?

La ansiedad y la emoción inundaron el espacio. Su rostro suplicaba una esperanza. Esa imagen en ese presente significaba la certeza de un pasado; pero nadie supo nunca cómo llegaron esas imágenes, ni dónde fueron tomadas, ni quien las había filmado.

Recién en ese momento, entre la oscuridad de la salita y el silencio que nos invadía, logré ver el rostro de Gabriel. Era en realidad la imagen viva de Fernando, su hermano gemelo.

Tercer Lugar



Peforca

Oñana Valenzuela - 62 años - Quillota

Ese mediodía encontraron a la Sinforosa con sus patas extendidas y el hocico cubierto de costras sobre la tierra resquebrajada. Su barriga rascaba un montículo de piedrecillas que con los años se habían ido acumulando al lado del pozo seco. Por la raya horizontal de sus pupilas se había marchado la historia. La mancha café oscura de la frente, que tanto le gustaba acariciarle, tenía ahora un color ceniza.

Un balde de plástico ladeaba su fondo barroso y una famélica media luna de agua agonizaba en su oquedad. - Él se negó recibir al camión aljibe, incluso los amenazó con una escopeta, dijeron los muchachos. Lo dejaron estampado por escrito en la Municipalidad-.

-De la gente antigua que va quedando, pocos lo conocían, no alternaba con nadie, aunque vivió toda su vida en este lugar, dicen-. Arriba un cielo descolorido reverberaba de impotencia. Ni una sombra, ni una nube ni pájaros.

Por la puerta entreabierta del rancho un triángulo de luz enterraba su arista en el interior nauseabundo. Al centro, los zapatos del viejo Evaristo suspendidos a 50 centímetros del suelo. Un enjambre de moscas zumbaba en el silencio.

A poca distancia, en la ladera del cerro, ocurría el milagro. Un cordón verde de hermosos paltos mecía sus hojas tras la alambrada.

Después de un día franco

Eduardo González - 77 años - Viña del Mar

Buenas noches señorita, me retiro.

Buenas noches marino, vuelva pronto al Zeppelin, aquí lo esperamos.

¿Si? Voy a tratar de volver señorita, buenas noches.

Pero váyase con cuidado.

Córrete perro. ¡Deja de molestarme!

Vamos, vamos... caminando tranquilo al muelle.

Ándate perro. Deja de seguirme. Shu, shu córrete no mah.

Me costó, pero al fin llegamos.

Hey, ¿Es la embarcación p'al Araucano?

No mi sargento, es una que viene más atrás...

Esperaré entonces, tranquilito.

¿Embarcación al Araucano?

Si mi sargento, pero tenga cuidado está resbaloso.

Chuata, córrete perro, no molestí.

¡Cuidado sargento!

¡Grumete!¡Trata de pillar la gorra! Usa el bichero.

¡Se hundió la gorra mi cabo!

Grumete, ayuda al sargento a salir del agua.

Agárrese de mi mano, mi sargento. Yo lo ayudo a subir.

Sargento, vamos a esperar un rato. Usted descanse.

Me empujó el perro.

Si, claro mi sargento. El perro tenía cara de mona…

Grumete, déjalo tranquilo, que se duerma no mah.

Bien mi cabo...

¡Último motor al Araucano! ¿Alguien más? Último aviso.

No hay nadie más mi cabo.

Nos vamos motorista, proa al buque.

Mi sargento, despierte estamos llegando... El oficial de guardia va preguntarle por la gorra... Dígale que se le voló con el viento, que la perdió en el trayecto...

Ya poh, eso voy a decir, que se fue con el viento...

¡Guardia!. Motor atracando, traemos un pasajero.

Jefe de guardia, informamos que la chalupa está asegurada y sin novedad. Un pasajero sube a cubierta.
Bien mi cabo, ¿este es el pasajero?

Si mi teniente.

Viene mojadito el pasajero. ¿Y su gorra mi sargento?
Se fue con el viento, mi teniente...

Parece que a usted también se lo llevó el viento, porque viene todo mojado... Bien fuerte debe haber el ventarrón p'a botarlo al agua, ya que usted es bien gordito...

Je je je.

Mire mi sargento, como aquí no se sintió ese tremendo ventarrón, voy a dejarlo arrestado en la guardia. Por llegar en estado de intemperancia y con el uniforme incompleto...

Hasta mañana cuando lo vea su comandante...
¿Algún problema?

No, no mi teniente, ¿Y podré dormir aquí?...

18 de octubre del año en curso

Belén Zepeda - 62 años - Viña del Mar

Estaba atenta junto a los demás participantes que dé pie, con la mano en el pecho entonábamos nuestro himno nacional, el mismo que alguien sugirió cambiar, iniciando el acto conmemorativo que unía dos fechas trascendentales para todos los habitantes del país.

Primero: El gran estallido social que liceanos y universitarios iniciaron saltando el torniquete del metro por las continuas alzas en los pasajes, tras ellos, sus padres, sus familias, los amigos, los vecinos y el pueblo en general que rompió el silencio por los abusos del sistema neoliberal del gobierno de turno.

Al gran salón de actos hizo su entrada la máxima autoridad de la nación en medio de aplausos generalizados.

Ria del Alma nuestra representante, la constituyente, la elegida.

En los siguientes días y meses un sin fin de sucesos golpearon nuestras realidades, nuestro oasis, como lo describió aquel personaje de poca visión ciudadana.

Se escapó del averno la violencia devorando sin piedad los espíritus calmos del poblador dejando salir el enajenamiento.

Fuimos testigos de destrucciones inimaginables a los bienes públicos, saqueos, muchos pensamos que la turba enardecida se tomaba el poder.

Aún con la realidad ante nuestros ojos en estado de shock, catalogados de alienígenas, nos costaba aceptar que era nuestro derecho a vivir en paz, a ver más allá, a ver el bien común independiente de los políticos y sus políticas.

Perdimos tanto en el camino. El estado no escuchó las demandas, golpeó con la fuerza pública autorizando la represión que mató compatriotas y dejó un reguero de mutilados, privados de la visión, pero no del pensar y soñar con la sociedad que queríamos.

Segundo: Asambleístas por la Libertad. Posterior a esas nefastas acciones incomprensibles para hombres y mujeres pensantes en libre albedrio logramos imponer el sentido común, las enseñanzas que hablan de las Bienaventuranzas y nos aventuramos en lo que hoy nos reúne en un solo sentir; la igualdad ante el otro, ante la ley, ante la vida que viene, por el futuro que es para ser felices.

Terminado los aplausos Ria nos llamó a guardar silencio, sonrió maternal y en el momento que se disponía a hablar unos zamarrones violentos me hicieron volver a la realidad, entre neumáticos ardiendo, humo negro y griterío ensordecedor, otro integrante de la primera línea me empujaba con fuerza haciéndome correr ,había que retroceder, buscar pronto un lugar a salvo, antes de hacer la maniobra volteé, los fuerzas especiales, esos que son entrenados para combatir a la guerrilla se acercaban apuntando sus desalmadas armas directo a quien estuviese manifestándose, ya sea en paz, ya sea a piedrazo limpio, ya sea a cara descubierta, ya sea encapuchado.

Tomé aliento, miré al frente, apretando las mandíbulas guardé un sollozo y me uní al resto saltando el fuego de la barricada en el medio de la Alameda, en donde algún día pasará el hombre libre, caí y me volví a parar cuento de nunca acabar caí y me volví a parar.

El Rider

Cristian Lossen - 74 años - Valparaíso

Fue una tarde lejana, no recuerdo si fue en el inicio o al final de mi vigésima vuelta al sol que volví a verla. Tirada en un antiguo anaquel, junto con libros y figuras de yeso, se encontraba abandonada, abierta de par en par, mostrando su contenido. Lucía vieja, maltrecha y desordenada; no era la que había conocido muchos años antes.

Sigiloso me acerqué hacia ella; la tomé con cuidado para no producirle un nuevo deterioro, al tiempo que la miraba y acariciaba, feliz de volverla a ver. Un par de descoloridas imágenes navideñas, que se destacaban en su desmejorada estructura, me hicieron regresar varios años atrás.

Recordé los días en que la tuve por primera vez entre mis manos, papá la trajo a casa junto con otros acompañantes. Era hermosa, pequeñita, muy suave, reluciente y extremadamente atractiva, pero entonces no pude establecer ningún contacto; la verdad es que no me interesó para nada, preferí distraerme –igual que mis hermanos- mirando los monitos del diario. Ella, sin siquiera decir una palabra, solo dejando que por mí mismo me impusiera de sus encantadoras historias, me condujo hacia una relación que se prolongó en el tiempo.

Han pasado los años y hoy aún la tengo junto a mí; es la vieja revista del Reader Digest, la de diciembre del 57, uno de tantos periódicos que mensualmente papá nos compraba, para que practicáramos lectura y aprendiésemos nuevas palabras, después de las clases en la escuelita primaria.

La nave que soy

Mestela Echeñique - 75 años - Viña del Mar

Mi StarSeed fue construida con ancestrales maderas en un prestigioso Astillero. Y a pesar de los atentados desde el instante en que su casco acarició las aguas, prevaleció su poderío y belleza. Fue así que al amanecer de un plenilunio, zarpó del Puerto de VA AL PARAÍSO rumbo a Puerto SIN NOMBRE…

La Travesía hacia su destino fue signada por "La Guía de los Mapas de las Sincronías", navegando en medio de huracanes, suavizada por tiempos de brisas, acompañada de orcas, ballenas, delfines, orientándola en las noches sin estrellas, interpretando 'mapas' que se dibujaban momento a momento y que era preciso descifrar.

El timón de mi nave había estado en manos expertas, aunque en algunas ocasiones tomaron el mando unos saqueadores de costas y océanos, con un equipaje de manuales y consignas. Intentaban convencerme que mi nave naufragaría si continuaba navegando según mis "mapas". Como un tambor hipnótico llegaba a mis oídos: "Corrige el rumbo, corrige el rumbo, corrige el rumbo, corrige el rumbo…."

Mi nave tenía su propio Timonel asistido por un gran Piloto Automático. Finalmente, los timoneles de quienes desconfiaba, sospechosamente descendieron en un puerto. Así continué navegando en paz, sólo con el Timonel Titular y el Piloto Automático.

Mas ese grupo había dejado unos baúles ocultos en zonas insospechadas que sólo revelaron su presencia cuando una tormenta desbalanceó mi nave.

En ese instante el Gran Timonel detuvo mi nave, lanzando al mar ese cargamento/armamento que había sido escondido.

Desde ese instante StarSeed continuó navegando libre, escoltada por Absaras, Tritones y el Gran Poseidón, así como por Delfines, Orcas, Ballenas.

Gracias a ese episodio donde fue necesario detenerse, bajar a las bodegas y descubrir el peligro que evitó el naufragio, se reveló un prodigio que allí, permanecía como parte de la propia construcción junto a la sala de máquinas.

Un Tesoro en el interior de un Trono en madera tallada, había estado oculto, incorporado a un lateral del casco interior. Bajo el mullido almohadón de plumas, vestido de seda dorada, una corona emergía, inundando de luz multicolor las bodegas de StarSeed y desde cada Rayo emanaba música afinando el Corazón, perfumada de rosa, sándalo y jazmín, haciendo de los Suspiros una nueva forma de Respiración.

Alrededor de la Corona, un Collar de diamantes, rubíes, lapislázulis, turquesas, aguas marinas, citrinos, esmeraldas, amatistas hiladas en oro y platino. Rodeando el conjunto, 20 anillos: cada uno con una gema radiante y en uno de ellos, un pergamino que al ser desplegado revelaba un mapa de colores fosforescentes: la Carta de Navegación para encontrar a Puerto SIN NOMBRE y un mensaje en letras doradas sobre una tela de seda azul:

"HE AQUÍ EL TESORO DE STARSEED, PREPARADO PARA ENGALANARTE, GRANDIOSA MUJER, MAESTRA DE LA "SOL..EDAD", "COMO"ANDANTE" DE LA NAVE RUMBO A PUERTO "SIN NOMBRE," DONDE SERES PROVENIENTES DE VARIADAS GEOGRAFÍAS TE AGUARDAN JUNTO AL GRAN MERLÍN. BIENVENIDA A CASA, HERMOSURA DE LAS ESTRELLAS. POR TI ESTAMOS ESPERANDO Y EN GOZO CELEBRAMOS TU PRONTO ARRIBO".

Atardecer

Jorge Rivas - 70 años - Villa Alemana

A las seis de la tarde llegaba la nostalgia a la mente de Anselmo y, con ella un poco de claridad. Hacía un año se encontraba internado en un hospital geriátrico, era en el patio del mismo donde la telaraña de los recuerdos con sus luces y sombras soplaban con fuerza en sus evocaciones, como si fueran piedras arrastradas por un riachuelo Maulino. Los chispazos del arrebol en la puesta de sol se instalaban en su discernir. Desfilaban como verdaderas luciérnagas a través de imágenes desdibujadas, lugares desteñidos, obnubilados por el paso del tiempo.

Esa tarde no fue la excepción.

- Don Anselmo, ¿necesita la manta para abrigar sus piernas?

Escuchó la voz de la gentil y dulce Olivia, la enfermera a cargo de su cuidado.

Removiéndose en la silla de ruedas tuvo la tentación de contestar enojosamente como de costumbre lo hacía, pero, se controló; - No puedo ser cascarrabias con ella-. Olivia formaba parte de sus remembranzas, al menos eso creía él. Contestó, - No necesito nada, quiero estar solo, gracias.

Bueno, solo, propiamente tal no, estaría acompañado un buen rato con sus recuerdos, ¡cuánto tiempo ya!, lo ignoraba, pues la memoria esquiva y caprichosa le jugaba en forma azarosa a las escondidas.

Como era usual, comenzaba: "Plantar un árbol, escribir un libro, tener un hijo".

Entonces aparecía la imagen de un naranjo en flor, ¿o era un mandarino?, quizá un limonero. Lo cierto es que allí estaba el arbolito en el antejardín de la casa saludándolo con las hojas brillantes pidiéndole agua. De repente tomaban forma algunos frutos, los que, de alguna manera le expresaban un silencioso; gracias. Sin duda, las raíces del cítrico frutal aún permanecían en su imaginación.

- Evidentemente planté un árbol - murmuró. A continuación de un letargo, surgía la pregunta - ¿escribiste un libro Anselmo?

Después de divagar, la respuesta era la misma; - Creo que sí. El contenido y la suerte del mismo, no lo sé - Solía decirse con un hilo de voz.

Sí, intuía haber sido un lector empedernido. Asomaban aventuras épicas, piratas audaces, soldados heroicos, batallas formidables. Estepas interminables de siembras regadas con lágrimas y sufrimiento. Un mundo de palabras, ideas y estilos diversos con escritores exultantes de luces y, creatividad. Entonces, la biblioteca de su casa se agigantaba nítidamente en los ojos del viejo nostálgico.

- ¿Escribir un libro? - Quería creer que sí. Un sí debilucho salía balbuceante de su boca surcada con cien arrugas. Una respuesta temblorosa se esfumaba como acuarela deslavada.

Ante la pregunta si tuvo un hijo, surgía la imagen de una bella niña, acaso más, con girasoles en sus cabellos corriendo con alegría en busca de sus brazos extendidos.

¿Qué sería?, conjeturaba el viejo; Olivia con su delantal blanco en ese hospital derruido, le rememoraban las risas de otros niños, ¡que curiosamente se parecían tanto a él!

Escuchó, - ¡Es hora de entrarse don Anselmo!, ya llegó el atardecer.

Sí, definitivamente tuvo hijos, y, ninguno de ellos se llamaba Olivia.

El baile

Ruth del Valle - 66 años - Viña del Mar

Ese día de otoño, lejano y borroso, con mis padres y hermano fuimos al campo de La Unión a ver a la abuelita Quena que no se encontraba muy bien de salud.

Las comunicaciones pobres y el hecho que en verano no habíamos podido ir a visitarla, decidieron a mis padres ese fin de semana a tomar el tren de Santiago al sur, para hacer el viaje más cómodo y expedito.

No recuerdo el viaje, pero si la llegada.

Mi abuelita feliz con sus ojos aguados y su eterno delantal blanco nos dieron la bienvenida. Como un gran roble en un potrero verde, típicos de la zona, como la gran mujer que era, no se dio el tiempo para mejorar del todo su salud, y nos recibió en la entrada con la felicidad de abuela para con sus nietos.

Esa vez no había primos para pelearnos ni su amor ni su falda, ella siempre pronta a recibir nuestro cariño húmedo y pegajoso.

La gran casona hecha de troncos esmeradamente unidos por mi tío, (hermosa hasta hoy, a pesar que sus dueños partieron hace ya mucho), se llenó de aromas familiares a leña, carbón, pan y cazuela.

Su enorme jardín nos invitó a recorrerlo y recoger las últimas frutas de la temporada. Caminábamos sobre un sendero barroso, perfumado a hierbas y azahares, mientras los niños estirábamos los brazos alcanzando sólo las ramas más bajas para incrementar nuestro botín de membrillos, kakis, y uno que otro limón . Nuestros padres nos miraban complacientes.

De pronto mi padre me tomó en sus brazos, me apañó en su hombro y comenzó a bailar.

Un saltito aquí, otro mas allá, un brinco adelante, un brinco al costado, un medio giro a un lado, otro al revés, mientras un ruido fuerte y profundo rodeó el ambiente, y la danza se tornaba casi frenética. (Mirando de reojo, vi a mi madre con mi hermano sentados sobre el pasto, bajo un gran y oloroso peumo.)

Y todo bailaba a un compás.

Pasitos cerca, pasitos lejos, y yo feliz seguía su extraño e inusual ritmo.

La música natural sonó bastante tiempo, mientras mi padre continuaba su danza ayudado por una rama, quizá demasiado flexible.

De pronto... el silencio... la quietud... la tierra dejó de moverse y abrirse, comenzaron los llantos, los gritos y el megaterremoto de 1960 terminó.

A Quenita

Cuando tenga sesenta y cuatro

Manuel Dinamarca - 64 años - Valparaíso

Hoy, al ordenar viejas cosas guardadas en un cuarto llena de ellas, me encuentro con una foto de mi niñez.

Manuel es mi nombre, como mi padre y mi abuelo. Acabo de cumplir 64 años, y realmente no sé cómo ha pasado este tiempo.

Sera por este acontecimiento que me veo recorriendo - como en un cine- mis recuerdos y reflejos de vida, en mis ojos y en mi mente.

Ya no soy ese niño flaquito, rubio y pecoso, como me veo en esa esa foto de mi niñez junto a mi hermana menor y mi madre, en un verano de vacaciones en Cartagena.

Tengo el pelo cano y blanco, las cejas gruesas y grises y el vientre un poco abultado.

A veces la gente me mira en la calle y me dice "¡Hola Piñera!".

(Me rio, aunque no me agrade ese parecido y comparación con "Míster President").

Tengo el ceño y entrecejos un poco arrugado y fruncido - por mis enojos- por no sentirme conforme o satisfecho con el mundo que me rodea, o con su egoísmo, maldad, desidia y superficialidad, entre otras cosas.

Sin embargo, soy de fácil sonrisa y me gusta reírme de mi mismo, especialmente cuando en mi mente aparecen aquellos recuerdos y pensamientos de juventud -algunos psicodélicos, otros fantasiosos y, quizás otros frívolos- que de vez en cuando me sacan de este mundo rutinario. Si no fuera por ellos estaría mucho más arrugado.

Y así sigo, con la alegría de vivir y asumir mi etapa en la vida….

En la habitación suena una canción:

…"Limpiando el jardín y sacando las malas hierbas ¿Quién podría pedir más?...parafrasea "Cuando tenga sesenta y cuatro" de Los Beatles.

Motivado, sigo ordenando y encontrando más cosas guardadas, camino hacia el equipo de sonido, y le doy más volumen.

Fragmentos de mi vida

Hugo Alcalde - 69 años - Valparaíso

Año 1978, puerto de Cartagena de Indias, Colombia.

Después de varios meses de estar varado en este puerto, al fin pude embarcarme en un barco carguero de bandera griega.

Primer destino: Puerto Cabellos, Venezuela. Luego de 5 días cargando arroz para transportar a Nigeria, al conocer el puerto de destino, la tripulación griega se preocupó ya que por esos tiempos los griegos no eran bien recibidos, por tener la fama de lanzar a los polizontes al mar, para evitar multas en los puertos que arribaran posteriormente. Era un puerto peligroso, así que tuve la bendita idea de comprar un revolver (a escondida de los oficiales de abordo), por intermedio de los estibadores venezolanos.

Iniciamos nuestra travesía por el Atlántico.

Al cabo de casi 2 semanas navegando, arribamos a Nigeria y tuvimos que quedar anclados en la bahía por alrededor de 15 días debido a la gran cantidad de barcos que esperaban sitio para descargar sus productos.

Llegó nuestro turno y avanzamos por el río Lagos, se encontraban más de doscientos barcos descargando en el medio del río, nuestro barco llevaba arroz, así que tenía más prioridad y nos dieron un sitio para atracar.

Nadie nos informó que por las noches llegarían los piratas. Fué, mientras yo me encontraba de guardia durante la noche, cerca de las 4 de la madrugada, escuché un zumbido más parecido a un panal de abejas. Como había mucha bruma, me costó un poco ver a un grupo de no menos de treinta lanchas pequeñas con 2 motores fuera de borda. Las lanchas al llegar cerca de los barcos que estábamos en el lugar se distribuyeron, a mi barco llegó una lancha con dos piratas a bordo y se disponían a subir usando la cadena del ancla que estaba echada. Yo, tendido en la cubierta, con el revolver en la mano, hice algo que quizás nunca hubiera hecho en otras circunstancias: rezar y rezar con todo mi corazón el Padre Nuestro (es el único rezo que he logrado retener en mi memoria.) Quien sabe cuantas veces lo rezé. No me atrevía a dispararles, se me cruzaban como rayos por la mente los posibles problemas que podría tener, las imágenes de mi familia recién formada se me cruzaron una y mil veces.

Solo esperaba que subieran para hacer fuego. Yo, rezando y rezando...mientras los piratas hablando en su dialecto se aferraban a la cadena y no se decidían a subir, discutían entre ellos y al parecer no se ponían de acuerdo, como ya se estaba haciendo de día, tuvieron la gran idea de marcharse sin concluir su cometido.

Se marcharon y yo, con el corazón en la mano los vi alejarse. Me tendí en la cubierta con ganas, no sé, si de reír o llorar, agradeciendo a Dios por protegerme y no permitir que esos personajes subieran a bordo.

Con lo que me sucedió, pude darme cuenta que con Fé se puede lograr lo imposible.

Las canas en la familia y alrededores

Carlos Matamala - 79 años - Viña del Mar

A mi padre le decían zorro plateado, por la aparición temprana de las canas, que se le asomaron antes de los 30 años. El proceso demostró ser hereditario y en mayor o menor grado gratificó a sus 5 hijos y la repartición de la nieve alcanzó también para la hija. No sé si nuestra madre presentó señales tempranas de esa característica, aunque, en cualquier caso, creo que oscurecía su cabellera con toques de tintura. Tampoco recuerdo si hizo los mismo con nuestra hermana.

Con el paso de los años mi afición por el dibujo registró la presencia de los pelos plateados más allá de la cabellera: aparecían en las cejas, bigotes y barba (nariz, orejas, ¡también en partes íntimas!). Las fotos e imágenes en pinturas, de libros, revistas y periódicos, omitían los pelos faciales accesorios en las mujeres, con excepción de la admirada pintora mexicana, Frida Kahlo. Los necesarios estudios anatómicos de la profesión medica me entregaron una visión integradora de los detalles, necesarios para los exámenes físicos integrales del proceso clínico diagnóstico.

En algún momento del trabajo de atención a consultantes, el color plateado de los cabellos pasó a ser un indicador distintivo: estaba en presencia de una persona especial, con más años de vida y experiencias que podían enriquecer mi quehacer solidario. Era una nueva Escuela. Era un privilegio comunicacional que solo requería de atención, comprensión, comunicación, empatía y buen trato. Emocionaba, cuando a veces tomaban una de tus manos, mirándote a la cara y agradecían tu ayuda.

Un corto exilio en Suecia me dio la oportunidad de aprender Geriatría y al volver a Chile en mayo de 1980, entregar una mejor atención a mis pacientes mayores. En junio del 2017, al cumplir 50 años de labor, me armé de coraje, me alejé de la Medicina presencial y retomé el estar mayor tiempo en la familia aumentada con nietos, con las letras e incluso con los pinceles y las letras.
Confieso que soy un ambicioso, porque pese a mis 79 años cumplidos, deseo vivir más, para contribuir a propiciar de algún modo, las conversaciones ciudadanas por la unidad operativa necesaria para lograr una nación ciudadana solidaria, con ellos mismos y con el necesario respeto por la naturaleza.

Te quiero, te amo, te adoro

Dana Wordes - 74 años - Limache

Entonces es verdad que te vas.

-Sí, es verdad-

Y adonde irás?

-No es de tu incumbencia, creo-

Cómo puedes decir eso? Por supuesto que me importa.

-No te preocupes, sé cuidarme sola-

Y te vas, así nomás? Y nuestro perrito Max, que te sigue en las caminatas, y la gatita Mishi, que duerme a tu lado? Bueno… y también yo…?

Y tus susurros de amor, con besos mordisqueados, y tus te quiero, te amo, te adoro, en éxtasis navegados por la vía láctea, como decías? Y tus juramentos de amor por y para siempre, bailando canciones con violines y bandoneón?

Qué pasó? Qué fue? Qué hice mal? Qué te ofendió?

Desde hace un tiempo noté que tus abrazos ya no eran apretados, tampoco tus besos mordisqueaban. Y los susurros escasearon.

-Si hay algo que no es eterno, Juancho, es el amor, se dice por ahí . Ya no te quiero, no te amo, no te adoro. Fue lindo, hermoso y agradezco tus atenciones, dedicación, cariño… pero se acabó. No hay más. Me llevo a la Mishi. Espero me des derecho a visitar al Max-

Por supuesto, siempre serás bienvenida, quedaré a tu espera, rogaré a los planetas y al Multiverso para que vuelvas. Yo aún sí te quiero, te amo, te adoro.

-Me ayudas? Ha llegado el Uber-

Beso en la mejilla, y el corazón partido.

Las piedras del camino

Daniel Castañeda - 85 años - Valparaíso

Hace dos años, vale decir año 2018, fue mi gran encontrón con las piedras del camino.

Hasta hoy, han pasado dos años; las piedras aún siguen molestando mi vida, porque ellas destrozaron mi cuerpo, al caer yo sobre ellas.

El dolor físico que todo esto causó poco a poco ha ido haciéndose más llevadero y creo que más que nada ha sido porqué Jesús y el Espíritu Santo, no se han alejado de mí, ni yo tampoco de ellos.

Han sido dos años muy duros, pero aprendí también que cuesta mucho encontrar la paz, si tu corazón no está con Jesús.

Aunque los dolores están aún en mi cuerpo (pero cada vez son más suaves).

Luchar porque mi mente no se vuelva un infierno, porque entonces no habría sido tan fácil para mí, luchar contra estas piedras que se pusieron en mi camino hace dos años.

El abrigo verde

Luisa Rozas - 62 años - Quilpué

Estamos invitadas mi hermana 14 años, y yo 17 años, a una fiesta en Las Torres San Borja, un amigo de mi primo vive ahí, y él nos hace el favor de invitarnos siempre que puede ya que mi primo tiene puros amigos hombres, bien por nosotras sus primas que pasamos encerradas en nuestra casa con mi mamá, en San Diego 2017 , y solo salimos una vez al mes a alguna fiesta gracias a mi primo lindo que cada vez que nos invita tiene que escuchar el rosario de advertencias que le da mi mamá para darnos permiso, él con paciencia la escucha, lo importante es que logra sacarle el permiso a mi mamá.

Esta vez hubo una condición de parte de mi mamá, ésta era que pasáramos antes de la fiesta donde mis tías, sus primas, a dejar un dinero que le habían prestado. Era invierno, y mi mamá se le ocurre la genial idea de que yo vaya con el abrigo verde que me había regalado la Mariana, su prima, para que viera que lo estaba usando, el dichoso abrigo era verde cata como de plástico, en realidad no me gustaba mucho, pero como era la condición usarlo, y que me lo vieran puesto para poder ir a la fiesta, me lo puse, íbamos muy abrigadas, mi hermana con un lindo abrigo rojo y yo con el verde cata de plástico que más parecía un impermeable. Llegamos al departamento de mis tías, entregamos el dinero, ellas felices me dijeron que me quedaba muy bien el abrigo verde que me habían regalado , y a mi hermana la encontraron más gordita, nosotras siempre recibíamos su caridad, ya que no teníamos papá, bueno si tuvimos un papá maravilloso, pero se murió , por lo que crecimos sin papá. Nos despedimos de nuestras benefactoras y por fin nos fuimos a la fiesta, lo pasamos muy bien, todo perfecto.

Al otro día mi mamá muy enojada nos dice dirigiéndose a mí en realidad, que soy una mal agradecida que me ha perdido la confianza, que soy una mala hija, que merezco un castigo, en fin, un montón de retos, con mi hermana nos mirábamos y no sabíamos a que se refería, hasta que nos dijo (gritando) que mi prima nos había estado mirando desde el sexto piso cuando nos fuimos del departamento de las tías, y que me vío salir del edificio con un abrigo azul y no el verde, bueno, todo se descubrió así que le expliqué a mi mamá que antes de salir de casa le puse a mi hermana mi hermoso abrigo azul corte princesa debajo de su lindo abrigo rojo, por eso las tías la encontraron más gordita ese día, pero nos fuimos muy rápido, y yo cometí el error de sacarme el horrible abrigo verde en el ascensor y lo puse en mi cartera todo apretado, y salí del edificio con mi lindo abrigo azul corte princesa, no contaba con la sapa de mi prima.

Sin título

Mónica Lafuente - 61 años - Quintero

Mi llegada al colegio fue como todos los días, tranquila. Estaba nublado, pero sin frío.

Me encontré con mis compañeras en el patio del colegio. Conversábamos muy alegremente, cuando comenzamos a sentir ruidos y luego, al mirar al cielo, vimos aviones.

Nos hacíamos preguntas ¿qué estará pasando? cuándo nos dicen por medio del micrófono del colegio, que debíamos regresar a nuestra casas, pero… sin premura, tranquilas,

Muchas niñas del colegio debían tomar locomoción para volver a casa, yo no.

Las profesoras, como siempre dando órdenes, muy seguras de cómo deberíamos volver a casa, sin hablar con extraños, he irnos directamente sin pasar a otro lugar.

Cuando ya salíamos del establecimiento, veo a muchas mamás esperando a sus hijas, y a poco andar, veo a mi mamá con mi PAPÁ. No lo podía creer ¡ era algo que no esperaba, mi papá en el colegio -- algo grave estaba pasando, y muy grave, para que él estuviera ahí.

Pasaron muchas cosas ese día y en los años siguientes. En el país sucedieron muchas cosas dolorosas, pero en mi mente siempre está la imagen de mi Padre, siempre nuestro lado.

Con los años creo que devolví en algo la mano a mi padre. Lo cuidé hasta el último día de su vida. Fue un honor, claro con todas las dificultades de salud que él tuvo.

Siempre lo recordaré con cariño y amor, porque en los recuerdos prevalece lo bueno y generoso que fue, y el buen legado que dejó a todos quienes lo conocieron.

Remembranzas después de un siglo

José Manuel Florenti - 71 años - Valparaíso

Yo nací en el año 1912, como se darán cuenta, tengo más de cien años de edad. Si al circular por mis habitaciones se encuentran con escollos, tales como una tabla suelta, una puerta descentrada, una ventana en descuadre, goteras o un cierto aroma a viejo, discúlpenme, todo se debe a mi añoso vivir en este viejo Valparaíso. Que un cambio aquí, que un muro allá, que la pintura, un vidrio roto, el cielo desteñido o las tuberías del desagüe tapadas, han dado pie para que las personas modifiquen mi cuerpo llegando a esta edad llena de "heridas de guerra", sin contar con los azotes de la naturaleza: terremotos, temporales y la inclemente llovizna que envía el mar en las negras noches de invierno, las que fueron minando mi otrora hermosa arquitectura.

He tenido una decena de "Dueños de Casa" que, en su eterna trashumancia me han vendido, arrendado, dado en usufructo e incluso regalado parte de mí, desmembrando mis muros y separando mi alma que fue concebida como una sola unidad. Ya no recuerdo cuántos recién nacidos dieron su primer vagido en mis habitaciones. Amores, traiciones, odios y veleidades humanas se fraguaron en mis cuartos. Muchas familias triunfaron en su peregrina vida y muchas otras, fracasaron en su afán vertiginoso de obtener ascensos en busca de la felicidad. En mi memoria desgastada aún resuenan nombres y apellidos de personas que se sirvieron de mi protección y cobijo. Algunos pagaron mi amor cuidando mi cuerpo e incluso haciéndolo más bello, pero otros, lo golpearon, quemaron e incluso desgarraron en sus horas de tormento y odio, pero aún así, sobreviví.

Muchos, pero muchos "maestros" cercenaron, hollaron y hendieron sus filosas herramientas en mi esqueleto tratando de quitarme la vida, pero mis cimientos eran fuertes y me sobrepuse a tanta agresión. Algún "dueño de casa", robó mis partes más preciadas. Aldabones, puertas finas, cristales, tuberías de plomo. Cobre y bronce fueron a dar al comprador de chatarra. Más de uno atrofió mis entrañas dejándolas al aire. Yo que siempre cuidé que mis olores intestinos no llegasen al habitante de turno, al quedar al aire mis heridas, el propio olor nauseabundo fue su castigo. Felizmente en el último decenio, la familia que me arrendó, se dio a la tarea de lavar mis dolores. Con materiales modernos renovaron mis baños, techos, dinteles y ventanales. Un jardín verde cubrió mi pequeño patio, mi rostro fue maquillado y mis pisos encerados y lo mejor de todo…sentí algo parecido al amor con que fui concebida hace cien años. Los maestros de esa época no eran chapuceros. Sus manos hacían el trabajo con amor, pero amor al trabajo y a las cosas bien hechas. Lo mejor de todo es que voces juveniles comenzaron a grabar mis muros con sus susurros y secretillos y… ¡aquí estoy!, volviendo a renacer a un nuevo siglo. Siguen, eso sí, mis pequeños males, pero mis actuales habitantes, disculparán esto y a cambio yo devolveré su comprensión protegiéndolos.

Doña Elvira

Luis Rojas - 86 años - Viña del Mar

Mi padrino me invitó un día visitar a una mujer, que vivía al otro lado del río, para que le hiciera un trabajito. Mis vecinos solían comentar que don Armando era un pobre rico ingenuo. Feliz lo acompañé. Iba al anca de su caballo alazán tomado de su cintura. Por el camino me dijo que estaba enamorado de la señorita Elvira, elegida reina de la primavera. No del pueblucho donde vivíamos, sino de la ciudad de Vicuña.

-"¡Qué mujer más linda! – me dijo- Ella eh educá. Yo no soy muy letrao pero tengo plata. Pa asegurarme de su amor voy donde esta vieja famosa, pa que me le haga un encantamiento". Llegamos a la choza y le pidió a la anciana el servicio que necesitaba.

-"Yo sólo atiendo mujereh su mercé"– respondió la hechicera-
-"¡Qué te habih creío bruja tal por cual! ¡Atiéndeme al tiro o te azoto aquí mesmo!"

- "Querih que te convierta en sapo huaso bruto—rugió la adivina- voy a llamar a los garabineroh pa que te lleven preso" –Mi padrino se asustó, yo también --Después más calmada agregó: "No sea atropellaor con loh pobreh, pueh iñor"

-"Perdone doña, es que estoy enamorao hasta los huesoh, y como que ando amalditao"
-"To´o el mundo sabe don Armando que a usté le gusta esa señorita -luego sonrió- ¿Supo su mercé que el otro día vino aquí su empleá y me contó que está con atraso?

Él no se inmutó, pero el rostro bermellón denunciaba su ira. Al final y más calmado el ambiente, la anciana realizó los hechizos invocando al maligno. Esa parte no la vi porque me echaron fuera de la ruca. Salió del lugar con una pequeña figura que guardó en su chaleco. Regresó feliz entonando: Érase un pollito enamora´o… La canción de moda aquel año.

A la semana siguiente con su mejor tenida de huaso, fue donde don Ernesto a pedir la mano de esta mujer soñada. El padre, sorprendido, conversó con ella en la pieza contigua. La espera se le hizo eterna, la respuesta podía ser de dulce o agraz. Escuchó una risa nerviosa y una voz burlesca:

-"Padre, dígale a ese huaso bruto que así no se conquista a una mujer y que mejor se preocupe del hijo que viene en camino"

Antes de recibir la respuesta, huyó de esa casa avergonzado, llorando como un niño. Entró a la cantina "El trovador". Vivía ahí como traspuesto anestesiando su dolor. Lo llevaron al hospital. Antes de partir a las moradas desconocidas, dejó un testamento para el futuro hijo. Murió de pura pena, decían en mi casa. Su hijo "El huacho Eloy" heredó el fundo del finado. Su madre lo educó sin fijarse en gastos. Se enamoró de la hija de doña Elvira Izurieta y Aguirre, en esa época alcaldesa del lugar. Al menos su retoño se casó con una mujer bonita.

Los cuerpos giran

Mario Arriagada - 74 años - Viña del Mar

El mapamundi en las manos de Eric Valdés, profesor de física, giraba sobre su cabeza y decía: ¡los cuerpos giran! Y entregaba una amplia sonrisa. El borrador era lanzado a los cielos y caía sobre el piso de la sala: ¡los cuerpos caen por su gravedad! Nuevamente la sonrisa. El trozo de tiza se hacía pedazos al ser lanzado con fuerza contra la negra pizarra ¡los cuerpos chocan! Y coronaba su explicación con su sonrisa, como sello de su sabiduría.

Se paraba frente a nosotros con un impecable terno gris y corbata y con su voz profunda exponía sus conocimientos.

Sus clases las esperábamos con expectación una vez por semana, sin embargo, una vertiente de rumores opacaba su integridad como profesor: ¡Le gusta el trago!, ¡Dicen que llegó borracho a clases! ¡Le llamaron la atención! Desde ese día se instaló en sus ojos una tristeza que antes no tenía.

Transcurrida más de una década, y yo ya egresado del instituto comercial, la figura de Eric Valdés se esfumó en el ocaso de mi memoria.

Cierto día que yo transitaba por la plaza de la ciudad, caminaba delante de mí un hombre, indiferente y ajeno a la calle y a sus rumores, y entorpecía mi transitar. Su deambular lento y con indefinidos vaivenes me llamaron la atención. Esperé que se sentara en uno de los bancos y yo lo imité en otro cerca.
A pesar se su derruida imagen, en donde su traje gris le quedaba demasiado holgado, algo me quiso llevar a un pasado ya lejano.

Un muchacho en una patineta desarrolló una serie de círculos frente al individuo.

El hombre al verlo, su cara distendió sus facciones austeras, iluminando su rostro una leve sonrisa me miró y dijo con una voz grave y monótona, como el paso del viento en apretados ramajes: ¡Los cuerpos giran!

Amistad

Carlos Mora - 70 años - Quilpué

Se juntaron los tres amigos en la plaza frente al bar tenían la mirada fija en frente, no conversaban, cada uno estaba sumergido en sus pensamientos. Eran amigos desde siempre, se habían criado juntos, jugaban y peleaban juntos, siempre andaban juntos y la gente los conoció así.

Uno de ellos estuvo una vez a punto de morir ahogado, pero felizmente, los otros dos después de muchos esfuerzos lograron sacarlo y ya en la orillan mojados y extenuados rompieron a llorar de solo pensar que uno de ellos pudo haber muerto.

Tantas aventuras habían vivido que era casi imposible recordarlas todas. Ya jóvenes se contaban sus pololeos y pinches, se reirán a carcajadas al notar su poca experiencia con mujeres, pero ahora ya están grandes y eran otras las circunstancias, no se miraban, pero todos sentían la presencia de los otros.

Tenían los tres ciertos temores al futuro pues sabían que ya no iba a ser lo mismo, que lo quisieran o no, los periodos de tiempo en que se podían juntar cada vez iban a ser mas largos, ya no se verían tan seguido y no saldrían de parranda cuando quisieran.

Ese cambio lo provocaba uno de los tres amigos. ¡si! Uno de ellos se casaba y eso todo lo cambiaba… de pronto uno de ellos se paro y lanzando un hondo suspiro se alejó, luego de un momento los otros dos se pararon y sin hablar se alejaron en dirección contraria.

Salieron de la plaza frente al bar donde se juntaban sin saber cuándo volverían a reunirse allí.

Desayuno

Jaime Larraín - 74 años - Viña del Mar

Despertó antes que amaneciera del todo, aunque ya se anunciaba con timidez un sol de otoño, filtrado por una hojas resquebrajadas y salpicadas por manchas ocres y pardas. Por primera vez en años no sintió que la vejiga le obligara a abandonar la tibieza de la cama para enfrentar con valentía aquel frío que se había instalado para siempre en el baño, adosado a los azulejos y a los relucientes cerámicos azules que a ella tanto le gustaron aquel día, ese día que ya se perdía en la memoria.

Bajó los pies de la cama, pero se quedó sentado un largo rato. A sus espaldas oía un suave resoplar de quien duerme sin culpa ni sobresalto, como una niña arrebujada por la ternura. Tenía casi sesenta, pero en los amaneceres no llegaba a los veinte, hermosa como siempre. Frente a la ventana, un viejo roble se mecía con el viento y todo parecía estar en paz. Prepararía un desayuno, con huevos a la copa como le gustaba a ella y la despertaría con un beso en la mejilla.

Cuando quiso abrir la cafetera notó que no podía y culpó a la artritis que cada día intentaba inmovilizarlo, quizás hasta matarlo. El sol ya comenzaba a entrar con decisión por la ventana de la cocina, justo en la mesa donde un frutero se encendía de colores. Volvió al dormitorio para mirarla antes que despertara, pero le llamó la atención que junto a ella hubiera algo bajo las sábanas. Rodeó la cama y se vio dormido junto a ella, abrazándola. Estoy muerto, parece, se dijo. Y sin dudarlo, salió del dormitorio, como lo hacía cuando se desvelaba, para pensar con lucidez, pensar algo. No se extrañó de estar muerto, ya correspondía hace rato, pero sin duda, sería un impacto para ella. Pensó, en medio de ese desvarío, que la despertaría para despedirse, pero desechó la idea al recordar que ni siquiera pudo abrir la cafetera, que ya no tenía ninguna injerencia con la materia. Tras barajar otras alternativas absurdas y de añorar lo vivido por toda una vida, tomó una decisión terminal: Decidió morirse definitivamente. Volvió al dormitorio, se metió en la cama y se acomodó silenciosamente en su propio cuerpo y pudo sentir, por una milésima de segundo eterno, que la estaba abrazando como cada mañana.

La gardenia y don Remigio

Samuel Tapia - 64 años - Los Andes

La casa de don Remigio, -instalada muy cerca del paso fronterizo "Los Patos"-, se debatía entre el paso del tiempo y la soledad del sector Las Achupallas, Putaendo.

El ruido de la moto alertó a un par de flacuchentos perros, que dormitaban a la entrada de la casa de don Remigio. Sus destemplados ladridos, anunciaron la llegada de la enfermera y su asistente.

¡Alo! …don Remigio…está por ahí…soy la enfermera…lo vengo a visitar…

Don Remigio, un anciano de 94 años, ha hecho de la soledad su eterna compañía. En su juventud fue un pirquinero, de esos que a picota y pala escarbaban las entrañas de los cerros buscando el preciado mineral, para después cambiarlo por pan y por algunas monedas para hacerle frente a la vida. En un accidente, -producto de un "derrumbe" en un pique de una mina-, perdió gran parte de su pierna derecha, lo que le produjo una permanente postración. Sus ojos se han cansado y la oscuridad de la noche se prolonga en su diario vivir.

¡Pase, la puerta está entre-abierta!, dijo una voz animada desde el fondo de la casa. *Buenos día don Remigio… ¿cómo está usted?, lo hemos venido a visitar* -dijo con voz afectuosa y cálida la enfermera-.

Ahí estaba don Remigio, sentado en una vieja mecedora. Unas destartaladas sillas alrededor de una mesa y un florero, constituían la única huella familiar que quedaba como recuerdo de una época feliz. Un cuadro pintado con el rostro de una mujer, colgaba de una pared. *¡La estaba esperando señorita!,* -exclamó don Remigio-, mientras se acomodaba en su silla mecedora.

¡Le traje sus remedios y le haremos algunos controles!, dijo la enfermera.

Don Remigio dibujó una sonrisa en su pálido y gastado rostro.

Don Remigio, *¿quién es la persona que está en ese cuadro?*, preguntó la enfermera buscando un motivo de conversación.

Es mi esposa, respondió don Remigio. Me acompañó 61 años, -se murió hace once años de tifus-. Fue su melancólica respuesta.

¡Que linda es la flor que usted tiene en su florero!, dijo la enfermera, como queriendo desviar la conversación, porque notó que don Remigio se había puesto triste.

Es una gardenia. Siempre tengo una, desde que mi esposa se fue. Su fragancia me recuerda a ella. Cuando está por marchitarse pongo otra gardenia. Comentó don Remigio.

Entre los chequeos de salud, recomendaciones, procedimientos y conversaciones se extinguió el tiempo de visita.

No olvide tomarse sus remedios don Remigio, cuídese mucho y nos vemos en quince días más. Fue la despedida y el compromiso de la enfermera.

Volvieron al tiempo señalado. Descendieron de la moto. Esta vez los perros no ladraron, ni siquiera levantaron sus miradas para ver a quienes llegaban. La puerta continuaba entre-abierta.

La enfermera sacó de su bolso una gardenia y la puso en el florero de don Remigio. La otra flor ya se había marchitado. No había quién la cambiara.

Que cruel y despiadada es una pandemia, -murmuró la enfermera-, mientras sus ojos se humedecían.

Una nueva ilusión

Mirta Contador - 70 años - Peñablanca

Hace 3 años que a Joaquín Torres le llegó "la tarde". Desde ese domingo 15 de octubre que su casa quedó en penumbras. "El Mercurio" se apiló en un rincón, el plan del celular caducó, en el fondo del jardín quedó sepultado "Barón" su perro fiel.

La vida del anciano sufrió un colapso emocional y social. Nada ni nadie logró devolverle una alegría, una sonrisa, una ilusión. Los recuerdos de su vida familiar se fueron con la brisa del viento y el polvo se apoderó de sus muebles. En el jardín dejaron de florecer las rosas y los pájaros e insectos abandonaron el bello lugar que una vez fue la envidia de los lugareños.

Sentado mirando el atardecer por la ventana a través de las raídas cortinas escuchó unos suaves chillidos. Sorprendido el anciano trató de agudizar su oído. Lentamente se paró de su sillón en busca de aquellos ruidos ya que no podía determinar su procedencia.

En el viejo jardín al pie de un gran roble se encontraban un par de pequeños gatitos. Joaquín los miró con sorpresa y después de contemplarlos largamente los alzó y estos pequeños fueron acogidos por sus arrugadas manos.

El hombre entró a su casa llevando a los pequeños animalitos. Los acomodó en una pequeña cajita de zapatos. Se quedó largamente contemplándolos. Luego pensó - ¿Qué puedo darles de beber? – No tengo nada – Seguramente podría comprar una cajita de leche – dijo convencido que sería una buena idea.

Al día siguiente salió de su casa muy decidido a cumplir con su misión misericordiosa. Llegó al almacén y cual sería la sorpresa del vendedor al verle. Hacia tanto que Joaquín no visitaba el lugar.

Después de alimentar a los animalitos pensó en darles algunas comodidades; fue entonces, que se dirigió al club de antiguos amigos con el propósito de ser orientado en su misión. Las viejas amistades felices de verlo lo acogieron con camaradería y lo orientaron con los mejores consejos para la crianza de sus nuevas mascotas.

Al cabo de unos días había conseguido ayuda para arreglar su casa y darle vida a su jardín olvidado.

Su mejor amigo Antonio le sugirió la compra de un celular para comunicarse con sus hijos que vivían en regiones alejadas. Fue así como Joaquín les comunicó que había vuelto a socializar con sus camaradas, estaba remodelando su hogar y activando la plantación de nuevas rosas en su jardín; además de contarles que tenía a Susi y Tomi.

Al cabo de unas semanas la casa de Joaquín volvía a la vida. El hombre sonreía cada vez que los gatitos hacían algunas travesuras, su vida estaba ahora llena de ideas y proyectos. - Todo volverá a ser como antes – Se repetía Joaquín cada vez que acariciaba con inmenso amor a sus gatitos.

La fotografía de su esposa desaparecida un día de octubre hace años, volvió a ocupar el lugar en la mesita del living y siempre estaba acompañada de un bello ramo de rosas.

Entre parto y aborto

Nelly Rojas - 69 años - Horcón

Cuando recién llegué, hasta sobraba espacio en este lugar, conforme fue transcurriendo el trayecto se hacía más difícil hacer algún movimiento, por simple que fuera.

Trato de prepararme para la salida, pongo en ello todo mi empeño pero se ve complicado.

Es muy difícil este necesario trámite de salir de aquí. Alcanzo a divisar el agujero perfecto para dejar asomar mi cabeza, lo molesto es llegar hasta ahí, mmm…¡ es muy angosto!, me doy de cabezazos y tras ingentes esfuerzos, al límite de mi respiración, logro asomar mi enorme cabeza,…¡ aire al fin!... mi cuerpo sigue atrapado y la verdad, tengo poca experiencia en estos asuntos…otro movimiento y podré sacar mi hombro izquierdo, ,¡ de la teoría a la práctica hay una gran diferencia!; seguro después el derecho será más fácil…el tronco fue lo más rápido, salió casi expulsado pero… se me atascaron las caderas…un giro y otro, …¡ya!…las logré sacar del apretado obstáculo.

Estoy como flotando, casi de bruces en un lugar frio y bastante maloliente; sólo quedan las piernas… una primero, la que tengo más extendida, la otra está un poco recogida, con esfuerzo la estiro aunque con mucha dificultad y dejo constancia que hago mi mejor esfuerzo para entender cómo sacarlas…¡finalmente lo logro!… he pasado por una situación que, por cotidiana, no deja de ser traumática . ¡Acabo de bajarme del metro!

Dia de todos los santos

Mañio Aranis - 82 años - El Tabo

La primera experiencia con algo relacionado con cementerios que recuerdo, se. remonta a mis años en segundo o tercero primario. Estábamos en la Escuela Hermanos Matte de la Sociedad de Instrucción Primaria que está en calle Placer frente a la Estación Franklin del Metro (eso hoy) en otros tiempos, los terrenos de la estación estaban tomados por gente sin casa, se les llamaba población callampa, allí había muchos niños en edad escolar los que, por supuesto, asistían a clases con nosotros.

En un determinado día del año, seguramente vísperas del día de los muertos, el colegio organizaba una procesión al cementerio, un grupo acotado de alumnos dentro de los cuales estaba el coro del establecimiento, y ahí estaba yo, una micro nos traslada hasta dejarnos frente a la entrada del cementerio Católico, un enorme edificio iniciado en 1886 a manos de un arquitecto Italiano que uso un estilo neoclásico propio de los monasterios, con grandeza y austeridad, al entrar quedamos impresionados, marchábamos ordenadamente bajo grandes arcos fríos donde debía comenzar el coro bajo la dirección de la profesora Ana Lazcano, retumbaron las voces multiplicadas por el eco y un recogimiento interior que, nos alentaba a cantar con mayor entusiasmo, recuerdo un poco de los versos del canto, uno de ellos era el siguiente…

"ES MUY DURO EL MORIR
BIEN LO SÉ QUE MORIRÉ…"

Todo el repertorio debió ser algo por el estilo, no lo recuerdo, más tarde después de rendir un homenaje frente a un mausoleo dio tiempo para ver y recorrer el sector. Muchos ostentosos pequeños palacios para guardar restos de cuerpos sin vida que ese día estaban adornados de flores coloridas, dándole un tono festivo al cuadro. Años después aprenderíamos que otros pueblos, los mexicanos y sus múltiples tribus que pueblan su geografía tienen un concepto distinto de la muerte y es mas alegre y colorido, en nuestro pueblo araucano es algo mas sobrio y aunque tienen su cementerio, las animitas que se encuentran a orillas de las carreteras nos recuerdan algo de aquello. Pero esos enormes y ostentosos mausoleos llegaron de fuera, nuestras costumbres están atravesadas por múltiples otras civilizaciones que siempre dejan algo y se llevan otro resto. Yo quisiera que simplemente me cremaran como hacían los griegos, no necesitan ponerme monedas en los ojos para pagarle al barquero, voy a hacer dedo para que me lleve al otro mundo.

En cuanto a la visita al cementerio olvídenla, basta un recuerdo de vez en cuando al ver algún objeto que toqué y listo.

Caza de mariposas

Mario San Martín - 74 años - Viña del Mar

I

Al anochecer, una mariposa, la más bella, es capturada, rodeada de cuchillos, obligada a reemplazar la última flor que cae justo al atardecer.

En la rama, con los pies descalzos, están iluminadas por las estrellas, resisten la tortura, no cederán, se presentan cada vez más hermosas.

Con el primer rayo de luz los cuchillos se ocultan. Las mariposas planean hasta los arbustos,
beben un poco de néctar y rocío.

En el lugar de su tortura, en aquel árbol solitario, nada ocurre. La flor que cae no vuelve a la rama. Sin embargo, cada anochecer las sombras levantan sus cuchillos.

II

Pavoneando su cuerpo la flor cubre la hierba con dulzura, extendiendo sus pétalos acaricia su sombra sobre las hojas, pone en cada gesto toda su atención. La ternura hace posible que imagine las hojas como estrellas, blancos soles, a quienes puede contarles historias de pueblos y lugares lejanos, últimos de la tierra, pueblos donde las flores son aplastadas, hasta la muerte, por terribles arados.

Las flores se extienden por toda la costa, estableciendo un límite entre la arena y el mar. Las flores rejuvenecen con las olas. Pero, cuenta la leyenda, que de noche no todas son flores, las más bellas son mariposas aprisionadas, obligadas a permanecer en el lugar de las flores recién caídas, porque las flores se marchitan y caen, y aquello nadie lo desea, hay que ocultarlo, el mayor tiempo posible, hasta mañana, tal vez.

III

Según cuentan, durante siglos las flores han vivido entre reyes y dioses olvidados, ocultando un trozo de sol entre sus hojas, en cada amanecer: cenizas brotan desde las rocas hasta sus ramas, sus brotes y raíces, haciéndolas descender, pétalo a pétalo, a través del curso de la vida, no sabiendo si resplandecer en tierra u ocultarse a través de las estrellas.

Las flores niegan la muerte, se resisten, de cualquier manera, atrapando incluso a las mariposas en su esfuerzo, y así prolongar la vida de las flores, sin dañar en extremo a las mariposas (una muerte no recupera otra).

Las mariposas, en amistad con las flores, luchan contra la muerte, las flores protegiendo a las mariposas y, cada atardecer, las mariposas prolongando la vida de las flores.

IV

La calma del atardecer vigila los contornos de la luz, los sueños se ocultan bajo el silencio de las flores.

En un intento de darle sentido a la vida, las mariposas buscan en soles lejanos el aroma de las esperanzas.

Duelen los diálogos entre flores y mariposas, al ser murmuradas bajo el canto de los cedros.

El sepulturero del cementerio general

Maurício Muñoz - 65 años - Villa Alemana

Tomo el bus en la estación Pajaritos Santiago, a Villa Alemana, no alcancé a tomar pasajes, de suerte tenía un asiento desocupado, me cobra el auxiliar, donde viaja señor, Villa Alemana respondo. Apenas se fue, el compañero de asiento, me pregunta si conozco Villa Alemana, sí, es la ciudad donde crecí y la conozco bien.

Me cuenta que jubiló hace poco y viaja a ubicar un hermano que no sabía que tenía y si le podía ayudar con la dirección, por supuesto contesto. Me cuenta que su nombre es Juan Guerra Guerra, y jubiló como jefe de sepulturero en el cementerio general de Santiago.

Que interesante su trabajo, cuantas historias debe tener, fantasmas, personajes públicos, hasta el patio de los desaparecidos, (debo confesar que los temas esotéricos, me fascinan), Don Juan saca pecho, se siente importante, al fin reconocen su trabajo. Me pide que lo tutee, a lo que respondo que “siempre y cuando, me cuente alguna sabrosa historia.

Juan ,debe tener unos setenta años, macizo un poco barrigón, moreno pelo tieso, estatura mediana, una sonrisa muy simpática, que dejan trasver una amplia sonrisa de dientes blancos un poco desordenados.

Deben ser como quince años, yo era el jefe de sepultureros, después de mucho esperar salió la orden de sepultación de un difunto nada querido. No imaginaba, todo el problema que iba a tener con la sepultación de ese finado.

Llegamos al mausoleo de la las Hermanitas de los Pobres, estábamos listos para meterlo al nicho, llega la orden de devolverse. Volvimos al ingreso, nos recibió una monjita jovencita, llamo al cura a cargo, un cura bajito, dijo con un vozarrón grave, No lo pueden enterrar ahí. Y claro, cómo iban a enterrar al mismo diablo junto a las monjitas.

Después de una larga espera, salió la orden definitiva, se sepultaría, en un hoyo, en tierra, un patio transitorio, partimos para allá con el curita, que por lo visto tenía malas pulgas, porque llegaron periodistas, fotógrafos, que se cruzaban por el camino, preguntando puras leseras, ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?, ¿se arrepintió, pidió perdón?, Y cómo íbamos a saber nosotros, si aquí llegan fiambres. no nos dejaban avanzar se cruzaban, el curita, agarró el paraguas y ¡¡¡ZAS!!! Le aforraba al que se le cruzara en el camino, yo sin querer le pase la rueda con carro y cajón por el zapato a un periodista, puchas que reclamaba el cristiano. Menos mal que llegamos al lugar donde no podía continuar la prensa.

Juan reflexivo, como pensando en voz alta, decía, cuantas cosas horribles, tiene que haber hecho a tantas personas, fue traicionero se cambió de bando delatando a sus propios amigos. Pucha el gallo para malo, con razón.

Bueno hay funerales y funerales, Recuerdo el de Don Pablo Neruda, fue un éxito de entrada y salida, porque después lo sacaron para llevarlo a Isla Negra, a su casa. Lleno aplausos, discursos. Por fin lo enterramos rapidito, el cura dijo un par de palabras y chao pescado, fue sin pena ni gloria. Yo, aún no salía de mi incertidumbre y curiosidad, Juan, ¡pero quien era el finado!

Marcelo Romo, agente asesino de la DINA, alias el Guatón Romo.

Siento una mano mi hombro, el auxiliar, miro el bus, esta completamente vacío, me acuerdo de Juan, ojalá que encuentre la dirección. Llego a mi casa, mi esposa y dice que hace muy poco rato, vino un familiar lejano, que quería conocerte, se llama Juan Guerra Guerra aquí dejo su teléfono.

La desnudez del poema

Mañancla Pucbla - 77 años - Valparaíso

Esta mañana cuando me disponía a tomar mi café, se me ocurrió abrir el periódico en las páginas rojas. Quedé espantado con el titular "Apresan a Poeta que exhibía a un Poema Desnudo". No lo podía creer, qué desfachatez, tanta insolencia, era inaudito, en plena plaza pública en donde las familias paseaban a sus niños y a sus mascotas.

El individuo, poeta, usaba un parlante parecido a ese que usan los evangélicos y los chicos de los buses para cantar sus demandas y que no dejan concentrarse al público que no quiere escucharlos.

El atrevido poeta leyó en voz alta usando palabras prohibidas de increíble resonancia, enfatizando las mayúsculas con alevosía, argumentaba que el poema estaba desnudo a pedido del público, cosa que fue desmentida por una señora mojigata que se secaba las lágrimas abrumada por tanta maledicencia. No podía creer que en plena calle, el poema, exhibiera sin escrúpulos sus partes metafóricas.

Ella entre sollozos sin lágrimas, aducía que escuchó todo el poema, esperando que el poeta recapacitara y diera disculpas por tales palabras desconocidas para ella, claro, pero por el énfasis de la lectura suponía que era de fuerte calibre, apuntando a los pobres niños que se encontraban en la audiencia embobados en su ignorancia.

Incluso en un momento desesperado, ella le ofreció su biblia para que cubriera la desnudez desmedida de su poema. Sin embargo, nada sucedió, el poeta siguió en su atrevimiento, recalcando que todo lo que leía era de una transparencia sin discusión. Todo trepidó a tal punto que la señora dejó su sitio para llamar a la policía, pues ya no podía mantenerse serena en ese lugar.

Alguien de la audiencia advirtió que había llegado el auto patrulla, y al escuchar eso, el poeta saltó de su pedestal y se amarró a la reja del congreso con una cadena y candado. El poema tiritaba de frío, tapándose con algunas letras huérfanas que apenas lo cubrían. Bueno, la policía se llevó preso al poeta y su poema indecente que, aún en el carro policial, iba leyendo en voz alta y llevaba al poema desnudo pegado a la ventana del auto. Las beatas que salían de su misa caían desmayadas al verlo y escucharlo en su desnudez.

Del poeta y su poema, no se sabe nada, es un misterio sus paraderos, alguien dijo que se habían exiliado en el país de las metáforas pero es una mera especulación.

Método infalible para regar un limonero

Natasha Valdés - 71 años - Valparaíso

Preparo la manguera, ajusto el chorro hasta la caída más leve para que nada dañe los brotes de azahares recién germinados. Giro la llave, suena el agua pujando por los rumbos, riego el limonero.

El agua, simulacro de lluvia, cae en hileras de gotas formando un arpa de cuerdas cuánticas. Finos hilos en sinfonía realizan un ballet perfecto, irrepetible. A través de cada gota observo los colores cambiantes mientras viajan a la tierra. Predominan los verdes de enredaderas y follaje, súbitos amarillos soles de fantasía, bandadas de azulados pájaros cantando en el violeta del cielo de la tarde, rubíes furtivos sobre la superficie de cada gota.

Esa lluvia cae alegre en leve concierto, se detiene en las lustrosas jóvenes hojas por unos segundos hasta deslizarse junto con las gotas anteriores hacia las hojas inferiores y así sucesivamente hasta llegar a la tierra que empieza a alegrarse y cambiar de color. Cadenas de gotas llaman a las siguientes. Mis ojos se encandilan con su fiesta de luces. Mis torpes manos quieren hacer música en esta arpa acuática y siento en cada dedo el cuerpo frío de la gota rompiéndose en mis yemas. Mi interrupción desvía su caída y rompe el repiqueteo ancestral de su cadencia.

El agua busca su memoria reciente, crea charcos de bailarinas olas que se expanden para recibir a las siguientes hasta huir por un surco creado por la persistencia de las anteriores. Al humedecerse cada terrón se deshace suavemente para fundirse con los demás en una sinfonía de materia transformada para nutrir la vida que viene en ese limonero. Entonces las raíces beben ese líquido amniótico y lo elevan rama por rama hasta esa flor y sus pistilos, sépalos, pedúnculos, filamentos, ovarios, óvulos, gineceos y receptáculos hambrientos hasta gestar el fruto milagroso. Un trayecto mágico en que el agua extrae la acidez de la tierra, restos de insectos, gusanos, hormigas, lombrices, escarabajos, caracoles, minerales, orines de perros, lágrimas hasta convertirlos en ese limón que es un sol colgando de las ramas, que al partirlo regresa a mi boca toda el agua que ahora riego.

Decían que Cubelli

Andrés Illanes - 73 años - Viña del Mar

Decían que Cubelli en verdad se llamaba Cupertino Cubillos. Que su mamá le decía Cucú como nefasto presagio de su existencia. Decían que vivía en Quillota con una mujer mayor, pareja o madre, pero que como fuere no era hombre de una sola mujer y en el largo invierno, sin números que cantar, navegaba nuestra geografía desparramando su semilla sin regresar jamás a cosechar.

Era el rey de "Los Juegos" donde derrochaba simpatía y testosterona, garantía de venta de todos los cartones. Había que ocupar un puesto temprano para poder participar de la última lotería de la noche, donde el cartón completo era la ansiada caja de galletas Mi Encanto, un tesoro esquivo que Cubelli sistemáticamente nos negaba.

Decían que Cubelli se encarnaba a la hora del crepúsculo para interpretar su rutina y se extinguía en las tinieblas de la noche. Que era sólo un espectro veraniego. Pero cantando aquellos números entraba en un paroxismo que parecía desmentirlo.

Todo aquello que decían de Cubelli alimentaba nuestra desbocada imaginación y lo que finalmente nos convenció para desentrañar aquel misterio fue el día triunfal en que logramos lo que parecía imposible: la esquiva caja de galletas Mi Encanto. Era el día señalado.

Al descender de su tarima notamos que era pequeño y paticorto, lo que ocultaba con maestría. A prudente distancia le seguimos mientras avanzaba a paso rengo por la calle Normandie en medio de la bruma hacia los deslindes de Quintero. Allí se detuvo: Flor De Un Día. Pensión completa. Piezas para caballeros.

Lo vimos entrar a su pieza para caballero, donde una deshilachada cortina dejaba entrever aquella precaria intimidad. Todo era endemoniadamente normal y a punto estábamos de abandonar nuestra investigación cuando ingresó la Flordeundía, enfundada en una bata de seda donde dorados dragones reptaban por su espalda escarlata. Flor, más pasado que futuro, pero presente suficiente para exaltar nuestra adolescencia, se sentó en la cama y abrió su pecho generoso para que Cubelli clavara allí aquellos dientes prodigiosos. En ese instante, cuando aguardábamos el clímax, todo se derrumbó y la flamante caja Mi Encanto, que abrazaba cual si fuera Floredeundía, se escurrió de entre mis manos temblorosas y fue a dar con gran estruendo contra el ripio, desflorada de su noble contenido mientras corríamos despavoridos.

Así acabó aquel verano. Cubelli ya no regresó el siguiente ni ningún otro, sepultando nuestra ilusión de volver a disfrutar la melodía que escurría por entre aquellos dientes colosales.

Decían que Cubelli aún vivía en Quillota y años después fuimos allí a indagar sobre su existencia que ya nadie recordaba. Solo un chico que nos había estado siguiendo supo decirnos: pregúntenle a la tía Viola, esa señora que pide limosna a la salida de la iglesia. Ella sabe.

"Sí, viví muchos años con él. Pero un buen día se fue p'al norte, igualito que el Runrún. Dijo que no sabía cuándo volvería. Dijo que quizás para el cumpleaños de nuestra soledad. Era tan raro el Cucú. Pero lo sigo esperando".

Junto a ti

Brandy Brandy - 70 años - Viña del Mar

"Buenos días amor". Tu voz suave en mi oído susurrando esa dulce canción, encantadora rutina.

"Hace calor. ¡Vamos a nadar!".

La invitación es una osada tentación para mí.

Sin pensarlo más me deslizo desnuda y mis pies gozan del verde pasto, con diminutas gotas de rocío como pequeños diamantes en bruto. Siento tus manos en mi cintura y me sumerjo en la frescura del agua. Nuestros cuerpos perlados brillan a la luz del sol matutino y me devuelven los recuerdos de tantas aventuras compartidas, imborrables en mi memoria: Nuestras travesuras de niños, los besos robados al atardecer. Nuestros adolescentes amaneceres... y los aeropuertos… tantos de ellos y mi corazón latiendo con fuerza loca cada vez que abordábamos un avión, pero al escucharte decir: "No temas mi amor. Aquí estoy junto a ti", siempre volvía la calma.

Cómo olvidar esa mesa exquisitamente adornada con flores y velas en casa de tu prima, que reunió a tantos amigos para darnos una hermosa despedida, ¡con esa hospitalidad italiana tan característica de ella!

Aún me parece percibir el increíble aroma de la carne mechada y los macarrones a la boloñesa, preparados con tanto cariño (cosa extraña, puesto que hace ya varios días no consigo percibir olor alguno).

De repente, una ráfaga de viento me vuelve a la realidad. El agua está muy helada, el sol ya no calienta.

Entonces salgo de la piscina y corro hacia la casa por el jardín.

"Apuesto que llego primero que tú…" te desafío. Y sigo corriendo, aunque no me respondes… voy corriendo y riendo esperando que me alcances. Al instante volteo y te busco… pero tú no estás. Te llamo a viva voz y no me respondes. ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué no estás? Tal vez mi mente juega con mis recuerdos…

Un frío estremecedor recorre mi cuerpo entero cuando veo en la puerta varios hombres vestidos de blanco, con sus rostros cubiertos y ojos lastimeros.

"Váyanse", les grito. "¿¡Qué hacen aquí ¡?" Pero tampoco responden…

Sólo se miran entre ellos como en una muda conspiración, moviendo sus cabezas y comenzando a acercarse lentamente como curiosos felinos.

Quiero escapar, pero… ¡No puedo moverme!

Siento que las fuerzas me abandonan . No puedo respirar y todo a mi alrededor comienza a tornarse oscuro... a punto de desfallecer escucho tu voz.

"No temas amor. Aquí estoy junto a ti".

"Vamos a hacer este último viaje juntos, será maravilloso. Dame tu mano".

Confiando en tus palabras, extiendo mi mano intentando atrapar la tuya…. Por un momento se queda flotando en el aire. Luego siento la caricia fría de tu piel.

Entonces, llega la calma, cierro mis ojos y mi cuerpo se vuelve tan liviano como un ave mañanera. Los hombres de blanco me rodean, con sus rostros cubiertos y sus ojos lastimeros… ya no tengo miedo, tú estás junto a mí… Mi alma se eleva hasta las estrellas…

Ellos cubren mi desnudez con una cálida manta. Pero ya no estoy allí…

El niño de la bicicleta

M. Cecilia Arriagada - 74 años - Valparaíso

Era el roble más antiguo y erguido que sobresalía del cerro y el último del bosque nativo que había sido depredado.

Se mantenía firme y seguro gracias a las enormes raíces que fue afianzando en la ladera del cerro que miraba hacia el mar. Sus largas ramas se movían graciosas con la brisa que siempre azotaba su hogar y parecía danzar al son del viento que silbaba en los meses más fríos.

Se sentía seguro anclado a la ladera de la colina que lo cobijaba, la vista privilegiada que tenía desde su atalaya lo obligaba a enterarse de todo lo que ocurría a su alrededor y reconocer a quienes subían y bajaban.

Una tarde otoñal, diviso una silueta que subía hacia él empujando una bicicleta, que por lo empinado no podía pedalear. Era un niño que antes nunca vio y le causó curiosidad que se acercara directo a él. Lo veía ya más próximo y lo miró hacia abajo cuando apoyo la bicicleta en su tronco y se tendió a descansar cercano a sus ramas que casi tocaban el suelo. Lo vio cerrar sus ojos y permanecer con ellos cerrados un largo rato.

Sentía la bicicleta que al moverse con el viento le provocaba cosquillas en el tronco, pero a la vez lo relajaba.

El niño abrió sus ojos, miró su vehículo y recorrió con la vista al roble que guardaba silencio quien en ese momento se dio cuenta de los hermosos ojos del muchachito que se acercó lentamente, lo abrazó y puso un oído para escuchar los latidos del añoso árbol. Desde aquel día el ciclista volvió en innumerables ocasiones y se sentaba a descansar a su sombra o a protegerse del viento que los golpeaba en invierno.

Pasaron los años y entre ambos se entabló una amistad sin palabras que creció con el tiempo.

Una tarde, el muchachito llegó llorando y se abrazó a su amigo. El añoso árbol se sintió muy inútil de no poderlo ayudar, pero una de sus ramas le rozo la cabeza y el joven elevó los ojos hacia el tronco y entendió el mensaje.

Las visitas eran a veces frecuentes y a veces distanciadas. Pero la vida que es imprevisible los alejó por un largo tiempo.

El árbol mudó de hojas muchas veces y el muchacho se marchó un día y no lo volvió a visitar.

Pasaron incendios y sequías, pero el roble ATESORABA ese recuerdo como algo sagrado.

Un día el muchacho, ya hombre regresó y quiso visitar a su amigo vegetal. Corrió ladera arriba para abrazarlo. Pero desde la mitad del camino ya no lo divisó, sintió apretarse el corazón y sus ojos se nublaron. Siguió corriendo, pero ya no se veía el árbol ni la vegetación circundante.

Al llegar más cerca vio el terreno alambrado y un letrero que decía: " PROHIBIDO EL PASO" propiedad de la inmobiliaria Portugal.

El progreso, de nuevo había ganado.

El examen de castellano

Carolina Repetto - 69 años - Olmué

Era diciembre de 1964. Laura tenía 12 años. Cursaba Primer Año de Humanidades. Hoy Séptimo Básico. Laura no era muy buena para el castellano, pero por empeño no se quedaba.

Y llegó el día del famoso e inolvidable examen.

En esa época, una comisión de profesoras del Liceo de Niñas de Viña del Mar, iba a "rajar" a las niñas de los colegios particulares. Laura pensaba: ¿qué culpa tengo yo que mis papás me pusieran en este colegio de monjas?

El examen consistía en seis preguntas y un punto de base. La última le pareció tan fácil que por dentro se reía sola. Contestó lo mejor que pudo las demás. Tenía que sacarse un cuatro. Cuando llegó a la última pregunta que pedía hacer un retrato de Papelucho, Laura, en sólo un minuto, lo dibujó: flaco y de pelos parados. Hasta lo enmarcó. ¡Le quedó tan bonito!

Después entregó su examen y al comentar con sus compañeras las respuestas, le dijeron: "Nooooo, había que decir cómo era y no dibujarlo, tonta…"

Se le vino el mundo abajo por lo "ingenua" que había sido. Al rato le entregaron el examen: un cuatro. No podía creerlo, había pasado el ramo y no tendría que dar el examen de nuevo en marzo.

- ¿Qué habrán pensado las profesoras?

- ¿Se habrán reído o llorado con su examen? Nunca lo sabría.

Cada vez que Laura cuenta este episodio de su vida, se ríen mucho…ahora también ella se ríe y a carcajadas…

No me alcanzó

René Salgado - 60 años - Viña del Mar

Al sentarse en la vieja poltrona de su habitación comprendió todo.

Hace un par de días lo llamaron de urgencia desde la localidad de Putaendo. Le dijeron que su hermano estaba mal y que lo llamaba, que quería hablar con él.

El viejo partió. Fue solo. No quiso meter a su esposa, porque las cosas de familia, por lo menos de su familia, las trataba con reserva. Siempre había tenido esa costumbre. Al final se lo contaría, lo importante era no molestar a su mujer, total preocuparla no serviría para nada.

El hospital del pueblo era de esos construidos en la década del 60, robusto, grueso, con olor a enfermos, con gemidos y ese color indescriptible que bien podía ser amarillo o pura mugre.

Lo esperaba un médico muy joven con un bigotito francés, el viejo se imaginó a un mosquetero que en vez de un florete esgrimía una jeringa. El médico le advirtió que su hermano estaba muy mal y lo más seguro era que no pasara de un par de días para.

Su hermano, juntos habían compartido el hambre y a una madre que se descrestaba amasando para darle menos de lo justo para que las tripas se tranquilizaran. Mucha hambre, puro choclo tostado, higos secos, trigo robado por ellos y molido por su madre cómplice, algo de uvas y las sobras del pan que se lograba vender. Mucha hambre.

Se recordó lo que le costó entender que su hermano y él tuviesen apellidos diferentes.

Su madre nunca habló de los hombres que la preñaron, no era necesario; a lo hecho pecho, total, ninguno de los dos padres ponía un peso para los chiquillos. Pero, como para redimirse, le habían dado el apellido; el viejo era Salgado y su hermano Aguilar. Cosas del campo, se decía el viejo.

El doctorcito lo llevo a la habitación, pero antes de ingresar se toparon con el capellán que venía, con cara seria, saliendo de hablar con su hermano. ¿Ud. es el hermano? El viejo afirmó con la cabeza. Pase y espero que su corazón sea bondadoso.

El viejo, asombrado y algo miedoso, entró. Su hermano era siete años mayor y se estaba muriendo.

El enfermo abrió los ojos. El viejo lo saludo con un apretón en su mano. El hermano mayor lo reconoció. Comenzó a lagrimear sin sollozos, en un silencio inquietante. Sin saber que hacer el viejo se sentó en la orilla de la cama y se lo quedó mirando con una pena que no había sentido nunca.

De pronto, el enfermo se sienta y abraza al viejo, apretado, honesto, viril, arrepentido. Y le dijo simplemente: "es que estaba solo".

Al sentarse en la vieja poltrona de su habitación comprendió todo. Hace más de sesenta años las manos de su hermano lo tocaron, el aliento desequilibrado de su hermano lo invadió. El viejo corrió y su hermano lo persiguió. "No me alcanzó". Descansa, hermano. No me alcanzaste.

Parte de mi vida...

Valentina Huerta - 62 años - Viña del Mar

Bajo una tibia tarde de verano, poseo el recuerdo infante, con mirada brillosa y húmeda; sobre la cuna quieta, con sus sábanas celestes de franela que acunaban deliciosamente aquel cuerpecito débil. ¡Sólo tenía 4 meses, tan solo amor! Aquella tarde, calurosa, sobre aquella arteza de madera y de pie, ¡escobillaba y escobillaba tanta ropa mamá! Mi hermana mayor y yo, jugábamos absortas al luche y al cordel. Yo tenía ocho años, mi hermana diez. De pronto un silencio anunciador, y… esparcido en el entorno su voz se escuchó, era mamá… ¡Vayan a ver al niño! ¡Rápido, vayan a ver!

A la habitación llena de un silencio extraño, entramos con temor. Unos ojitos negros, intensos en su color, tan abiertos y sus pestañas tan largas. Como nuestros suspiros, su piel aún ardiente y aquellos ojitos mirando fijamente lo alto. Su rostro enrojecido por la fiebre que lo llevó. No supimos si sufrió, pero aquel rostro hermoso mostraba relajación ¡angelito de amor! Con mucha ternura besábamos su piel, le tomábamos en brazos y nuestras miradas se cruzaban, sin hablar quedamos. Al umbral nos acercamos para llamar a mamá. Ella bajando la mirada y con un suspiro amargado lo envolvió en un chal. ¡Se ha ido, Dios se lo quiso llevar! ¡Quédense tranquilas, lo llevare al hospital! (ya era en vano llevarlo ahí).

De pronto el sonido chirriante de la puerta se escuchó, era papá que regresaba más temprano que de costumbre, apenadas, la noticia le tuvimos que dar. Sus labios temblorosos y sus ojos brillantes, llevando tímidamente sus manos al rostro, comenzó a llorar.

Ya han pasado los años, y aun no logro olvidar, aquel bebé, de ojitos sin igual.

¡¡Le sueño hilando estrellas, vestido de razo blanco, en un armonioso danzar, lo veo sano, lo veo angelical… con un liviano mirar!!

Cambio de ritmo

Marta Cordero - 65 años - La Cruz

Iba rápida en dirección al jardín, sus piernas -fuertes y ágiles- apenas tocaban el piso de cerámica. Estaba animada y ansiosa de ver a su rosa peonia, que ayer estaba colmada de botones, algunos a punto de abrir. Se sonrió y pensó: no hay como la primavera, es música y amor. Mis células danzan en armonía.

Le atravesó fugaz un recuerdo, un dato almacenado en la memoria, plitotaxis: cada célula empuja y estira a sus vecinas en un baile caótico (no sincronizado) y sin embargo moviendo a todo el conjunto en la dirección deseada. Es increíble, se dijo, un caos sin perder cohesión para continuar la vida…o la muerte. Movió su cabeza para quitar la idea y de reojo, como una aparición, vio a una anciana con el cabello casi blanco, pequeña y frágil, algo deforme por la edad y tuvo miedo; no quería mirarla de frente, algo en ella hacía que recelara su presencia. No. Es mi imaginación, se dijo ¿De dónde va a salir una anciana?...y ESA anciana, débil, jorobada, con cuatro pelos, decaída y sola. ¿Será posible una aparición de mi abuela? No. Mi abuela fue grande y fuerte hasta la muerte…tal vez mi madre, pero mi madre fue indomable y orgullosa hasta el fin de sus días… ¿Será un espíritu perdido, una aparición, un ser de otro mundo, tal vez maligno?

Sintió un temor que le erizó la piel y en un esfuerzo increíble, se dio media vuelta y se puso de frente a la anciana… ¡Horror!, era el espejo, el espejo que habían instalado un par de días atrás, la anciana era ella, ¿cómo era posible? Se sentía tan bien, tan joven, tan animada, ¿cómo pudo olvidar el espejo?... Aunque no era extraño, ahora mismo iba al jardín y había olvidado vestirse, estaba aún en pijama. La anciana del espejo le sonrió. En retrospectiva su vida ha sido plena: locura, paz, amor, sexo (y a veces ambos a la vez), hijos perfectos, nieta luminosa, viajes, estudios y por cierto no ha faltado el sufrimiento, el verdadero, el que te da la medida y te define quien eres. Se miró objetivamente. En realidad no se veía tan débil, ni tan decaída ni tan anciana. La verdad es que joroba no tenía, solo había que erguirse, pararse como corresponde. Además, se siente viva, amada y con ganas (a veces) no solo de seguir, si no de recomenzar. Bien, se dijo, es tiempo de bailar moshing… a la espera de mi dulce amiga Igualadora.

Ataque al corazón

Gerardo Gatica - 64 años - Viña del Mar

Bajaba alegre desde los cerros de Viña del Mar en mi auto denominado “la joyita”, para una reunión de camaradería con viejos amigos, cuando sentí un fuerte dolor en el pecho que me obligó a detener el vehículo y quedar apoyado sobre el volante.

Recordando los síntomas descritos por un cuñado que sufrió un infarto al corazón hace unos años, llegué a la conclusión que esto era un problema cardíaco. Pensé avisar a mi señora sobre el problema, pero decidí que lo primero era dirigirse al centro asistencial más cercano. Encendí el auto y jadeando como perrito, que es una técnica aprendida para mantener el flujo sanguíneo, manejé hacia el hospital para llegar lo más pronto posible. Descendí con gran dificultad del auto y me dirigí encorvado al servicio de urgencia. Por el aspecto que tenía, el enfermero de guardia procedió rápidamente a hacer la evaluación de salud inicial.

Al conocer los síntomas, aceleró los procedimientos e informó que tomaría un electrocardiograma. Mientras la máquina arrojaba un largo rollo de papel, el enfermero miraba hacia el cielo de la consulta, como si la respuesta del examen estuviera en ese lugar.

Revisó el papel e informó que el examen estaba correcto y que no arrojaba ningún problema. Me puse a pensar que el equipo estaba malo, ya que el dolor intenso se mantenía. Solicité que un médico me examinara a la brevedad, así que rápidamente fui pasado al box de urgencia, donde me atendió el médico de turno, que resultó ser una persona que conocía hace varios años.

¿Qué te pasó, por qué tienes una cara de asustado? me preguntó en un tono amigable. Creo que es un ataque al corazón, porque me duele mucho el pecho, dije en voz quejumbrosa. Leyó el electrocardiograma y quedó con la misma cara de extrañeza del enfermero y procedió con las maniobras de rigor para el examen físico. Me movía con dificultad en la camilla, hasta que el médico dejó caer toda su humanidad sobre mi pecho al más puro estilo de lucha libre, lo que hizo que un grito ahogado se escuchara en toda la sala de emergencia.

Por el dejo de satisfacción que mostró, intuí que parecía haber encontrado la respuesta a mis dolencias. Quedé esperando con ansiedad su veredicto y me dice en forma muy alegre: No tienes un ataque al corazón, tienes una Osteocondritis que se manifiesta con dolores en el pecho similares a un ataque al corazón. Le comento que identifico la palabra osteo como algo de los huesos y la terminación itis como inflamación o infección, pero ¿qué es condri?. Estás cerca me dijo, condri es una palabra que significa cartílago, por lo tanto, lo que tienes es una inflamación de los cartílagos que unen las costillas con el esternón. Me recetó unas pastillas y terminó diciendo “mañana ya no tendrás dolor”.

Llegando a casa puse al tanto a mi señora de lo que había vivido y por supuesto me retó por no haberle avisado. Costó hacerle entender que estuve en condición crítica, aunque después del diagnóstico sentí un poco de pudor, ya que no era algo tan grave. Al otro día los dolores desaparecieron como por arte de magia y solo quedó en mi recuerdo el haber sobrevivido a un casi verdadero “ataque al corazón”. Ahora, en el silencio de la noche pongo mi mano en el pecho para sentir los suaves y acompasados latidos de mi corazón y ya más tranquilo me dejo llevar por el sueño.

Un inmigrante

Eloisa Soto - 73 años - Quilpué

Salió de su casa en 1907 en plena juventud. La falta de oportunidades, poco trabajo en su país, no le dejó otra alternativa que emigrar. El país pasaba por una mala situación económica: más de 2 millones de personas emigraron a distintos lugares, como EE.UU, Brasil, Argentina, Perú y Chile.

Santos Giambó Laguidara decidió emigrar de su natal Messina en Sicilia; tenía sólo 17 años. Su padre, junto a la familia llegó a la estación del tren para despedirlo con pañuelos blancos y lágrimas en los ojos; valientemente, se despedía prometiéndole a su madre que volvería algún día -contaba-.

Debía llegar a Génova para abordar el buque que lo traería a América. Dos meses, contaba él, demoró la travesía --no tenía un plan fijo--. El buque pasó por Callao en el Perú, siguió su viaje recalando finalmente en la ciudad de Iquique en Chile donde se avecindó. Cuenta que cuando se acercó a la borda del buque exclamó "¡andiamo arrivatto nella terra dei papagalli!" (hemos llegado a la tierra de los papagayos). Esto tenía un sentido jocoso, amistoso por la algarabía que había en el muelle, gente gritando, ofreciendo frutas y comidas "¡Oh! -contaba él-, de tutti quanti" – y reía haciendo gestos con las manos.

Se acomodó como pudo y donde pudo. Desconocía el idioma, pero empeño no le faltaba. Con el poco dinero que portaba compró una mula y productos variados como ollas, sartenes, frazadas, alfombras. Lejos de la ciudad, con su mula y cargado, vendía los productos al trueque y dinero. Juntó peso a peso 4 años, compró una casa y puso un negocio. A los 21 años era dueño de una manzana en Iquique.

Conoció a una bella descendiente de italianos de 15 años, Lucía Grimaldi Vicencio estudiaba y vivía en un convento, sus padres le estaban dando la mejor educación en esa época humanísticos, además, cocinar y bordar; pero él la sacó de allí para casarse, -el abuelo contaba que estaba emparentada con la familia del principado de Mónaco-. Tuvieron 10 hijos, los primeros nacieron donde los pilló el camino -la abuela siempre lo acompañaba-, era muy tierna, reía con facilidad. Solita tuvo el primero que llamó Angel, al año nació Carmen. Los otros nacieron ya en casa. Solita los parió, sólo 5 sobrevivieron, "-las pestes hijita me decía y se le llenaban los ojitos de lágrimas-".

Años después se trasladaron a Valparaíso allí compró un gran caserón para luego convertirlo en un Bar Restaurant, con Pista de Baile llamado "La Yelcho", -el local se hizo muy famoso en los años 1930-.

Un inmigrante valiente llegó a Chile desde la bella Italia, trabajando duro se hizo de una pequeña fortuna.

Nació en Italia alrededor del año 1890 y murió en Viña del mar el año 1976.

Su madre murió y él no pudo volver a verla como le había prometido.

El hombre que yo amé (2005)

Lucy Ascui - 66 años - San Felipe

Como tantas historias de amor, que comenzaron con un beso dulce y tembloroso, esta comenzó en una playa de Iquique una mañana de primavera hace ya muchos años.

Él, de ojitos negros y curiosos, risa desbordante, personalidad fuerte pero con un corazón ardiente, ansioso de vivir y sentir, que animó mi alma, que inspiró el amor más intenso, …dónde estás?

Te miro hoy, ahí sentado, con tú mirada ausente, y tus pensamientos perdidos por una cruel enfermedad, mientras yo lucho por los que fueron nuestros sueños, acariciados en tantas horas de amor y amena conversación, estrujo mi alma buscando esa miel que endulzaba nuestros días, busco ese abrazo apretado que me daba fuerzas y consuelo, que me cobijaba, y ya no está, …miro tú figura triste y silenciosa, que me observa curiosa mientras se consume lentamente, atisbos de ternura en tus ojos cómo una súplica de amor.

Es la noche del alma, dónde ya no se anuncia un amanecer, sólo la oscuridad para este gran amor, en vano es luchar, es un murmullo de llanto que se eleva y me aplasta, paisajes y colores de tiempos felices se aparecen cómo fantasmas de dolor, memorias y deseos de cosas que ya no existen, recuerdos de una vida compartida, impulsos de llorar, dolor que el espíritu eleva y que adormece el alma, una atmósfera de vacío me envuelve…te necesito para amarte.

El Bisagra

Xímena Thieme - 65 años - Viña del Mar

Me enteré por las noticias que nuestro vecino “El Bisagra”, quien todo lo sabe, sufrió un siniestro por estos días, incendiaron su sede, un hecho muy lamentable, es un vecino útil ya que maneja mucha información, por eso del apodo de mi vecino (si no está en la puerta, está en la ventana) ya que muy rápido para enterarse de todos los acontecimientos, es una fuente de información segura, lo conozco de toda mi vida.

Cuando en la población nace un niño, es el primero en enterarse, ya ni los nombra solo los señala por un número y nos sigue la vida a cada uno de nosotros, usted desea un dato seguro, solo pase por su casa y ya sabrá; quien se casó y con quien, si alguien falleció ahí está él y sabe hasta la causa, si los chiquillos se titularon, en fin, el pobre no sabe guardar secretos y los comparte con otros amigotes que tiene en su círculo cercanos o sea de su club de la farándula de todo el barrio y más allá.

Son de esos vecinos que uno dice, vaya el curioso pa’ grande por no decir el copuchento instituido, siempre está con nosotros en momentos muy importante de la vida en toda etapa.

Cuando alguien osa comprar algún “regalito” ya sea un auto, o testar para otro, es el primero copuchar de donde saco la plata, que yo no supe comenta, es preguntón y se hace como que no le interesa, pero hay que aclararle, simular solicitar su venia o algo así, caso contrario empieza el pelambre con sus pares, es peligroso, ya que son igual o peores que él. Es mejor tenerlo de amigo, que de enemigo. Estar informado por él, trae sus beneficios.

Imagine usted llega alguien nuevo a nuestro entorno y uno no sabe quién es la persona: de su conducta o qué hace, cuál es su origen, en fin, Mi Vecino no falla, vaya donde él y en poco tiempo sabrá; todo, todo, lo que se llama todo incluido hasta el cumpleaños del susodicho.

Mi Vecino es fuera de serie y lo siento a veces como si fuera mago, está en todas partes, no es un Dios, porque imagino que algo se le debe escapar, entre tantas historias que maneja.

Hace poco, le dije que me separé (él ya lo sabía) y que me volvería a casar y me dio su venia ¡Para que vean que también se paletea y nos orienta, solo comento vas tener más hijos, ya tienes varios, sabe todo!

Bueno quiero presentarle Mi Vecino, es el Registro Civil y unos de sus pares que menciono es el S.I.I., muy conocidos por todos, no sé si tan querido el amigo, como Mi Vecino.

Fue en búsqueda de su hermano

Lucrecia Brito - 68 años - Valparaíso

Rosario me sorprendió con su confesión, me contó que vivía junto a su esposo en Valparaíso y que le hacía falta su madre y las tías. ¿Dónde están le consulté? En Argentina, en Mendoza. Sí, yo viví allá también pero ya adulta quise volver a Chile. Mi madre se quedó por allá y de a uno se los fue llevando.

¿Y por qué se fueron? Mire, mi padre partió de un día para otro a buscar a su hermano. Estaba preocupado, se había ido a trabajar y no tenía noticias de él hacía meses. Fue tan dura esa despedida, yo adoraba a mi papá, era tan cariñoso y juguetón conmigo…

Pasaron los meses y se repetía el círculo, no teníamos noticias de él. Entonces mi madre preparó el viaje y nos fuimos todos a la dirección de sus primeras cartas. Grande fue la sorpresa cuando llegamos y no se encontraba. La gente de la casa nos contó que estuvo con ellos , esperó varias semanas a su hermano que se había ido al interior a trabajar con unos arrieros, pero luego de muchas averiguaciones partió tras él y tampoco él había regresado. Entonces el viaje de una semana se convirtió en una estadía permanente, nos quedamos buscando y esperando. No regresó ni supimos de él hasta hoy. Yo regresé a Chile pero mi madre no pierde las esperanzas y se quedó en Argentina, toda su vida lo ha esperado…

Abrir la vida

Biodespertar Emocional - 60 años - Valparaíso

Era una tarde de invierno. Tenía cinco o quizá seis años. Estaba sentada en tibia manta de lana bajo la ambarina luz de la ventana cuando llegó mi padre con un paquete de cromos para mí. Tomé el suave paquete entre mis manos. El papel del envoltorio era frágil y delicado (aún puedo sentir en mi cuerpo la misma emoción de ese exacto momento en el que mis deditos recorrían el borde irregular para rasgarlo y el suave crujido del papel que anunciaba una infinidad de posibilidades ansiosas de revolotear entre mis palmas). Desgarré delicada pero ávidamente el envoltorio para descubrir qué figuritas me habían tocado esa vez. ¿Estaría aquella que tanto esperaba? Mi mente inquieta imaginaba el encuentro de alguna nueva o de la que podría intercambiar con mis amigos.

Ayer, en un momento de incertidumbre de esos en los que sentimos que ya nada está en nuestras manos, que el futuro es desconocido y quedamos paralizados por el miedo, llegó a mí vívidamente este recuerdo. Por un instante volví a ser esa niña frente a un manojo de cromos de diferentes colores y brillos. Cuando la fantasmal imagen se esfumó y volví a la realidad, sólo quedó el silencio. Me senté un instante y surgieron a borbotones las preguntas… ¿Cuánto hacía que no vivía ese sentir de alegría expectante? ¿Cuál fue la última vez que se detuvo mi aliento ante la curiosidad de descubrir o hacer algo nuevo? En ese instante me di cuenta de que cada día es como un paquete de cromos sin abrir, pero en algún lugar había perdido la emoción de quebrar suavemente el envoltorio para ver qué sorpresa trae, de contemplar extasiada lo nuevo o de reconocer lo que ya he vivido y hacer un trueque por algo mejor, entonces supe que la única distancia que me alejaba de esa emoción maravillosa era el miedo. Sin pensarlo y súbitamente mi rostro se iluminó con una sonrisa al escucharme decir: ¡tengo un álbum único entre mis manos! Y en mis dedos sentí que volvían a bailar los cromos, pero esta vez, de los años pasados y los días por venir.

Ayer me propuse contemplar y celebrar cada uno de los cromos de los días que vendrán con la misma expectativa que aquella tarde, esta vez sin permitir que el miedo me quite la aventura de completar el álbum perfecto de mi vida.

El cuerpo de Cristo

Mario Gajardo - 68 años - Valparaíso

Llegaba a la sacristía media hora antes de cada liturgia, me vestía de monaguillo, tal cura chico. Preparaba el altar, manteles, velas, llenaba una vinajera con agua y la otra con vino, de muy buen sabor. Echaba hostias al copón, crujientes mascaba algunas antes de ser consagradas, siempre se me pegaban en el paladar.

Cumplí esa labor durante mi formación en el Seminario Menor y, todo lo que había en la capilla para mí era sagrado. Conspiraban en esa visión el sacrosanto silencio de la capilla y el exquisito aroma del incienso. Sentía una presencia invisible que me acompañaba en todo momento. Sin embargo, al término de las ceremonias, sobre todo las vespertinas —comenzaba la oscuridad—, mi mente se cubría de miedo, quedaba completamente solo, debía dejar todo ordenado, cerrar puertas y apagar las luces. Un temor injustificado ¿qué podría ocurrirme en la casa del Señor? luego corría por un pasillo externo frente a un enorme jardín oscuro, hasta llegar al comedor, a las 20:30 horas se servía la cena.

Un domingo de 1967 haciendo sonar las campanillas, anunciaba el momento en que el pan y el vino se convierte en el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Iniciada la comunión me ubiqué al lado derecho del sacerdote, para instalar la patena de oro bajo la barbilla de cada feligrés, por si caían partículas o la hostia misma. Las primera frente al altar fue una religiosa octogenaria, el sacerdote pronuncia “el cuerpo de Cristo” y ella débil con su cuerpo tembloroso no responde “amén”, apenas abrió la boca sufriendo un desmayo. Todo el mundo se alertó y, mientras la monjita era asistida, yo me di cuenta que la hostia estaba en el suelo. Me convertí en el guardaespaldas del Cuerpo de Cristo cubriéndolo con mi debilucho cuerpo, perfectamente podía haber quedado en la suela de algún zapato. Solo el sacerdote está facultado para tomar la hostia consagrada, pero estaba preocupado de la religiosa.

Cristo estaba botado en el suelo, en su vía crucis cayó varias veces, pero esta vez no había cruz, ni soldados romanos. Ahora me pregunto ¿por qué me asusté? si era una hostia de harina común y un ritual religioso decretó que era el Cuerpo de Cristo. Por esa fecha mi fe era inquebrantable, así como indiscutible el dogma o misterio de la transustanciación.

Continué custodiando la hostia hasta que el sacerdote la recogió, mi vista continuó por segundos fija en el piso, cerciorándome que no quedaran partículas, cada una sería el Cuerpo de Cristo.

Después de varias décadas en que todo ha evolucionado, aquel incidente podría no tener tanta importancia. El cura o el monaguillo recogería la hostia sin mayor trámite, la monjita igualmente sería asistida y la caída del Cuerpo de Cristo solo un pequeño traspié. Con iglesias vacías se evidencia menos fe, menos sacerdotes y monjitas, menos monaguillos, menos hostias. En tanto yo continuaré de rodillas, protegiendo lo que pueda quedar.

La sequía

Humberto Morales - 73 años - Quilpué

Cuentan los ancestros, que en tiempos remotos, el agua abundaba, los ríos, eran caudalosos, y por los esteros viajaba rauda, los estanques se llenaban, no solo de agua, sino también de peces, las praderas, los cerros se vestían de verde, como si fuera el día de San Patricio, las flores, los árboles, el pasto, las hierbas todas, entregaban su aroma, el zumbido de las abejas, moscardones, el aletear de las mariposas y el cantar y trinar de las avecillas, era ella nuestra Gaia, como la llaman los griegos, resplandeciente.

Como ha pasado el tiempo, las nieves se derriten en la montaña, la lluvia a dejado de caer, todo se torna árido, el verdor, da paso al amarillo y al café, y estos se funden con el polvo, las piedras, nuestros abuelos decían abril, aguas mil, y hoy ya no esta. Las praderas y las lomas de los cerros, envejecidas por la falta del vital elemento.

El hombre, se ha transformado en un ser sin vista, ciego, y deja caer toda su ira, talando y talando los bosques, también le hace perder la razón la falta de agua.

Los antiguos, tenían razón, nosotros hemos cambiado el mundo, ya no hay, un otoño, invierno, primavera o verano, todo uno, ya no existen las frutas de la estación, están todo el año, si lo hemos cambiado, talamos, contaminamos, quemamos, ensuciamos, nada bueno hay en ello y suma y sigue, la ambición humana, es como si quisiéramos llevarnos a la otra vida, todo el planeta.

El homo sapiens, debe reaccionar, pensar, mirar, que solo tenemos una sola casa, y la debemos cuidar.

Nuestro suelo, espera volver a respirar el aroma de las flores, ver verdecer los cerros y praderas y volver a decir … tierra soy.

Cómo te lo digo

María Latín - 74 años - Quilpué

Como te digo!, que no me di ni cuenta, de cómo he llegado hasta aquí ¿cómo te digo que? que estoy vieja, cómo te cuento para que comprendas ¡que quiero vivir! Que el miedo me corroe el alma en silencio, que voy caminando y miro lo bello de la vida con infinita detención, todo me sabe nuevo, las pequeñas y grandes cosas que un día pase desapercibidas, los puestos callejeros, el agradable olor a pan caliente que brota de las panaderías, la vendedora de almácigos y plantas. Cómo te digo que me quedo mirando a los nuevos vendedores que han llegado hasta aquí por un futuro mejor, madres con su bebe durmiendo o llorando mientras ella ofrece dulces a los indiferentes. Cómo te explico que por momentos me olvido de mí y floto como en mi juventud, en aromas, rostros, silencios y perros vagos que me olvido de los años y los pies cansados.

Cómo te cuento que he pasado por tantas cosas y que sólo quiero soñar un poco más y no tener miedos de volverme ignorada, no caminar, no comer lo que me agrada, sin mascotas, mi jardín, mi talento, son las cosas que se van olvidando. ¡Cómo te lo cuento! que los recuerdos tienen alas.

No me di cuenta de los años idos en etapas superadas, fui hija, madre, suegra, oficinista, dueña de casa, abuela y bisabuela. La vida nos da llanto y risas, pero, olvidé que los años dorados no son dorados ¡traen fría soledad!

Las primaveras evaporadas de momentos pasados en presente, la familia, los instantes con esos finísimos detalles de regocijos … ¿Como te digo? que no quiero perder la memoria del ser yo y babear. Como te cuento, que me asusta la locura del pensar en el mañana que vendrá de puntillas, no me daré cuenta y me iré bailando.

¡Tengo tanto que contarte!, pero tu mirar detiene la palabra, porque ser vieja tiene sinónimos: indefensa, dice tonteras, que sabe ella, vieja loca. Al final se es, la abuelita que sólo calla, sonríe y no quiere molestar. Hasta que un día se duerme en silencio, allá en la casa de reposo.

Cómo te explico hoy que tengo temores y una vida entera dentro de mí, tanto que a veces, siento a la niña escondida dando brincos y queriendo jugar una ronda, que dice ¡Mírame soy Tú! la, la, la, la, laaa laaa… Salgo a caminar y me regalo un puñado de flores del naranjo y el limonero.

La perla del mercader

Alíro Lobos - 78 años - Viña del Mar

Son recuerdos
Son recuerdos del ayer
Que no olvidaré
Unos alegres
Otros son tristes
Pero allí es donde aprendí
A amar y a llorar
A reír y a sufrir…
Patricio Renán

Les digo que no es fácil. Navegar por los meandros de la mente, hurgar en las cajas de la memoria para evocar y recordar; -que es un poco volver a vivir- momentos, objetos, situaciones que como dice en el epígrafe "unos alegres, otros son tristes". Por lo tanto, aquí echo mano a la memoria selectiva, es decir, dejó en el olvido aquellos malos recuerdos.

Hace muchos años, más de siete décadas, tenía unos seis años, nos trasladamos a vivir desde el puerto de San Antonio a Santiago, fue ahí que visité por primera vez la casa de mi abuelo materno.

Fue en aquella casa de Alonso Reynoso 2312 que tuve un encuentro que me dejó, al menos así yo lo recuerdo, estupefacto, maravillado, sorprendido, ahora que sé el significado de esas palabras, creo que es lo que debo haber sentido.

Una casa de tres dormitorios, dos baños, sala de estar, comedor y escritorio separado, cocina y comedor de diario, gran galería vidriada. Lo especial de la casa, las paredes de la sala de estar y el comedor estaban tapizadas de cuadros, después cuando conocí el Museo Nacional de Bellas Artes, comprendí que la casa de mi abuelo materno era lo más parecido a una pinacoteca, eso lo he visto solamente, una vez, fuera de los museos, en el dúplex de nuestra pintora Carmen Aldunate, en Jardín del Este.

El objeto que evoco en este momento que escribo estas líneas no son las flores de Juan Francisco González, tampoco las marinas de Pacheco Altamirano ni los paisajes de Onofre Jarpa, el cuadro que llamó mi atención fue "La Perla del Mercader" o "Marchand d' esclaves" bajo el título que se presentó en el Salón de Paris en 1885 del pintor chileno Alfredo Valenzuela Puelma y no por su gran formato 216 x 140 cms. Sino, por ser la primera vez que veía a una mujer desnuda. El cuadro representa dos figuras Una joven esclava -la perla- que pudorosa trata de cubrir su rostro al sentir que un hombre - el mercader- levanta el velo para mostrar su cuerpo en todo su esplendor para que sea observada por el comprador.

Después, con los años, me acostumbré a ver cuerpos de mujeres desnudas y no solo en cuadros o esculturas…

Visita nocturna

María Soledad Palacios - 75 años - Viña del Mar

Producto de la pandemia, decidimos con mi familia - madre, hermana y Francisca, la persona que nos ayuda en los quehaceres de la casa- irnos a nuestra casa en la costa central, de esta forma alejarnos del mundanal ruido y evitar al máximo los contactos con otras personas. La más contenta fue Francisca pues su familia vive ahí. Mi hermana y yo, en conjunto con nuestros empleadores, suscribimos la suspensión laboral bajo la ley de protección del empleo…

Estamos en pleno invierno, hace frío, pero afortunadamente tenemos chimenea y acá en la playa se puede encender sin problema. El día se pasa rápido, podemos salir a caminar, tenemos una pequeña biblioteca, conexión a INTERNET bastante aceptable, vemos películas, jugamos a las cartas y además no ha servido para poder conversar más entre nosotras. Comemos rico y nos tomamos sus tragos…

Al principio pensé que era un sueño, un sonido machacaba mi cabeza, pero no, era el ruido de la persiana al golpear la ventana de mi dormitorio. Me desperté. Al levantarme, de inmediato sentí el cambio de temperatura, me puse la bata y sin encender la luz fui hasta la ventana, al abrir ésta para ponerle el pestillo a la persiana, el viento y la lluvia golpearon mi cara, fue ahí cuando vi la figura que se desplazaba furtivamente por el jardín.

No sé cuánto tiempo pasó, entré en pánico, pero me sobrepuse y me encaminé hacia el escritorio, sabía que ahí tras el libro de Bolaño "Detectives Salvajes" mi difunto padre guardaba su pistola Browning 6,35mm., la que nos había enseñado a usar a las tres mujeres de la casa. Puse el cargador, saqué el seguro y pasé la bala, apenas la sombra traspasó la puerta vidriera, le disparé a las piernas, por el grito que lanzó, supe que había dado en el blanco, se encendieron las luces todo el mundo se levantó, para ver tirado en el suelo y quejándose de dolor a Manuel, el pololo de Francisca.

Mi renovado ser y estar

Sonia Sepúlveda - 72 años - Viña del Mar

Pero…para saber qué tan renovada estoy… tengo que recordar quien era. Hace dos años estaba convencida que este si era mi tiempo … para pasarlas más que súper bien… o sea libre confiada, tranquila. Nada de horarios, ni sacrificios, o sea… casi la nada misma… todo light.

Mi conciencia estaba limpia, había hecho lo que se supone que debe ser una mujer madre esposa y profesional. Todo había transcurrido con penas alegrías, encantos y desencantos, llantos y risas o sea casi como todas las mujeres… o sea ya todo había ocurrido mi mochila estaba completa y yo bien tranquila.

Ahora a planear mis sueños no cumplido, satisfacer mis antojos y flojeras... o sea quería "vivir" mi vida, a mi manera y en el aquí o acá, pero ahora.

Y... llegó sin que nadie la esperara, ni llamara y sin pasaporte, sin caducidad, sin distinción de razas, sexos, edades… rara, malévola, compleja, incomprensible, esclavízate… agazapada. Cual fantasma en el aire y… entonces como atraparla? Sin que me atrape... ¡que porquería! Es que de repente… todo lo planeado quedó… en nada... y hasta cuándo ¿si es que… no me atrapa y me deja con mi mochila tal cual o peor que antes.

Y con todo el tiempo disponible para estar siempre en el mismo lugar… al mal tiempo… buena cara y a recrear mi nueva vida. Volví a mi ser interior y me di cuenta de que el tiempo es efímero y que no hay reloj que lo detenga.

Después de este proceso algo penoso ahora debía trabajar más… pero en mi… ¿y cómo? ¿y qué hago?

Yo era mi propio recurso, debía aplicar la técnica de sobrevivir en forma consciente y entretenida y recrear mi nueva vida, lo otro que tenía era tiempo…. Para no hacer nada o para reiniciar todo y concluí que mi pasado seguirá en la mochila y mi futuro será ahora y después del ahora.

Y entonces... abrí el regalo de la apreciada vida y di muchos pasos al frente Y... avancé. La caja de pandora tenía muchos tesoros y el principal... mi esencia.

Utilicé mis batallas y cicatrices como manual para hacerme fuerte, no rumiar mi desencanto, no quería quedarme empantanada... Tenía que asumir ahora. Y al fin pude ser yo, sigo sembrando mi huerto con mis experiencias para seguir trascendiendo según las semillas plantadas y aquí estoy cultivando mi jardín de optimismo e ilusiones, entre tréboles, margaritas, rosas, lilas, violetas, hortensias y enredaderas que trepan como agarrando el tiempo, seguiré regando mis cultivos, cosecharé mis sueños, porque me transformé cual mariposa y volví a nacer.

Andrés un pintor artístico fabuloso

Carlos Rodríguez - 82 años - Quilpué

A media mañana Andrés ya se encontraba en la esquina de las calles Vega con Setimio, en el cerro Barón. Mirando desde allí, un sol radiante recortaba, la figura imponente del Convento de San Francisco, destacando su color ladrillo característico en el cielo azul. El artista ya tenía esta imagen registrada en sus retinas y se aprestaba a traspasarla a la tela con sus propios óleos y pinceles.

Él tenía una bien consolidada experiencia, considerando los pros y los contras de pintar "in situ".

Preparó con calma sus elementos y herramientas de trabajo disponiéndose a pintar. Hasta ahí, todo iba bien.

De pronto, un puñado de bulliciosos pequeños, de 8 a 10 años, rodeó al artista, disparando todas las preguntas que surgían de sus infantiles cerebros, alguna muy profundas otras no tanto; por qué pinta usted señor, para qué pinta, como se llama esto, señalando a los pomos, espátulas, paleta, etc. Infinita curiosidad infantil. Hasta que, de pronto, Andrés se siente sobrepasado y no sabe a cuál responder, si al gordito de mejillas rasadas o al flaquito despeinado o al que mordía una zanahoria.

La presión subió y subió, a tal punto, que el buen Andrés respirando hondo, exclamó un potente… ¡¡¡ BUENO!!!... agregando con voz firme, clara y perentoria… Vamos a hacer un trato. Ok?... Ya!..., ustedes se sientan en la vereda ahí al frente (4 o 5 metros)… y yo los pinto en el cuadro. A los chicos les pareció genial la propuesta del artista, Síííí!!, estarían dentro de la pintura. Así es que corrieron a sentarse en la vereda con actitudes de modelos y muy contentos.

Así fue que nuestro artista plástico, en tiempo record, con su profesional destreza capturó en la tela los colores, las formas y los detalles suficientes para completar en su taller una panorámica más, en óleo, de ese Valparaíso que tanto le motivaba.

Al final, los niños aceptaron lo que Andrés les aseguró, que en su taller los iba agregar a la pintura. La tregua se firmó con un caramelo para cada uno. Felices todos, Andrés a su taller y los pequeños a sus juegos preferidos. La pintura, en algún Museo de Arte de la ciudad, o en alguna casona del ¨Puerto como preciado adorno.

Esperanza

Erika Olivares - 68 años - Villa Alemana

Estoy dentro de mi mamá. Muevo mis piernas y brazos con fuerza para decirle que estoy aquí, pero ella no muestra ningún reconocimiento. Me ignora, y por su indiferencia percibo que no me quiere. Muchas veces siento latir su corazón acompasadamente y eso me tranquiliza, pero otras, late muy rápido y me angustia, porque ella está triste, enojada y llora muchísimo.

Tengo cuatro días de vida y desde el hospital me han traído a un hogar de menores. Nunca he visto a mi mamá. ¿Tendré que quedarme para siempre aquí? A este lugar llegan unas mujeres muy cariñosas que nos cuidan, nos hablan amorosamente, nos toman en brazos, nos dan la mamadera, nos hacen dormir… Pero yo todo el tiempo espero a que venga mi mamá.

Cuando tenía quince días me llevaron a la casa de una señora que me cuidaba en el hogar. Toda su familia estaba contenta de verme, y esta ha sido una sensación muy agradable. Se preocupan por mí, me hablan, y me siento querida por primera vez. En agradecimiento, les sonrío, les converso, y ellos se ponen muy alegres. Aún no he conocido a mi mamá.

La señora me ha llevado varias veces a su casa y ya reconozco a los miembros de su familia. Son muy amables y cariñosos. ¿Por qué mi mamá no me quiere como ellos?

Hoy vino una mujer y un hombre a verme. Me miran y me sonríen. Dicen que soy linda. Quieren tenerme como su hija. ¿Y si viene mi mamá?

Ya cumplí cuatro meses y mi mamá nunca vino. Me iré con esta pareja que serán mis padres. Creo que es inútil esperar a que venga mi mamá. Por lo menos, ellos son afectuosos y se esfuerzan para que yo me sienta bien. Me pusieron por nombre Hope, que en español significa esperanza.

Tengo cuatro años y mi nueva mamá dice que tendré un hermanito, lo que me encanta, porque tendré a alguien con quien jugar. Ya dejé de esperar a que viniera mi verdadera mamá. Gradualmente he ido aprendiendo a vivir en armonía y felicidad.

El mundo mejor

Viviana Álvarez - 73 años - Concón

Anoche tuve un sueño. Soñé el mundo que venía, su orden social, su ideología imperante, quienes eran estos nuevos líderes, y donde se realizaban sus concentraciones para elegir los destinos de nuestro país.

Estas concentraciones se realizaban en los cementerios. Si, en esos lugares que alguna vez se les llamó Campos Santos, a los cuales todos llegaremos ya que nadie elude el encuentro con la muerte.

Estos lugares son de profunda reflexión.

Cada vez que asistimos a ellos recordamos a nuestros seres queridos que ya partieron, y nos acordamos de lo que vivimos con quien estamos despidiendo para siempre. Allí es donde se valora la vida, donde se encuentra el valor de la existencia, donde no se maquilla la verdad, donde la mentira y lo fatuo no tienen cabida, donde se habla de lo eterno, de lo que no conocemos, a sabiendas que pasaremos finalmente a ser recuerdos, si nuestro tránsito por la vida dejó huellas.

Se dijo una vez que la muerte es la mejor consejera. Nos hace ser más lucidos para ver el presente, nos templa para mirar más aplomados el futuro, y nos remarca a fuego, que el pasado es un recuerdo, que se aleja día a día, para encontrarse con nuestro término.

Soñé que los elegidos eran buenas personas, que tenían presente el destino final de los electores y elegidos, y es que al tener conciencia de que todos nos hermanamos en la muerte, casi por encanto y sin compromiso, amanecimos mirando a nuestro prójimo con cariño, respeto y afecto.

Desde ese día, fuimos todos felices.

Concurso

Lynn Balaresque - 88 años - Viña del Mar

Escuché en estos días que hay un concurso y aunque el premio no es mucho, capaz que alcance para que vayamos al sur "de verdad".

Un tío llegó hasta Rancagua en un paseo de la tercera edad - todo muy bonito y la comida buena y abundante y lo llevaron a un mineral antiguo en Sewell - ¡no le gustó! Era muy empinado y decían que en invierno nevaba.

Pero con la plata (mi sobrina dice que debo decir "dinero", pero Ud. me entiende) podríamos pedirle al compadre de mi mamá que nos lleve en su micro que hace el recorrido de la "O" en Valparaíso y está acostumbrada a subir cerros. La tía podría hacer unos sacos de dormir con frazadas dobladas – mi tía tiene una aguja para coser sacos paperos y listo. Otra tía tiene una fuente enlozada (tiene unos machucones, pero no importa) y ahí pone a subir la masa del pan (mi sobrina dice "leudar", pero Ud. me entiende). Ahí puede hacer el cauceo y alcanza para todos. No pagamos ni pasajes ni comida.

Primero tengo que ganar el concurso, es algo de "símbolos y comunicaciones", me dicen. Nueva York tiene un símbolo de una manzana, pero mordida.

Valparaíso debería tener como símbolo una naranja, los gajos separados por quebradas y no estaría mordida.

Me da vuelta lo de la micro (con la plata (el "dinero" dice la sobrina) creo que tendríamos que hacer un cartelito con los colores del Wanderers y que diga "fuera de recorrido", mi sobrina dice que "amerita" un letrero bonito, claro que a mi equipo no le está yendo muy bien, pero hay que tener fe.

Estamos listos con el símbolo, la micro, el letrero y falta lo de "las comunicaciones en la era digital" ¿Pero para que está la voz entonces? De una quebrada a la otra, del cerro al mar se grita fuerte y en noviembre el viento ayuda. ¡Seguro que me gano el premio! Si nos quedamos cortos de $ para peajes y bencina, podríamos hacer una completada. ¡Con los amigos todo se puede!

El chincol

Fernando Coulon - 78 años - Villa Alemana

El pequeño pajarillo se posó suavemente en su hombro.

- ¡Oh, un chincol! –Renata no se explicaba su reacción; Con los nervios de punta, como solía andar esos días, debió haber lanzado un aullido y un manotazo brutal. Pero no, apenas un

- ¡Oh, ¡un chincol! -

Además, dejando de lado la manguera con la que regaba, lo tomó en sus manos suavemente y lo acarició, dejándolo con mucho cuidado en el suelo del jardín. Olvidando por un momento sus problemas, puso agua en un platillo y atendió a su nuevo amigo quien saltaba y revoloteaba a su alrededor.

El resto de la mañana fue una fiesta. El chincol la seguía entre las plantas y flores del jardín, mientras ella limpiaba y regaba. Durante la preparación del almuerzo, el Pajarillo le hacía guardia en la ventana y cuando le dio unos granitos, él comió contento; aún más, trajo otros chincoles a revolotear en el ya luminoso jardín.

Esa noche se acostó pensando sólo en el chincol: - ¡Es que no puede ser! Si esos pájaros son muy esquivos, siempre rehúyen al ser humano, se decía; -cuando lo cuente, ¡Nadie me va a creer! .-

Y mientras se dormía tomó nota que se sentía feliz, que no le dolía nada, que se sentía en paz, una paz maravillosa, no recordando sensaciones semejantes ni cuando estaba sana. Se dio aún un par más de vueltas en la cama, queriendo ser traspasada por ese estado indescriptible de alegría y tranquilidad que la relajaba y, recordando una vez más su chincol: - ¡Sí, sí, él lo hizo! -

Se acomodó finalmente en su lecho y se durmió feliz …. y para siempre.

Bitácora de una pandemia

Oscar Lizana - 73 años - Viña del Mar

3 de marzo de 2020. Desperté con un fuerte dolor de cabeza. Mi médico me había recetado un cuarto de Quetiapina 25 mg, pero anoche debí ingerir una pastilla entera.

Apoyado con mi mejilla pegada a una de las jambas de la ventana del dormitorio contemplaba el amanecer. Estaba triste. Esa tristeza melancólica que siempre me asalta los fines de verano.

En la tele se escuchaba algo extraño. Se había detectado el primer caso de una persona contagiada con un virus de nombre enigmático: SARS-CoV-2.

Desde hace algún tiempo ya se venía mencionando en las noticias la palabra epidemia. Habría surgido en China, se comentaba, cuando alguien bebió sopa de murciélago. ¡Que ridiculez! pensé.

Contento de escuchar algo nuevo porque iba a tener un motivo para librarme de lamentar las dichas pérdidas le pregunté a mi mujer (que es enfermera) qué diablos podría significar que un bicho como ese estuviera invadiendo el planeta. Ella palideció y dijo escuetamente "algo muy malo". Mi ignorancia supina me hizo reír.

21 de marzo. Primer fallecido. Dejé de reír.

22 de marzo. Toque de queda. Me trajo recuerdos de algo que los chilenos no podemos olvidar.

19 de abril. Todos los medios hablan de una pandemia. Siento escalofríos, pero ya no me invade la ola. Dejé de tomar la pastilla.

13 de mayo. Cuarentena total en el gran Santiago. Espero que disminuya la delincuencia.

13 de junio. Cambio de Ministro de Salud. ¡Bien! Era muy fome el fulano. ¡Que rostro tan inexpresivo!

17 de julio. ¡Más de mil muertes por causa del virus! ¿Cuántos más morirán?

16 de diciembre. Se aprueba el uso de emergencia de la vacuna Pfizer. La caballería americana al rescate. Un rayo de esperanza.

20 de enero 2021. Se aprueba la vacuna china Sinovac. "Claro, si ellos la embarraron, que ahora la arreglen", dijo mi señora. Ignoré su comentario.

19 de febrero. ¡Me vacuné con la primera dosis! Estaba cansado de que me preguntaran si me sentía bien.

19 de marzo. Segunda dosis. Estoy a salvo.

24 de agosto. Tercera dosis. Ahora sí. Sin embargo he perdido el interés por la noticia. Abrí los ojos y me apoyé en el marco de la ventana, mirando hacia fuera en la noche. Ha vuelto la nostalgia.

Fiel hasta la muerte

Claudia Oses - 80 años - Viña del Mar

Viejito lindo, guachito, acarreé los bultos al patio, siento ruido del motor, yo me voy en el camión, tú te vas en la bici, te voy a echar de menos flaquito, lindo mío, tienes que llegar antes que nosotros para preparar el mate, en la canasta va pan amasado, sopaipillas, castañas y huevos duros como se pegan las costumbres flaquito, el viaje es largo y me agoto de pensar, como usted es tan buenito si le alcanza el cuero y le da el pellejo le echa una barridita a la casa, no se olvide que soy alérgica, echa tanax y ventila (pensamiento oculto, se me está ocurriendo una idea, como este viejo caduco ahora me las cree toda, pero igual hay que ser muy cauta, le puedo decir que parió la yegua de mi hermano, que se salió una rueda, y que en la pasada pal pueblo nos demoramos, en una de esas me resulta algo, y salta la liebre, a mis cincuenta no he perdido los encantos, fotocopia de la Marilyn, este cabrito me remeció las hormonas, afloró la concupiscencia, me obnubilé, el cambio de monta me adularía el ego y me devolvería mi autoestima, si una no es de fierro, total es como hacer una raya en l'agua dicen por acá, ni deja marca, después de, como no va haber un riachuelo para refrescar las partes húmedas, me pongo torrejas de papa en la sien, unas colillas de pucho y listo, seña que tengo jaqueca, voy a aprovechar a concho esta oportunidad, yo creo que don Jechu hará de vez en cuando una condonación).

- Hablando con Dios, no sabe na' con la mentita que le voy a salir, póngase en mi contexto señorcito, si hago un reciclaje, mi conciencia me dice que tengo la razón, sería segundo desquite, se lo juro Diosito, aunque creo que la fidelidad es un mito. Señor usted tiene buena memoria (se acuerda cuando el Fili se enredó con la Rigoberta?, carajo mono cizañero, fingió un caso de asfixia para que ella le hiciera respiración boca a boca "no es lo que ustedes se imaginan" dijo, puro cuento artimañan masculina, y no se olvide cuando la Audelina mi vecina tuvo un crío colorín, crespo, igualito a él hasta en el hoyo de la pera, y el pulgar sin uña, dijo que sería tal vez una reecarnación anticipada; y para el Festival del Huaso el otrora multiorgásmico se perdió tres días con la Luzmira y se la sacó con que lo abdujo un ovni, suma y sigue, pal año dos mil en pleno presagio de acabo de mundo, el lujurioso se desvaneció una semana, su versión, estuve muerto y me resucitaron unos evangélicos.

- Está en mi génesis el creer.

- Huele a venganza, jovencito ¿Cómo se llama usted? - Arquipo pa' servirle.

(- Si ligerito me lo voy a servir, este pensamiento se me dispara solo) ¿Le puedo decir Arqui?

- Como usted mande patroncita.

El camino del encuentro

Gloria Sepúlveda - 60 años - Concón

El último recuerdo de esos días en la ciudad de La Serena, aunque difuso, estaba hojeando un álbum de fotos, donde aparecía ella, su esposo y el pequeño Óscar, lucen felices, con planes.

Luego otro recuerdo, que no logra comprender. Está rodeada de una gran mancha de sangre que la envuelve y sólo quiere dormir.

Después de eso, solo algunas luces, recuerdos alborotados. Ahora está vestida con una bata blanca, junto a otras personas. Distintos olores, medicinas, terapias, llantos y olvidos.

Sofía se encuentra hospitalizada en un centro de rehabilitación de enfermedades mentales, luego de haber atentado contra su vida.

Los días se suceden, la rutina le envuelve. Su hermana le visita esporádicamente. Nadie más pregunta por ella y se aferra a un vago recuerdo de una casa en la playa, del colegio de su hijo, de los ricos postres que solía preparar para él, su pequeño Óscar.

La terapia avanza y va develando poco a poco los reales recuerdos. Despierta y no entiende el maltrato físico que recibía de su esposo. Aquella marca en su estómago, marca que palpa mientras habla con su terapeuta, como recorriendo un camino del pasado, un pedazo de tiempo doloroso, que parece ahora dimensionar.

El paso del tiempo enseña, sabe claramente quién es. Una mujer que debe perdonarse por haber permitido que las circunstancias le abrumaran de tal manera que no quisiera la vida, además por haber dejado a su hijo.

Hoy está de alta, y sus compañeros del centro de rehabilitación, le desean suerte y que recupere a su hijo. Los abrazos de despedida, de complicidades y de amistad deberán sostenerle a continuación.

Se traslada a Santiago; a vivir con su hermana. Inicia la búsqueda de su hijo. Acude a la policía para tratar de recabar información, sin éxito. Las redes de información de aquellos años no son tan sofisticadas y se da por vencida luego de buscar y seguir varias pistas posibles de la ubicación de su pequeño, mejor dicho ahora de su joven Óscar.

Una de las últimas posibilidades de búsqueda está relacionada con Viña del Mar, por lo que decide mudarse.

Trabaja en una compañía de seguros, es muy exitosa y merecedora de varias distinciones. Solicita su traslado.

La vida transcurre en esta ciudad del litoral, buscando siempre algo que la lleve a Óscar.

Un día, a raíz de un accidente en transporte público, Sofía fue derivada al hospital. Fractura de fémur y peroné. Debería estar un tiempo hospitalizada.

Nunca hubiese imaginado, lo que esto significaría en su vida. Pues una mañana, de hospital, un grupo de estudiantes de medicina junto al doctor jefe estudian sus fracturas, tratamiento y avances.

Y. entre los estudiantes, estaba Óscar, su niño qué tanto había buscado.

Ambos se reconocieron, las lágrimas brotaron espontáneamente, y en ese abrazo de reencuentro, de complicidades familiares, de años esperando, se entregan las respuestas a tantas preguntas, a los miedos, las alegrías, al perdón y a la vida.

Domingo

Iris Merillán - 64 años - San Antonio

Este 18 nos visitaran los hijos, sus parejas y el nieto; entonces los dos baños deben estar funcionando bien, no como la última vez que se taparon y mejor no recordar, aunque sea domingo destaparemos la cámara y haremos un chequeo tirando varias veces la cadena de cada uno .En esa faena estábamos cuando empezó a inundarse el baño del primer piso, ¿Qué hacemos ? ¡llamar a un gasfíter!, después de varios llamados fallidos, por fin uno contesta y queda de venir esa misma tarde.

Llega en una camioneta con una señora que asumo es su esposa, se baja solo y observo que usa un zapato ortopédico, viene impecablemente vestido pantalón azul marino y chaleco tejido azul eléctrico, pienso que viene a evaluar la situación, no me lo imagino en esa facha destapando una descarga de aguas servidas. Nos dirigimos hasta la cámara abierta y no recuerdo porque me cuenta que quedó viudo hace 3 años, entonces imagino que la señora puede ser una hermana, me dice que necesita varillar el ducto de descarga y tiene que tenderse en el suelo, entonces corro a buscar una toalla.

-Gracias, no me puedo ensuciar porque sabe ando como de pololo, la verdad nos estamos conociendo. Usted no se imagina lo difícil que es para un hombre quedarse solo a esta edad, tengo 72 años, mi mujer murió atropellada, íbamos juntos, me abandonaron mis hijos, mis hermanos, me quede solo-.

Mientras, la raíz que tapaba el ducto cede y con ella se destapa el alcantarillado. Se levanta satisfecho, se sacude y estira su pantalón, le canceló el trabajo.

Se sube a la camioneta, ella le sonríe coqueta, seguirán conociéndose , mientras nosotros volvemos a tapar la cámara .

Notas de piano, un día de invierno

Elba Meneses - 64 años - Concón

Ema se despertó naturalmente. Durante la noche la temperatura estuvo bajo cero en la ciudad, pero su departamento tenía tibieza de hogar- gracias a su moderno y funcional edificio-.

Se abrigó y salió a la pequeña y fría calle, que aunque estaba asentada en una selva de cemento, metal y vidrios, tenía árboles y jardines con flores, lo que le daba un encantador aire de barrio.

La mañana estaba despejada, un vientecito frío helaba la nariz y la ponía roja. Había invierno en todos lados y decidió caminar pausado. Había invierno en los árboles de la plaza, en los pajaritos esponjados y acurrucados bajo sus follajes; había invierno en el cielo, en esas caprichosas nubes algodonadas y había invierno en los gorros de niños risueños jugando en el parque. Había invierno en el desierto, el campo y la montaña.

Le encantaba desayunar en esa acogedora cafetería, donde a sus clientes habituales los llamaban por sus nombres, haciéndolos sentir como en casa. Pidió un tazón de chocolate caliente y churros azucarados, que la hicieron entrar en calor. Tendría un día arduo y difícil. Debía exponer un proyecto y convencer con sus innovadoras ideas, a gente complicada y aburrida.

Caminó rumbo a su oficina y cruzó la esquina. En la cuadra siguiente estaba ese edificio antiguo, que adoraba: cuatro pisos, imponente puerta de madera de entrada, sin ascensor, balcones y jardines llenos de coloridas flores que cuajaban rozagantes, desentonando con las torres anodinas de su entorno.

En un departamento del segundo piso, las ventanas siempre estaban abiertas. Ema, pasaba lento por allí, para disfrutar del maravilloso sonido que se escapaba, sin permiso. Eran notas de piano, dulces y melancólicas; le recordaban su infancia, cuando corría inocente entre bellas melodías, que escondió en el fondo del baúl de su memoria. A veces, se detenía para disfrutar ese momento musical que la transportaba a un hogar feliz y a la música, junto a su abuela.

En ocasiones, deseaba fervientemente subir hasta allí, para conocer a él o la artista. Unos días, pensaba que el intérprete era hombre y se iba convencida de ello; otras veces decidía que era una mujer quien tocaba el piano, con tanta delicadeza.

-¿Será joven o mayor el hombre?- se preguntaba.

-¡Es una mujer madura! –concluía, sin convencimiento alguno.

A veces, tenía la loca idea de que era su abuela. Eximia pianista que le dio sus primeras e inolvidables lecciones, que la hicieron amar y luego olvidar la música. Imaginaba que se asomaría por la ventana, la llamaría por su nombre y ella, miraría hacía arriba, sonreiría, levantaría su brazo como saludo y… detenía sus pensamientos.

Esa epifanía jamás ocurriría, su abuela y sus padres habían fallecido en un accidente automovilístico, cuando venían de regreso a casa, después de una de sus exitosas presentaciones.

Ema, llevaba un invierno a cuestas. Paso a paso, nota a nota, flor a flor, debía permitir la entrada de la primavera en su vida, en esa selva de cemento.

El cerro de la esperanza

Manuel Jesús Araya - 65 años - Valparaíso

Vacaciones escolares soñadas, verano e invierno en casa de mi hermano mayor, conversaciones sin fin; juegos de fútbol; sonidos de guitarras; no importaba la hora para compartir en la cancha de tierra y pasto natural, los arcos dos paltos gigantescos; bañarse en el tranque cercano donde las Taguas se escondían para no ver nuestros jóvenes cuerpos desnudos.

El fin de semana había que vestirse de corto, mi hermano asumía su rol de dirigente del Club, estrechaba la mano a todos, antes y al término de los partidos de tres series, terminando la primera adulta venía el "recibimiento"; cazuelas de pavos; asado de corderos; el buen vino, las rancheras, cuecas y baile; mi amigo Arturito en la guitarra, yo en la acordeón; mientras mi hermano acordaba el nuevo desafío con los dirigentes del equipo rival, solo estrechándose las manos. Mi hermano muy respetado por sus pares, también por los jóvenes y niños, a quienes había transportado a la escuelita rural, primero en carretas con bueyes, posteriormente en carretelas con caballos, al final en el furgón Suzuki celeste.

Con mi hermano Josué subíamos al cerro más alto de la vida, en la explanada contemplábamos el horizonte, le contaba mis sueños, hasta que un día dejamos de hacerlo, enloquecí trabajando, trabajando, pasaron cuarenta años, sólo iba para acompañarle en la Novena a San José que era devoción familiar desde 1881, ahí cada año mi hermano recibía a Cantores a lo Divino venidos de lugares desconocidos y unas cien personas como mínimo, donde la devoción era de todos, pero el "gasto del dueño de casa".

Hoy vuelvo, sus pasos lentos, sus oídos ya no escuchan el susurrar de los vientos, el cantar de la aves ni el balido de los animales, su mirada fija en el espacio imaginario, mientras un bastón blanco le indica que debe seguirlo, culpa de un glaucoma.

Le pregunto: ¿Cómo está hermano Josué?

-¡Qué bueno que llegaste!, te esperaba al pie del cerro, tenemos que hablar-, me respondió.

-Jajajaja, me alegra, también me gustaría hablarte de sueños hecho realidad, sigo tu sendero, hasta toco guitarra, así que cantemos "de piedra ha de ser la cama"-, reímos y nos abrazamos.

Me relacionó textos sagrados con la situación actual del país, hablamos de fútbol, religión, política y la vida. Conversamos sobre los Cantores a lo Divino y la Amistad.

-Sabes, no he tenido visitas de los hermanos cantores y nadie realmente, pero somos felices con mi esposa y mi hija. Nunca dejes de escribir, es lo único que puedes dejar. Respecto a la amistad, aunque tengamos miles de amigos, poco a poco se alejan de uno, jamás se olvidan, porque fueron en su momento la pieza angular de nuestro paso en la vida terrenal, son oportunos y nos acompañan-.

Volveremos a subir ese interminable cerro hasta llegar a la explanada y sentarnos en esa roca de la fe, el amor y la esperanza, mientras tengamos soplos de vida, hermano querido.

Encumbrando ilusiones

Santiago Caradeux - 91 años - Valparaíso

Según cuenta la historia, nací en Oriente, en China, unos 200 años antes de Cristo. Fui creado como elemento de diversión para grandes y chicos pero, lamentablemente, fui también usado como elemento bélico por un tal Han Xin, general chino que me usó para avisar a sus tropas la llegada de refuerzos, mal ejemplo que fue seguido por los turcos que me emplearon para causar pánico en sus enemigos adosando a mi cuerpo elementos para causar grandes humaredas y explosiones al quemar petardos en altura. Confío en que nunca más se me dé un uso tan denigrante. Hubo también un hombre que me ocupó en beneficio de la ciencia al tratar de comprobar, en medio de una tormenta, si ciertas nubes estaban o no cargadas de electricidad escapando, por un pelo, de ser aniquilado por dicha fuerza. Benjamín Franklin creo que le llamaban.

Mi familia ha recorrido el mundo y en cada parte ha sido recibida con jolgorio ya que el objetivo de nuestra existencia es entretener. En cada lugar hemos sido bautizados con nombres distintos: papalote en México, cometa en Europa, barrilete en Argentina y volantín en Chile. Personalmente, me encanta este último nombre que refleja exactamente el uso a que estoy destinado; volar. Por eso me he quedado en este país, en el que todos los años, no bien llega la primavera, mis congéneres se elevan por cientos aprovechando las diferencias de presiones barométricas, de temperaturas y la existencia de vientos favorables.

En lo personal, fui creado por las manos toscas y callosas de un artesano que, con medidas precisas pegó dos palitos en un trozo de papel de color. Esas rústicas manos me pasaron a las manitos de su nieto que, con gran alegría procedió a elevarme en un descampado. ¡Qué sensación tan agradable es flotar en el espacio! Creo que pocas cosas se le igualan, en especial cuando sentía a través del hilo que me conectaba con él, la alegría de ese niño gozoso de ser mi dueño. Desde lo alto estaba embobado contemplando la belleza de la creación cuando, imprevistamente, el dolor de una puñalada artera causada por un hilo bañado en vidrio molido me trajo a la cruda realidad. Ahora, sólo en el espacio y sin rumbo fijo ni control alguno, me dejé llevar sabiendo que esa caída me conducía al fin de mi existencia. En esos breves instantes logré entender lo breve de la felicidad y lo frecuente de la crueldad traicionera.

Pasado un tiempo ha llegado el invierno y de mis restos que reposan en lo alto de un poste de tendido eléctrico de alto voltaje, sólo quedan mi esqueleto de madera y algunos jirones del papel que me dieron vida. Hoy sé que el viento, que otrora fuera mi aliado para subir al espacio, será quien termine por eliminarme definitivamente. No me importa, porque los momentos de felicidad que di a ese niño que fue mi dueño circunstancial compensan, con creces, el destino que me espera.

Prosas de infancia

Eugenia Barría - 83 años - Viña del Mar

En 1960 la calle Cinco Oriente de Viña del Mar era una avenida escasamente concurrida, lo que dejaba grandes espacios para jugar a la pelota sin ser interrumpidos por el paso de vehículos. La irrupción de algún auto o camión, equivalía al pitazo de un árbitro marcando una falta.

Ya en los primeros años de la década de los sesenta se hablaba de los preparativos del Mundial de Fútbol de 1962, que se efectuaría en Santiago y en algunas sedes de provincia. En lo que respecta a la sede viñamarina, el antiguo Estadio El Tranque cambiaba su nombre a Sausalito, situado en medio de una atractiva laguna que tenía una réplica de un barco del Mississipi convertido en discoteca. En el lugar se veían jóvenes andando en bicicletas y muchachas con sus faldas al viento, disfrutando de tardes primaverales. Viña del Mar era una auténtica ciudad jardín, con casas residenciales en casi todo el plan.

Las fotografías de aquella época ilustran cierta inocencia en los rostros, quizás a tono con una forma de vida más reposada. Aunque nunca sepamos si tal percepción está marcada por la subjetiva mirada del observador, hay algunos indicios de prueba. Una camioneta llegaba todas las mañanas con el reparto de pan recién salido del horno, mientras el afilador de cuchillos se unía al vendedor de helados y al organillero como figuras habituales del paisaje.

Un tanto más ruidosa era la llegada del camión de la leche, trayendo botellas de tapa azul y roja. El periódico del día y las revistas de historietas, las dejaban de madrugada por debajo de la puerta de entrada a las casas. En Navidad, los amigos del barrio recorríamos los pesebres observando las ciudadelas construidas, a veces con árboles de Pascua que topaban el techo. En medio de las correrías infantiles, veíamos el mundo con ojos ajenos a cualquier cálculo de futuro. Apenas nos dedicábamos a disfrutar del milagro de la vida.

El abuelo

Carola Olivares - 83 años - Viña del Mar

Mario corrió cuesta arriba por la calle sin pavimento hasta su casa en el cerro Miño en Calera de Tango.

Entró al cuarto y buscó debajo de la cama la foto que antes había visto; la caja de cartón estaba totalmente mojada por la lluvia de hacía dos días; encontró la foto, pero estaba húmeda como la caja y muy arrugada. No logró distinguir al personaje que quería ver. Llorando salió afuera, se sentó frente a la puerta. ¡Hola amigo! Escuchó a Pepe su vecino. ¿Juguemos una pichanga? Me regalaron esta pelota, mira es de fútbol.

No, no quiero jugar.

¿Qué te pasa, si a ti te encanta chutear?

Mario lo mira y le dice: Tú tienes papá y mamá y nunca estás solo. Yo siempre estoy esperando a mamá que vuelva de vender la ropa que le regalan.

Oye mi mamá está haciendo sopaipillas vamos a mi casa. Mario lo sigue arrastrando los pies. En ese llega su madre acompañada del Señor que Mario había visto.

Hola, así que tú eres Mario. Soy tu abuelo; he buscado a tu madre por mucho tiempo y hoy Dios me la puso en mi camino y estoy feliz de haberlos encontrado.

¿Qué? Mamá tú nunca me dijiste que yo tenía un abuelo.

Calma hijo, entremos y te enterarás de todo.

Rosalía entra y ofrece asiento a su padre en la única silla que hay en el cuarto.

Bien, dice el recién llegado; si tu madre nunca te contó porque no conocías a tu familia es por mi culpa y ahora que te conozco y encuentro a mi hija, tengo doble arrepentimiento.

Mario más intrigado dice: ¿Podría explicarme mejor?

Hija ¡quiero pedirte perdón de corazón! dice y hace ademán de ponerse de rodillas.

Rosalía lo abraza y le dice con nobleza: Papito nunca te he guardado rencor. Ahora quiero que expliques a Mario lo que pasó.

Mario los mira sin entender nada. El abuelo lo abraza y le explica: Cuando tu mamá nos contó a tu abuela y a mí que estaba embarazada de ti, yo me moleste mucho y la despedí de mi casa.

Sin poder contener el llanto continuó, tu abuela se enojó conmigo por mucho tiempo y a ella ya no le quedan lágrimas. Siempre pidiéndome que los buscara. Yo comencé mi búsqueda luego que tu mamá abandonara la casa, pero siempre sin suerte; hasta que tuve que contratar detectives y ellos me dieron las señas de donde se encontraban.

Mario le dice muy serio: yo también lo perdono, pero traiga pronto a mi abuela que quiero conocerla.

Pronto llegan los abuelos con una casa prefabricada.

Sara la abuela baja del auto y corre bañada en lágrimas a abrazar a su hija y su nieto. La sigue un lindo cachorro, regalo para su nieto, quien lo bautiza como Mario Tercero.

Hija desde mañana si tú quieres puedes trabajar en mi empresa solo mientras Mario va al Colegio.

Gracias papá lo haré.

Un alto en el camino

Jacinta Rubio - 77 años - Viña del Mar

Era una calurosa tarde de diciembre en que el bus que circula desde Iquique a Santiago, salía con ocupación completa. Entre los pasajeros iban dos jóvenes llamadas Lorena y Florencia, quienes viajaban con su papá, y Juan. Todos estaban felices, llevaban muchos paquetes ya que, aprovechando el buen precio de los artículos, habían comprado los regalos de navidad.

Solo llevaban cuarenta y cinco minutos de viaje cuando se escuchó un fuerte estruendo y el bus comenzó a saltar como caballo encabritado. ¡Se pinchó una rueda! Todos descendieron del vehículo y luego trasladados para esperar el bus de reemplazo, a un restaurante llamado "Bienvenidos", ubicado en la carretera. La mayoría de los pasajeros estaban nerviosos y preocupados porque habían dejado sus pertenencias y temían que se las robaran.

Florencia y Lorena conversaban animadamente cuando se acercó una señora y le dijo a las jóvenes que se habían salvado de morir en el accidente gracias a la presencia del sacerdote que la acompañaba, grande fue su sorpresa al saber que estas llamaban "padre" a su progenitor dado a que este era español.

Durante la espera, surgió una fuerte atracción entre Lorena y Juan, se dieron cuenta que tenían los mismos gustos e intereses, por lo que intercambiaron números de teléfono para concretar planes de verse a futuro.

Lamentablemente, Lorena estaba de novia pero se lo ocultó a Juan para no romper ese ambiente mágico que se había creado entre ellos. Esta felicidad duró cinco horas, dado que llegó el bus de repuesto. Juan estaba muy ilusionado mientras Lorena, desesperada, no encontraba una solución para su conflicto.

En Santiago se despidieron prometiendo encontrarse nuevamente, pero al día siguiente Lorena tomó la decisión de cumplir el compromiso con su novio y olvidar a Juan, así que optó por eliminarlo como contacto y, cuando llamara no le respondería, total, solo había sido un alto en el camino.

Un día Juan, paseando por el Parque Forestal con el deseo de encontrar a la encantadora joven del bus averiado, vio con gran asombro que ella caminaba abrazada a su novio, sintió mucha pena y a la vez se dio cuenta el por qué ella lo había evitado.

Tiempo después, a pesar del gran dolor que aún tenía en su corazón, comprendió que lo sucedido había sido como una estrella fugaz, muy hermoso pero breve.

Acusación

Elizabeth González - 65 años - Valparaíso

Quince horas leyó los fundamentos de la acusación constitucional el diputado. Lejos un reloj nervioso le guiñaba el ojo al otro diputado.

El acusado detrás de la mascarilla sonríe nerviosamente al escuchar el veredicto.

La espera

Álvaro Medina - 82 años - Viña del Mar

Permanece vestido, de espaldas. Un silencio sorpresivo le hace erguir la cabeza de la almohada. Graciela, al lado, juega ensimismada con sus manos.

Va a la terraza y abre el ventanal. Desea aprovechar esa pausa, por lo general efímera. La luminosidad pudiese corresponder al mediodía. No puede saberlo, el tiempo y los días están trastocados.

La ciudad aparece desplegada frente a él. Es una masa agonizante. Los edificios, semejante a islotes, sobresalen de la superficie oscura y torrentosa en ese mar urbano que arrastra fragmentos de viviendas, automóviles y diversidad de escombros.

Levanta la vista para mirar el horizonte. Allá, en ese espacio oscurecido, se suceden los rayos. El ruido de los truenos llega mortecino como sonido apagado de tambores lejanos. Vienen aproximándose para dar término a esa tregua corta, igual a otras anteriores. Apresurado debe cerrar las puertas de corredera. Un estruendo prolongado, con distintas intensidades, seguido de lluvia intensa, vuelve a apoderarse de su realidad. Regresa donde Gabriela. La aprieta, empeñado en recordar junto a ella momentos felices. Acude a uno recurrente. Está la familia reunida. Celebran el cumpleaños de la hija mayor, todavía adolescente. Los mellizos, niños aún, quieren apagar ellos las velas antes que la hermana. Su mujer, riendo, abraza a los hijos.

Nada de eso persiste. Ellos huyeron en busca de una ilusión de futuro, cuando era posible hacerlo. Lloraron, pidiendo disculpas por dejarlos. Los entendió. Cómo impedirles un atisbo de esperanza. Tuvo la fortaleza de alentarlos pese al dolor que les significaba a ellos dos, con la falsa promesa de comunicarse. Está solo. Graciela, sentada en el borde de la cama, le sonríe desde su propio mundo.

Se han atenuado las precipitaciones. Mira el exterior, mantiene su color deslavado. Es tarde para cualquier otra cosa que no sea tener conciencia de un cansancio acumulado y de estar presente, obligado a ser espectador de una naturaleza jamás imaginada.

Observa el cielo surcado por nubes bajas, huidizas, de tonos rojizos, recortadas sobre fondos oscuros. Son jirones de telas sucias desplazándose en una misma dirección. Cruzan rápido, seguidas por otras que se funden con ellas creando nuevas formas de grandes tamaños. Las tonalidades están decoradas con colores sangrientos. En lontananza sigue el retumbar persistente de una sucesión de resplandores que se encienden y apagan con velocidad de vértigo.

Percibe, tembloroso, esa visión espantosa y fascinante. Escucha un rugido superior a todos los gritos humanos. Antecede el avance de una tormenta espesa y negra, encargada de cubrir todas las superficies con ropajes mortuorios. Aguarda, inmóvil, aterrado, la inminente furia. Cree sentir alivio durante la brevísima espera. Trata de aferrarse a ese pensamiento.

Una visita inesperada

José Miguel Carrera - 66 años - Valparaíso

El abuelo con el cuerpo cansado y el alma agradecida se acomodó en su sitial preferido y repasó los acontecimientos del día: su pequeña familia le ha visitado para celebrar su cumpleaños, que son tantos ya según él, lo que ha roto su rutina marcada por el silencio.

Se entretuvo jugando con el pequeño rafita, su único nieto que a su corta edad corre por la habitación sin dar asomo de cansancio. Pero cuando ya todos se han marchado el hombre cierra los ojos mientras se acomoda en el sillón y sin mayor esfuerzo inicia un recorrido evocativo de lo que ha sido su vida. Ya desde hace tiempo ha llegado a la conclusión de que lo vivido es en tiempo un espacio mayor de lo que le espera por vivir y que el tiempo transcurre a una velocidad tal que los acontecimientos los vive como una suerte de vorágine que le deja agotado y con un sentimiento de ansiedad difícil de dominar.

Una vida, piensa, marcada por encuentros, desencuentros y toma de decisiones que ha permitido el crecimiento y maduración de un hombre inquieto y conforme con lo vivido: la escuela, los amigos, una profesión, el amor, viajar, trabajar, el matrimonio, los hijos, las enfermedades, el desamor y la separación, todos elementos que le han dado sentido al remoto pasado en permanente relación dialéctica con lo que vendrá en aquello que llaman futuro. Desde su posición de comodidad el abuelo sabe que entre dolores y esperanzas se fue construyendo su personalidad de idas y venidas, de sumas y restas, que le hacen mirar su contexto con absoluta serenidad. El hecho que su familia se reuniera para festejar su cumpleaños le ha permitido sentir la sensación del deber cumplido, por lo menos así lo intuye al recibir tanto cariño del pequeño rafita.

El silencio nocturno se fue apoderando de la habitación y la modorra fue invadiendo el cuerpo del abuelo. Comenzó a sentir la pesadez de sus párpados y mientras piensa en ir a su dormitorio escuchó un golpe en la puerta, pensó que algo se les había quedado a sus visitas, y con no poco esfuerzo se incorporó y se dirigió a la puerta, la entreabrió y se encontró con una figura humana que con enigmática sonrisa le saludó y habló: - Buenas noches -, le dijo, -mi nombre es Parkinson y he llegado para acompañarlo por todo el tiempo que le quede por vivir -. El hombre se estremeció pero con serena actitud amplió la apertura de la puerta, se hizo a un lado permitiendo la entrada de la nueva visita que llegaba a su casa.

La goma

Pablo Ortúzar - 70 años - Concón

El examen de caligrafía me tiene muy nerviosa, ya que mi dueño el Henry no tiene buena ortografía y me usa a cada rato. Como buena goma tanto roce con el papel, me duele.

Quiero mucho a Henry, es un niño bueno que cursa séptima preparatoria en el Liceo de Pudahuel.

Un día mi mamá me invito a un bar lácteo, donde ella trabaja. Me siento en el borde del mesón donde atiende, al mirar para el lado me encuentro con una goma muy elegante, ella es blanca, limpiecita con todos sus bordes muy bien cuidados. Su nombre en la espalda dice Faber Castell.

Esta goma preciosa se estaba tomando algo que se veía muy rico. Al darse cuenta de mi presencia me preguntó cómo me llamo.

-Mi nombre es goma, pero todo el mundo me dice "gomita".

Además, le cuento que Henry es mi dueño, y que es muy tranquilo y simpático.

- ¿Y cómo te trata Henry?

- Bien, pero me usa mucho y eso me gasta, haciéndome cada vez más chica. Pero no es todo, como es muy inseguro a veces me muerde, incluso un día me sacó un pedazo provocándome un dolor terrible, menos mal que los lápices del estuche me cuidaron y me hicieron harto cariño hasta que me dormí.

- Y tú ¿porque te llamas Faber Castell?

-Lo que pasa que los que me fabricaron vienen de una familia noble de Alemania, que se llama así. Su producto principal son los lápices.

- ¿Y a ti te dicen Faber Castell?

-No, mi dueña es una niñita de 8 años y se llama Susan Cooper, ella estudia en el English School, y allí me llaman rubber, que es como decir goma igual que tú.

- ¿Y cómo te va a ti como rubber?

-Mira en general bien porque Susan es muy inteligente, me ocupa poco y siempre me tiene guardadita en un estuche verde con un forro interior muy suave y aromático. El único problema es la mamá, que es una vieja mañosa que encuentra todo malo, en las tardes cuando le revisa las tareas me agarra con fuerza pasándome por la hoja tan duramente que aparte de dolerme, me quema por el fuerte roce.

- ¿Qué estás tomando gomita?

-Jugo de Tomate.

-¿Y tú rubber?

-Yo tomo leche batida con helado de vainilla.

-Que rico rubber.

-Sí, es delicioso ¿quieres probar?

-No gracias eso debe engordar mucho y tal vez me ponga floja.

- ¿Y tú pololeas?

-La verdad es que estoy saliendo con una gomita café, pero no le vayas a decir a mi mamá. ¿Y tú rubber?

-Bueno llegó un rubber con muy buena pinta, nos miramos harto. Cada vez que borramos nos hacemos un pestañeo de ojo. Ojalá un día salga humo blanco.

-¡¡¡Te podís quemar rubber!!!

-No, tonta, quiero decir que nos pongamos a pololear.

-Bueno, gomita, me tengo que ir.

-Sí, te entiendo.

-Espero verte otro día gomita, para contarte cómo me fue con ese famoso rubber.

Ya visto

Mario Espinoza - 74 años - Algarrobo

Érase una vez un lugar llamado Magnum -de espacio y tiempo desconocidos para nosotros- que contenía a todos los universos existentes. Allí todo era inconmensurable, infinito, y sus habitantes, mayormente sabios, gozaban de una vida eterna.

Por este extraño sitio, pululaban diversas clases de universos, los cuales se desarrollaban y extinguían dentro de sus espacios y tiempos propios, independientes del particular espacio-tiempo de Magnum. Así, por ejemplo, si un universo X en ámbito de Magnum parecía extinguirse y desaparecer solo en el curso de una hora, al introducirnos en su espacio y tiempo real, podíamos comprobar que su evolución se producía en cientos de millones de años.

Y claro que había un universo que había atraído la atención de los sabios de Magnum. Debido, por una parte, a su extrema mínima duración y, por otra, a que volvía a renacer como una pulsación o tenue luz que se encendía y apagaba sin cesar. Acuciosas observaciones llevaron a estos sabios a determinar que este inusual titilar se debía a que este universo estaba en continua expansión y contracción, porque se encontraba preso de la constante de su simetría y densidad absolutas. Estados que, al igual que un simple rompecabezas, se caracterizan porque no pueden ser menos ni pueden ser más, sin permitir variación alguna en su reproducción y desarrollo.

El intenso, inmutable siempre provocado por aquellos estados conducía a la creación, una y otra vez, de un universo único, idéntico al anterior, con sus mismas galaxias, planetas, ciudades y gentes. Lo que, también, originaba una suerte de falsa eternidad en sus habitantes, basada en la infinita repetición de sus vidas, de lo cual ellos no eran conscientes. Esto terminó por dejarles en sus subconscientes mínimas huellas de sus calcadas vidas, las que afloraban esporádicamente haciéndoles experimentar la vaga sensación de haber visto o vivido, previamente, lo que estaba sucediendo en determinado momento del presente…

Encargos

Eduardo Salgado - 74 años - Viña del Mar

Finalizada la cena con Stefano, Renata y los otros, Alfredo decidió preparar sus cosas para el viaje del día siguiente. Cuando sonó el teléfono, estaba en pijama, sus maletas y sus cosas sobre la cama. En el auricular Renata, insegura, dijo que necesitaba verlo de inmediato. Curioso, indicó que bajaría en instantes, pero Renata insistió que era muy breve y que subiría. Alfredo alcanzó a ponerse su bata. Renata excusó su impertinencia introduciéndose en la habitación. Apresuradamente dijo que necesitaba comprobar si aun tenía los documentos traídos desde Chile.

-¿Qué?, contestó Alfredo, asombrado por esa pregunta de la persona que menos hubiese imaginado. ¿Qué conexión tenía ella con el asunto de Madrid? ¿de qué estás hablando?

-Alfredo, no te inquietes, sólo déjame verlos.

-¡Un momento!, explícame ¿qué quieres?

-Insisto, no debes preocuparte Alfredo. Si me aseguro de que los tienes, te daré una clave importante ¿los tienes?

-Renata, tú eres una ejecutiva del Banco di Pisa, tuvimos jornadas muy agradables, y ahora esto. ¡Una clave importante! ¿de qué hablas?

-Intenté la comprobación en forma indirecta, pero no hubo ocasión. Mañana viajas y por tu cometido, necesitas la clave.

-No comprendo, -ocultando su excitación-, me hablas de unas claves, de unos documentos. ¿A qué cometido te refieres?

Renata temió su terquedad, ofuscamiento, o hasta su violencia. El se sintió acorralado, no podía dejarla salir de su habitación sin una clara explicación. La simpática Renata era una agente, pero ¿de quien? Ella podría arrebatarle aquellos documentos, o ponerle una trampa. ¿Y si el asunto fuera más serio? ¿Alguien estaría interesado en que esos papeles jamás lleguen a destino? Alfredo se sintió en serio peligro.

-Renata, explicarme por favor.

-No tengo explicaciones, solo cumplo un encargo. No imaginé que pudiera complicarse. Creo que, si eres la persona correcta, ambos estamos en un asunto extraño. ¿Te dice algo el nombre de Laura Brugo?

-¿La conoces? repreguntó él, aún más sorprendido.

-Hablé por teléfono con ella hace unos días.

-Sí, replicó Alfredo, la conozco, fue mi alumna en la universidad, pero ¿qué tienes que ver tú con esto?

-Bueno, entonces ya tenemos algo en común, dijo Renata ignorando la pregunta, ¿sabes dónde está Laura?

-No, dijo dudando, pero agregó, supe que venía a España.

-Sí, allí es donde le hablé, a Valencia.

Alfredo se sentía en desventaja. Ella nombró a Laura Brugo. Él buscaba algún contrapeso. Temía.

-Renata, sal de aquí, no quiero seguir en algo que no entiendo.

-Espera, contestó ella, sintiendo que perdía su ventaja ¡Necesitarás la dirección!, se arriesgó a decir.

-¿Dirección? Alfredo, por primera vez se dio cuenta que no había examinado el sobre que le entregaron en Santiago. ¿Qué dirección?, insistió con voz más suave.

¡Qué tonto! reflexionó Alfredo apurando el paso por la calle Del Arenal. Cuando Renata le dio aquella dirección, sabía tanto como él que el embrollo es más amplio y complicado de lo imaginado. Sonrió para sí mismo y se dijo que a la vuelta en Chile debía pedir explicaciones a su amigo Javier.

El zorzalito

Leonel Mendoza - 74 años - El Tabo

Caminaba por la vereda.Iba a comprar el pan, tal como lo hacía cada tarde. De pronto , un pequeño zorzal cruzó raudo frente a mis pies, tratando de esconderse entre una maleza. Era un polluelo que aún no podía volar. Tal vez había caído prematuramente de su nido. Estaba muy asustado. Me incliné para tomarlo. El polluelo me miraba con sus grandes ojos. Tenía mucho miedo. Con cuidado pude agarrarlo y vi que estaba bastante maltrecho ya que debía haberse golpeado en la vereda de cemento.Su nido se veía muy alto en el follaje de un árbol.

Por el momento me olvidé de la compra del pan. Volví a mi casa con el asustado polluelo en mis manos, que trataba de soltarse y poder huir de este ogro gigante que lo atrapaba.

Llegué a mi casa, busqué una caja de cartón, colocando unos suaves paños de una camiseta vieja. El polluelo debía estar hambriento. Traté de darle agua y unas migas remojadas. En realidad era muy difícil reemplazar a su madre, pero tenía que alimentarlo o moriría.

Logré introducirle pequeños trozos de migas con agua. Hacía frío y el polluelo no tenía el calor de su nido . Después de un rato lo llevé a mi taller en el patio de la casa y lo dejé bien acurrucado en su nuevo nido. El polluelo estaba con frío, pero no podía hacer nada más. Sus grandes ojos me miraban fijamente. Como poder explicarle que ahora estaba a salvo y no caería en las garras de algún gato cazador.

Al día siguiente muy temprano fui a ver a mi nuevo amigo. Era una mañana fría y nublada. Al llegar a la caja de cartón vi con tristeza que el pequeño polluelo estaba sin vida. No pudo resistir una noche sin comida y sin el calor de su madre.

Me sentía frustrado de no haber sido capaz de salvar aquella pequeña vida que el azar había cruzado en mi camino. Su pequeño cuerpo estaba rígido y muy frio. Ya sus grandes ojos no podrían mirarme más. En tan poco tiempo me había encariñado con esa pequeña ave. Ya no tendría la posibilidad de verlo volar libre entre los árboles y el cielo.

Tomé su pequeño cuerpo, lo envolví en un diario viejo, lo metí en una bolsa de plástico la cual fue a parar a la basura. Ese día martes pasaba el camión recolector que se llevaría a mi fugaz amigo que ya no podría ser un hermoso zorzal cuyos cantos al amanecer tal vez algún día habría escuchado desde mi dormitorio.

En las tardes, cuando los zorzales revolotean entre el follaje de nuestro jardín, me parece sentir la presencia de mi amigo zorzalito. Sus trinos de cada atardecer me hacen pensar lo frágil que es la vida para este fascinante mundo de los animales a los que tenemos que cuidar y respetar como parte de la naturaleza que nos rodea.

Amigos

Jorge Henríquez - 66 años - Valparaíso

Muy peligroso, dijo el médico, e invita a que los escudriñadores mecánicos registren más y más imágenes como diagnóstico para exponer los males y permitir soluciones. Así, distintos aparatos de resolución tecnológica avanzada utilizando ágiles sensores ópticos y en tiempo real dan cuenta en informativas pantallas, gracias a sus amigos los softwares, las características físicas e intrínsecas del mal y el daño que provoca en el gran y vital motor.

Los resultados manifiestos en informes de los operadores y expertos de la medicina proponen la actuación de fantásticos personajes, hijos de laboratorios, para participar exclusivamente en mejorar el funcionamiento de mi dañado propulsor en esta orgánica maquinaria y así ayudarme en las correrías de la vida. Vienen de diversos anaqueles, incluido el del médico y de mercados de aclamadas familias de la salud. Después de transar con el sistema las condiciones para acogerlos y una vez en casa, eligen sus habitáculos según coordinación horaria para sus labores, ellos son Tirox, Seramida, Mioc, Zopril, Tresto, Espi, Spra, Ami, cada uno orgánicamente diferente, con variados tipos de armas o escudos y estrategias heredadas. Son citados para analizar las funciones requeridas y comenzar a actuar de inmediato por la emergencia, en el mismo tiempo procesal de los llamados exámenes. Operadores preparados con agujas, conectores, visores y alarmas cibernéticas; realizan la infusión de un determinado y pasajero personaje que, en un largo viaje, se instala para aminorar la pérfida fuerza de ese terrible mal; se eligió un sitio quizás agreste y temido por su denominación, pero favorable para el evento; en un lento ritmo se desarrolla el procedimiento. Todo muy eficiente y hasta elegante. La resolución determina mejoría porcentual por el acto de sanación. El gran mentor y maestro operador experto siempre atento desde su sitial y ante situaciones inesperadas, dar mágicas soluciones. Los personajes conviven y comparten plenamente quehaceres de acuerdo a su programación, cada día revitalizan secciones del orgánico motor muy positivamente, a veces invocan a la alegría y la risa casi como acto terapéutico.

Un novedoso personaje, Celma, asoma en la constante búsqueda y ajuste de estrategias felices, será la ejecutiva en la aplicación de un contenido que implica millones de microorganismos, de esos que sostienen la vida, permitirá recrear algunos gastados elementos. Viene del gran laboratorio sostenedor de la primera vida, de gran sensibilidad y que deben resguardarse con mucha seguridad y amor. Los operarios tecnológicos los inyectan, el privilegiado insumo fluye lentamente para instalarse en lugares preferidos donde desarrollarán siempre su reconstructivo trabajo. Ya instalados tuvieron una buena acogida, nada rechazaron, creo, fácilmente se adaptaron, ejecutando muy bien sus tareas, también juegan o conversan; de los encuentros con los otros personajes nada malo se sabe, trabajan juntos, hasta formaron clubes o cofradías y sobre todo esta interorgánica sociedad. El motor ya está relajado, estable y graciosamente soñando, mañana todo continua, traigan más impetuosas y maravillosas estrategias.

La partida celestial de mi abuela

Enrique Muñoz - 62 años - Concón

Sentado en la cama, miro la habitación que gira como un carrusel delante de mí. Cierro los ojos y continúo recordando que la muerte de ella la acecha a cada instante. Día y noche, mi abuela está con su corazón acelerado sin encontrar el propósito del porque su cuerpo casi milenario yace aún extendido como una sábana blanca de inocencia, pintada de interrogantes.

Mi viejita está esperando que acuda en la mañana para besar su frente marcada de líneas de ternura, cinceladas por largos años de alegrías, frustraciones y angustias. Cada vez que le sirvo su tazón de leche con pan remojado sobre una bandeja de mimbre, ella no olvida que la confeccionó con sus manos adoloridas por la artritis.

La observo fijamente. Quiero ver su alma joven en ese traje de piel que ya no resiste los años. Y no puedo. La siento cada vez más lejos de mí y cerca de la luz sacrosanta del Creador. Apenas susurra unas palabras entrecortadas como adolescente, riéndose de sí misma. Me dice al oído: "estoy cansada de vivir… aburrida de esta cárcel de almohadas y frazadas que no soporto… mi Dios seguramente está de brazos cruzados y no me quiere recibir..." Sonrío delante de ella como un payaso hipócrita y le digo dulcemente: "Querida abuela, lo que pasa es que Dios aún la necesita…debe haber un propósito divino… no lo sé…" Levanto su cabeza como un cáliz de ofrenda y la abrazo para que pueda aspirar por una ventana abierta, el perfume del rocío de su jardín que empapa sus lágrimas escondidas. Por enésima vez me suplica que le dé algún brebaje dulce o amargo para partir plácidamente hacia el otro mundo.

Ya hace días que se niega recibir alimentos. Exige una huelga de hambre en silencio. Que pueda beber sucedáneos de naranja o hierbas amargas. Que la deje en paz con los brazos en cruz y le detenga la respiración con alguna almohada deshilachada de recuerdos… que cubra su boca con un ramo de rosas rojas… En fin, anhela que le ayude a un buen morir…

Una madrugada, decidí, con el alma dividida entre el cielo y el averno, llevar entre mis manos una esponja impregnada en amonio cuaternario. Al acercarme a su cama, mi viejita estaba esperando su beso matutino… y me dice sorprendido: "hijo, soñé con la muerte…acaso eres tú el Judas que me envió el Señor de los cielos…" Quedé paralizado ante tal declaración. La esponja cayó sobre el piso. Abracé su frágil humanidad, llorando sobre sus ojos fijos de dulzura perdidos en la nada… había dejado de respirar mi viejita… no hubo necesidad de ejecutar la eutanasia "casera".

Era tanto mi dolor, que sentí un mareo intenso y tropecé con la puerta de la pieza. Quedé a oscuras.

Al otro día, estaba postrado en una cama de hospital. Apenas movía mis extremidades. Recordé entonces el dolor de mi viejita. Sabiamente ella quería a toda costa, evitarme una vejez repentina.

Ojos azules

Sonia González - 79 años - Quilpué

Subo con dificultad la calle empinada, con mi corazón acelerado por la emoción del encuentro, al llegar a la curva del camino lo escucho con más claridad y lo veo, siento el sonido platillero marcando el ritmo de los sones lastimeros de una canción de amor, el viento esparce las notas, el baila y da vueltas, sus manos y pies se mueven sin edad y sin cansancio, sus ojos azules miran sin ver a los niños que ríen y gritan, queriendo alcanzar los juguetes de colores que cuelgan de la caja pintada con papeles celestes que anuncian el futuro.

Jadeando llego a su lado, sus ojos azules me miran pero no me ven, su mirada se quedó en el pasado, trato de recordar y me traslado en el tiempo. Soy una niña, siento a mamá que me llama, no la escucho, corro hacia él por el camino de tierra con mi pelo negro apresado en trenzas y cintas, mamá no comprende que yo soy grande y no necesito cintas, mis quince años me hacen sentirme adulta sintiendo emociones desconocidas. Se acentúan cuando escucho su música y lo veo bailar y dar vueltas, sus manos aladas me atraen a su cuerpo, doy giros y giros enroscada a su cintura, los niños ríen, el pájaro que entrega los papeles del destino trina como entendiendo el baile de amor, en mis oídos, promesas, sus labios tibios dicen que por siempre, y sus ojos tienen chispitas de deseos inconfesables.

Se va bailando, la melodía se pierde entre los matorrales y las casas de adobe, me quedo parada largo tiempo hasta que la última nota de un vals se pierde en una curva terrosa.

Cada año espero con ansiedad sus promesas, por siempre, siento la música y el son de los platillos antes que llegaran a mí, estoy llena de amor, no puedo ocultarlo, mi espera se hace eterna, no pudo llevarme y yo no supe retenerlo, su música y su baile se perdieron en los años, esos que marcaron surcos alrededor de mis ojos y ahajaron mi boca por las lágrimas de la espera, pero acá estás, con tu música y tu baile mágico, miro tu figura no olvidada y siento que todavía lo amo, mis manos rugosas tocan mi pelo cano buscando mis trenzas apresadas en cintas, el tiempo se detuvo, tu caja de colores me entrega un papel celeste en letras doradas, me dice que un hombre de ojos azules me amará por siempre.

Todo está en silencio, ha oscurecido, en el camino una anciana triste y sin años ve alejarse al chinchinero, dejando tras de sí una melodía añeja.

Una mente incontrolable

Juana González - 83 años - Viña del Mar

Se puede relatar nuestra vida en conciencia sin olvidar o no querer recordar.

Nuestra mente no la conocemos es libre, loca, incontrolable, pienso o no pienso, sólo escribo. Hoy no quiero recuerdos, solo el hoy, el momento y el momento eso es lo que siento hoy, en este momento.

¡No puede ser! Ahí está, se me aprieta o me ahoga el pecho o el corazón, cómo saber, sólo sentir, corazón o pecho, es lo mismo, qué importa cómo se llame, sólo importa que está ahí y lo veo, cómo fue, no sé, sólo es verlo grabado en mi mente, nuevamente, lo veo, cómo fue esto, ¿cómo es esto?

Yo estoy aquí en el 2021, ¿por qué aparece algo de hace 70 años atrás?, estaba escondido en el fondo de mí, no sé en que parte, sólo sé que estaba escondido y por un milagro aparece hoy.

Esto me pasa, recordar en el momento, son sólo lindos recuerdos, me parece que mi mente bloquea temporalmente lo triste, pero está ahí, lo siento, una lucha, lo recuerdo, no, no debo, la mente se revuelve todo junto. ¿Cuándo fue? ¿Antes o después de qué?, difícil decidir, ya ahora todo claro.

Se me apretó el corazón cuando lo vi, está mirándome, me mira , me mira y se acerca, mi pecho se agranda, se sale por mi boca, me paralizo, aquí está, podría tocarlo, no, imposible, no puedo, tengo todos mis músculos apretados, duros, no puedo moverme, mi cara me arde, las manos se quieren mover, lo tocaré, si se acerca más ¿qué haré?, lo miro, quiero reír, no, llorar, no, tampoco es eso, es algo que lo siento en todo el cuerpo, algo que nunca he sentido, ¿Qué es esto? Estoy paralizada, la vista fija en él, ¿qué pasa? ¿Por qué suceden tantas sensaciones?, hasta cuando llevo horas, meses, años, cada vez está más cerca. ¿Cuánto duró? Sólo un minuto y fue para toda mi vida.

Mi entrada al amor.

Cuento de ánimas

Alís Araya - 74 años - Llay-Llay

Sir Vic Evans, había decidido vender su antigua casona. Esta era de la época colonial, con grandes galerías de vidrio, tanto en la parte baja, como en los pisos altos. Estaba ricamente alhajada, con finos muebles traídos de Europa, hermosas lámparas con exóticas y finas tulipas, la escala que llevaba al segundo piso estaba hecha de pino Oregón. Los dormitorios cubiertos con alfombras persas, traídos como exclusividad desde el oriente. La gran sala que había servido para realizar grandes bailes y cenas a toda gala, servía de estudio, y el piano a un costado y la gran mesa con patas finamente labradas, ahora sirve de escritorio a Sir Vic Evans.

Bueno, como el actualmente estaba venido a menos, decidió vender esta reliquia. Yo como su asistente, le aconsejaba que no lo hiciera, porque dónde iba a vivir, a pesar de que él tenía unos campos para la crianza de ganado.

Cierto día al anochecer, vinieron dos jóvenes interesados en comprar la casona, estaba todo iluminado. Uno de los jóvenes era rubio de lentes con cara de intelectual, pelo liso. El otro moreno un poco tímido, los dos con maletín tipo James Bond.

Yo hasta último momento le rogaba que no vendiera, pero una vez que la venta estaba a punto de finiquitar, sucedió algo insólito. Las luces de toda la casona se apagaron, y surgían relámpagos por doquier, todos los muebles se movían de un lugar a otro, era algo tétrico, las ánimas amenazaban a los recién llegados con palos, yo sentada en el salón miraba todo esto, me reía interiormente. Por detrás del segundo patio, por encima de los árboles emergían las ánimas de unas mujeres regordetas, con ropa interior negra, muy ajustada, estaban enojadas y hacían gestos para espantar a los intrusos. Yo no aguantaba la risa al darme cuenta que esta casona había sido en alguna época, casa de remolienda.

Los jóvenes compradores huyeron despavoridos por los pasillos, ante el fantasmal espectáculo que habían observado, yo no tenía miedo a las ánimas, porque al fin y al cabo yo también formaba parte de ellas.

Memorias de un placillano

Mauricio Silva - 78 años - Viña del Mar

Es mi pueblo, un libro abierto. Lleno de historias, poblado de arrugas. Donde emanan recuerdos de los años pasados. Pueblo histórico por su batalla, turbado por miles de muertos… La gravedad transita todavía en el paisaje plasmado por la valentía y el tiempo. Gente de esfuerzo y sacrificios, de buenos amigos, solidarios, responsables, de mucho sentimiento cuando fallece un amigo. Un lugar privilegiado entre campo y ciudad. Aire puro rodeado de verdes árboles y prados, donde abunda la flora y fauna aún virgen de la madre naturaleza. El trinar de los pájaros, el cantar de los grillos, el zigzaguear de las mariposas...

Placilla pueblo añoso, rodeado de cerros, bosques y lagos, da paso con sus flores silvestres a la fragancia inmaculada a tierra virgen. De campo húmedo, donde predominaba el silencio y el soplo del viento, que de vez en cuando hacía crujir los añosos árboles que reverenciaban su paso camino al cielo.

Inolvidables tiempos juveniles… El contacto de la naturaleza, el cantar de los pájaros. Olor a pino y tierra húmeda. Callampas y champiñones con el sol aparecían, y susto no daba cuando las torcazas de repente el vuelo cantando emprendían.

Que hermosos tiempos aquellos… Cuando conejos, pejerreyes, callampas eran verdaderos trofeos que llevábamos a nuestras casas.

Hoy ya en el ocaso de mi vida, recuerdo tiempos pasados. “Placilla tenía Vida”. Tenía en sus anchas y largas avenidas, grandes y hermosos árboles frondosos, que eran el orgullo de nuestra localidad.

Allí en calle Cuarta… Se celebraban a la luz de la luna y las estrellas, carnavales con hermosas Reina, pajes y Rey Feo. Al compás de bailes y canciones románticas donde para algunos se aprendía por primera vez, a conocer el lenguaje del sentimiento de un primer amor o de un beso a la ligera.

Ha pasado el tiempo… Tenemos que ir de acuerdo con él, así se escribe la historia. Los buenos recuerdos perdurarán para siempre en nuestras almas y corazones. Época hermosa y feliz cuando éramos jóvenes.

Ha pasado el tiempo… Los años han pasado. Ahora abuelos somos y ya muchos con el pelo blanco, ya pensionado estamos.

Hoy en el pueblo de Placilla… Cuando fallece un amigo, el alma llora de tristeza y el corazón estremece con su partida. Casi todos nos conocemos de cuando niños éramos. Juntos jugábamos o cantábamos y otras tantas veces con nuestras novias bailábamos.

Lo triste es la congoja de que poco a poco, las amigas y los amigos están falleciendo, y va quedando un sabor amargo en nuestras almas, y sentimientos. Es el tiempo que avanza inexorablemente. Todo cambia, todo termina. Ya no repican las campanas de la iglesia. Sin embargo, cuando escuchamos a los camiones bocinas tocar, es tradición y señal, que a un amigo van a sepultar. Despedimos a nuestros amigos, con los recuerdos en nuestros corazones… y en nuestras oraciones.

Humildemente hago recordar… Que todos somos residentes en esta localidad. Trabajemos siempre unidos, todos por esta “Comunidad”.

La micro 705

Luciano Bosque - 82 años - Valparaíso

En mi rutina diaria de concurrir a mi trabajo tomé la micro 705 en el paradero de mi sector. En la siguiente parada subió una graciosa damita, al parecer nueva en el vecindario; su cara sonriente me cautivó, yo le cedí mi asiento, ella me dio las gracias. Me quedé sorprendido, sentí algo extraño en mí, ya que había tenido una triste experiencia amorosa, de la cual no me podía reponer, ya habían pasado varios años de ese episodio, pero mi madre me aconsejó que debía rehacer mi vida.

Esa niña tomó un lugar importante en mis pensamientos, me agradó su finura en sus ademanes y su sonrisa cautivadora.
Así en las mañanas trataba de tomar la micro en que esperaba que ella subiera; pero no estaba en la parada, me iba triste pensando: “¿Qué le habrá pasado?, ¿Entrará más tarde?”, en fin, pensé muchas cosas a la vez. A lo mejor tiene su pololo, pero no creo, ya veremos…

Pasó otro día y no apareció. Al fin un día, la volví a ver, se veía muy hermosa, con un vestido azul.

La micro venía llena, ella logró subirse e inmediatamente buscó con la mirada y se encontró con la mía; nos sonreímos, se bajó en su parada, me hizo una seña con la mano … creí morir, fui el hombre más feliz.

Hoy después de varios años somos un feliz matrimonio con hijos y nietos que nos hacen felices.

Una catedral doble...

Javier Olivares - 64 años - Valparaíso

No se había dado mucha cuenta, pero ya era 16 de septiembre, y el día le parecía maravilloso. Había vivido toda su existencia en Valparaíso y llevaba prácticamente tres meses encerrado, porque aumentaban mucho los contagiados por el corona virus. Durante casi noventa días, había experimentado esa extraña sensación de estar entre la vida y la muerte y, aunque nunca había tenido fiebre ni tos seca ni ningún síntoma de la maldita enfermedad, siempre acababa pensando que de esa no pasaría, y que su existencia estaba llamada a terminar. Estoy pedido, se decía frecuentemente; por eso, cuando escuchó decir al presidente que el virus ya había pasado y que los ciudadanos podían salir a las calles sin restricción alguna, se sintió exultante y preparó su mejor tenida para la jornada siguiente. Esa noche durmió plácidamente, soñando que iba a su restaurant preferido, saludaba a sus amigos y amigas con un largo abrazo, le tomaba la mano a Patricia y le pediría el beso tantas veces anhelado, pero nunca conseguido y que almorzaba en el peruano de Edwards, donde concurría siempre a hartarse de esa deliciosa comida y a embotarse los sentidos con los tres catedrales que se bebía religiosamente los domingos, tratando en vano de disimular su soledad y alegrar el día. Pero el 16 sería distinto. Así que esa mañana se bañó, recortó su larga barba que había crecido salvaje durante esos meses, no le importó que su peso hubiera aumentado en, al menos, veinte kilos, se perfumó, se puso la ropa que él creía que lucía bien, se miró al espejo y hasta se encontró guapo. Salió raudo, tomó el trole y caminó presuroso por la transitada Condell; saludó alegremente a cuánta gente se le ocurrió y disfrutó del viento primaveral que le refrescaba su cara. Había quedado con Patricia a las 13 horas, en el Sazón Nazca y sabía que iba un poco atrasado, pero se tranquilizó cuando entró al local y no la vio. Cuando el mesero lo vio, lo recibió con esa alegría impostada que ellos suelen tener y que usan para hacer creer que los clientes sí son importantes. Como llevaba mucho tiempo sin ganar dinero, el hombre se apresuró a cumplir los deseos de su cliente y le puso en la mesa una hermosa, apetitosa y abundante copa del proverbial licor de los incas. Juanelo tomó la copa y trató sin mucho éxito de secar las húmedas comisuras de sus labios acicateadas por el deseo tantas veces reprimido. Me salvé, pensó, y brindó con tanto entusiasmo, que se atragantó, lo cual le provocó una mortal insuficiencia respiratoria y el consiguiente síncope cardiaco, cayendo cuán obeso era sobre la adornada mesa preparada con esmero por el garzón. El pulpo a la parrilla que alcanzó a pedir tendría que esperar y el camarero también, porque la autoridad sanitaria clausuró el local, dado que la muerte de Juanelo se atribuyó al maldito virus, que se resistía a partir de nuestras vidas.

Frío

Ana María Artacho - 65 años - Santo Domihgo

Desde su refugio improvisado en la ladera del cerro, verificó que le quedaba 15 por ciento de batería en su celular y que no había señal para comunicarse, sintió un frio intenso, insospechado que lo penetraba todo. Como pudo y soportando el dolor, se hizo un ovillo para guardar el poco calor que le quedaba.

No tenía salida y seguramente esta sería su tumba.

A pesar de todo, estaba tranquilo como anestesiado. Ya había pasado el momento de pánico que sintió al caer desde la altura y comprobar que se había dañado la pierna, ahora no podía hacer otra cosa que esperar que sus amigos a los que había dejado atrás llegaran hasta él o dieran aviso a las brigadas de rescate. Sin embargo no se aferró a esa esperanza.

Percibía que el sol se estaba despidiendo, y dejaba paso a la obscuridad y al frio que se convertían en amos y señores de las próximas horas y lo cubrían con su manto.

Cerró los ojos y se apoderó de él una calma y una paz que no conocía, a pesar de la obscuridad vio una potente luz blanca que lo acogía con amor, se entregó a esa sensación y se materializó ante él su padre, un antiguo veterano de guerra. Le habló y le dijo: no pierdas la esperanza hijo, recuerda que en la post guerra, el dinero era tan escaso que mi familia no tenía ni una posibilidad de comer caliente, y a pesar de eso estamos aquí.

…A lo lejos… pasos, voces y ladridos y un haz de luz adentrándose en la ladera.

Por montes y silencio

María Stella Núñez - 76 años - Quilpué

Atilio avanza lento por los senderos del monte entre piedras y tierra guiando al piño de animales de regreso al caserío. Va arrastrando su pena y frustración por lo ocurrido, mientras carga a su espalda una cría de oveja herida.

- ¡!No debí descuidarme, es mi culpa¡! - se recrimina impactado por el recuerdo.

La noche anterior mientras tomaba un mate junto a la hoguera un puma se deslizó a oscuras hacia el rebaño que ante el ataque entraron en pánico alertando a los perros de inmediato.

Perla y Moncho, los perros pastores rodearon al felino con agresivos ladridos apartándolo del rebaño en un intento por rescatar una pequeña oveja acorralada.

La heróica perra se lanza al lomo del felino mientras Moncho ladrando desesperado desvía los avances del puma. La cría al verse con libertad corre angustiada hacia el rebaño tropezando entre las piedras cerro abajo. Atilio deposita sobre su poncho a la temblorosa cría y cogiendo dos palos prendidos de la hoguera embiste al felino quien en la lucha ha mordido a la perra en la cabeza.

Perla en su aliento final muerde al puma desgarrándole las patas que al verse herido huye cojeando.

Atilio recoge a la perra agonizante, limpiando con suavidad la sangre abundante de su cabeza.

-¡Mi guena Perla… mi fiel amiga, ese animal te dañó harto ¡! Descansa…- mientras la acaricia va cerrando sus ojos. Tendido a su lado Moncho aulla lastimero junto al cuerpo inerte de su madre.

Atilio reune al atemorizado ganado bajo un arrayán, luego lleva a la cría junto al fuego para revisarla.

-Debo amarrar esta pata, no podrás caminar - le dice a la asustada cría que se enrolla sobre el poncho mientras Atilio le inmoviliza la pata con un par de ramas de palqui.

Sacando una pala de su morral hace un hoyo bajo un zarzal para dejar a la perra cubierta y evitar que se acerquen animales. Busca a la oveja madre para que alimente a la cría, luego la regresa junto al rebaño envolviendo a la cría en el poncho junto a la fogata.

-Debo permanecer despierto esta noche- murmura mientras va colocando leños al fuego para mantenerse alerta.

Al clarear el día reúne al piño de animales para que se alimenten mientras se toma un mate caliente. Revisa la pata de la cría y hace un bolso con el poncho para colocarla colgándoselo a la espalda.

Baja el monte seguido del perro que cabizbajo guía a los animales. Atilio camina rumiando su tristeza por la muerte de su fiel compañera… seguro Moncho tomará su lugar---piensa.

-¿Qué le diré a mi hijo? Perla era su perra… la crió de cachorra. Gimotea mientras avanza por los cerros vigilando al ganado que no se desvíe.

Entre piedras y silencio sigue los senderos hacia el bajo mientras a lo lejos ya se divisa el caserío.

El mejor de los amantes

Agüita Santelices - 82 años - Valparaíso

¡Qué agradable es tenerte junto a mí! Nunca imaginé lo bien que nos llevaríamos. Por largo tiempo añoré lo que tú me das cada noche cuando al acostarme me abrazas y envuelves suavemente y poquito a poco tu calorcito va aminorando el inevitable entumecimiento de los inviernos helados y húmedos. Me gusta que seas calladito, que respetes mi metro cuadrado, que seas incondicional y sepas contenerme. Duermo tranquila. Diría que eres perfecto, nos llevamos bien tú y yo. Lo mejor es que no te incomodan mis ronquidos y no alegas por las mil vueltas y revueltas que me doy cada noche o por las veces que las vergonzosas urgencias me obligan a abandonarte una y otra vez.

Te he confidenciado que por largo tiempo busqué lo que ahora tú me entregas a diario. Es difícil encontrar un compañero. La decisión de compartir la intimidad de una cama tiene sus complicaciones, especialmente cuando las relaciones anteriores han sido desastrosas.

Pueden ser varios y curiosos los motivos por los cuales suelen no funcionar las relaciones de parejas, entre ellas la lucha eterna por el control remoto del televisor, a las mujeres nos gustan las películas románticas y cierto contenido psicológico, seguro que el caballero de turno prefiere el fútbol, las porno o humorísticas. Algunos no apagan la luz hasta el amanecer, ignoro si la idea será alejar los espíritus malignos, insomnes o atrapados por la tecnología, qué sé yo… o por joder como dicen los españoles. Cuento aparte son aquéllos que arrastran los efluvios del ajo, cebolla, vino, cigarrillos y otros olores ingratos, los que llevados hasta el dormitorio terminan por agotar la paciencia de las mujeres y las inducen a poner muchos metros de distancia. Por suerte estas dificultades están lejos de afectarnos a nosotros.

Y aunque suene a brutalidad lo que voy a decir, te confesaré que me alegra tanto que seas manco y mudo, porque soy incapaz de soportar por mucho rato un brazo bajo mi cabeza y otro por encima de mi pecho, me ahogo, creo que hasta podría morirme del sofoco… y el bullicio suele atormentarme, prefiero el silencio, maravilloso.

Atrás quedaron esos tiempos en que deambulabas por los potreros en busca de gusanitos y hierbajos para echarte al buche como un ganso cualquiera. Hoy convertido en un magnífico y delicioso plumón, eres el mejor de los amantes. Me fascina el calor que emana de tus plumillas. Se dice que Shakespeare y Napoleón las temían, manifestando que se asemejaban a espadas de doble filo, pero yo creo que eso sería en épocas lejanas. Ahora eres puro amor y ternura.

Recalada

Maruzella Peirano - 78 años - Quilpué

A la distancia surca el mar el barco con su carga de pertrechos y pasajeros. La sirena saludando al puerto anuncia su pronta recalada. Es casi amanecida. A bordo todo bulle, los hombres de mar en cubierta con sus actividades de atraque a la bahía, se avizora dormida a la distancia. Los pasajeros somnolientos suben a la cubierta principal emocionados de reunirse con sus seres queridos.

Hay voces de mando y la faena de desembarque es ir y venir de hombres curtidos por la salinidad del aire marino, también ansiosos de reencontrarse con novias, hijos o esposas después del largo navegar. El haz de luz de los reflectores forma figuras dantescas en el mar aún oscuro de la madrugada, pareciera que los amarillos, rojos y naranjas danzaran con música silenciosa dando la bienvenida a aquellos navegantes. Algunos de ellos han navegado por vez primera y se sienten alucinados con los guiños de luces del puerto y de aquellos cerros enormes de los que se descuelgan las estrellas traviesas. Ellos son las atalayas del horizonte y su mágica complicidad hace que los cerros y el mar se fundan en artísticas expresiones de sobriedad y simpleza tal que hace único este hermoso lugar del mundo llamado Valparaíso y en el puerto embarga la ansiedad entre el gentío que espera. El amanecer cala los huesos y las últimas faenas de desembarque desde el transporte se hacen eternas, el mar azota las lanchas surtas en la bahía, empieza el ajetreo mañanero y la ciudad despierta. El mar ennegrecido por el petróleo que se desprende de las embarcaciones otorga un olor inconfundible que se mete por las narices y despierta emociones inolvidables.

Las sirenas de los barcos anclados al molo dan la bienvenida al que viene recalando…y en el muelle blancos pañuelos parecen palomas saludando a la distancia. Comienza el descenso de los viajeros algo mareados aún por la larga navegación, todo es algarabía, hay tanto por conocer para los visitantes al puerto por vez primera. La mayoría ha oído historias sobre sus cerros y hermosos rincones. Escaleras y ascensores subiendo al cielo llevando a viajeros hipnotizados con la belleza del lugar. Las gaviotas revolotean dando la bienvenida a los turistas. Al término del desembarque el muelle va quedando despejado, el barco ha traído a tierra a los pasajeros que toma cada cuál su camino. A bordo sólo queda la tripulación ansiosa de bajar a tierra y reunirse con los suyos, para luego emprender una nueva travesía. Esta vez fue de sur a norte. Conocieron fiordos, canales, islas e islotes, navegaron entre azules aguas a veces tempestuosas,otras calmas, entre hermosos paisajes casi tocados con las manos al pasar los estrechos. Rutina para la tripulación. Los hombres de mar continúan con su trabajo, casi al mediodía agotados viene su propio desembarco, quedando a bordo sólo la guardia que anhelante esperará su turno.

¡Todo en orden, mi capitán!

Una experiencia congelante

Raúl Santíz - 80 años - Valparaíso

En la playa Cavancha, en Iquique (mi tierra natal) era costumbre bañarse "mañana, tarde y noche", esto último si había luna llena.

Competíamos nadando 200 metros hasta una balsa, o 400 metros hasta el fondeadero de goletas pesqueras, que fondeaban temprano, después de desembarcar su pesca de madrugada. Los "resistentes" íbamos directos a las goletas y subíamos a descansar abordo, sabiendo que quedaban desiertas. Poco después regresábamos a reponernos en la arena.

Por esto, la mayor parte de los visitantes estaba en la orilla "capeando" olas, deslizándose con tablas (de "surf" se les dice ahora) y solo la gente mayor permanecía en la arena, tomando sol.

Al cerrar las oficinas salitreras, mi familia se vino "al sur", para residir en Viña del Mar. Enseguida me ilusioné con disfrutar de las playas. Como espectador, visité los principales balnearios y me decidí por Las Salinas, por ser una playa tranquila, que me quedaba cerca y sin incómodas concurrencias.

Mi día "D" llegó en un sábado de hermoso sol, elegido por una cercana amiga de Iquique, cuya familia también se habían trasladado a Viña del Mar.

Al llegar a Las Salinas, me sorprendió que casi toda la gente permanecía en la arena tomando sol. Y entre ella en encontré a mi amiga, acompañada de una morena con un hermoso sombrero de playa. Pero muy pocos estaban en la orilla, "capeando" olas, o nadando.

Luego de saludar y de las presentaciones formales, anuncié que antes de acompañarlas en la arena me iría a nadar. Les pedí que me cuidaran la toalla.

Estando ya cerca de la orilla, corrí para tomar impulso (como lo hacía en Iquique) y me apronté a "capear" una ola. Para "entrar" en la ola salté como si estuviera en un trampolín imaginario e ingresé de lleno en la blanca espuma de una gran ola. Pero instantáneamente sentí un frío congelante, como si estuviera en aguas antárticas, y como una respuesta de sobrevivencia supe -en milésimas de segundos- que de inmediato debía entrar en calor, temiendo caer en peligro de hipotermia. Y me puse a nadar en estilo Mariposa, al menos unos 200 metros y luego cambié al estilo espalda, unos 200 metros más.

Solo entonces me puse a descansar. Advertí que la gente en la playa se veía "pequeñita". No pude distinguir a mis amigas y supuse que ellas tampoco me verían a mí.

Ya sin sentirme "congelado", emprendí el retorno y comencé a nadar nuevamente. Pero cuando creí que estaba llegando, me agarró una corriente marina, que amenazó con arrojarme sobre unos roqueríos cercanos. Nadé en sentido opuesto y me alejé del peligro. Mis otros dos intentos tuvieron idéntico resultado.

Medité un plan "B". Esperé el breve intervalo que hay entre los oleajes, y nadé "a toda máquina" hasta que salí de las corrientes.

Me sentí como Cristóbal Colón desembarcando en Guanahaní cuando volví a caminar en la arena. Y nunca más regresé a las congelantes aguas viñamarinas. ¡Cuánto te extrañé, playas de Iquique!

Carta a un extraterrestre

Erica Vildósola - 74 años - Viña del Mar

Soy habitante de un planeta llamado Tierra, que en la inmensidad del Universo, tiene el tamaño de un átomo. Por lo tanto, hermanos extraterrestres, no habría ninguna razón para creernos súper humanos.

Yo pertenezco a lo que denominan mujer y puedo dar vida, a un ser dentro de mí – ¡que maravilloso! - Además, soy oriunda de un país, cuyas primeras tres letras son C-H-I, y que fue mundialmente famoso por el rescate insólito de 33 mineros, atrapados en las profundidades de una mina.
}
Últimamente, con fecha 18 de octubre del 2018, hubo un levantamiento masivo de nuestros compatriotas, cansados de la situación socio- económica imperante. ¡Más de dos millones de chilenos expresaron abiertamente sus esperanzas y anhelos, en un enjambre humano de gritos y desmanes!

Durante las últimas décadas de mi existencia, mi más hermoso sueño, era ver el espectáculo, en vivo, del músico holandés André Rieu. Mi hijo me había regalado una entrada en la cuarta fila. Estaba muy emocionada, compré un traje nuevo para la ocasión (un esfuerzo sobrehumano, por mi escuálida jubilación). La entrada era para el 18 de octubre a las 7 de la tarde… UUUUUUAAA....Todo cancelado! El país se paralizó, pero como decía Maquiavelo, "el fin justifica los medios". ¡Están más que perdonados mis compatriotas! Clamaban por cambios sociales profundos, por una justicia más justa, salarios más dignos e igualdad de oportunidades. Sin embargo, todo ha pasado a segundo plano en este planeta… ¿la razón? Un virus insignificante llamado Corona, que ha hecho estragos en la Humanidad, con miles de personas fallecidas y gigantescos problemas a futuro. Una sorpresiva Pandemia.

BUENO AMIGOS DEL COSMOS… ¡OJALÁ ALGÚN DÍA, MÁS TEMPRANO QUE TARDE PODAMOS CONOCERNOS!

Se despide afectuosamente

Una terrícola mujer, madre y amante de la vida.

KOIWE de tres patas

Ángela Martínez - 60 años - Viña del Mar

Mi padrino Ramón acompañó desde niño a su papá, médico de la vieja escuela, en sus recorridos por veranadas cordilleranas del Alto Biobío visitando las comunidades de pehuenches y de uno que otro campesino chileno. En las tierras altas por los valles interiores de la montaña pasaban los veranos engordando el ganado.

Él era muy pequeño cuando lo conoció. Lo encontró en una vuelta del camino, por la ruta del río Bureo, cercano a Laguna Escondida; allí se detuvieron a descansar y se sintió atraído por su poderosa presencia: era un coihue de unos 30 metros de altura anclado al camino: imponente, firme, frondoso, lleno de energía que lo saludaba alegremente con todo su follaje. Lo apodó Tres Patas, debido a que tenía tres enormes fustas desde el suelo mismo.... siendo un sólo árbol.

Se forjó una amistad entre el enorme árbol y el niño que se detenía a saludarlo en cada ocasión de viaje. Cómo no bajarse del caballo o años más tarde de la camioneta y tener un rato de charla con un viejo amigo. Lo abrazaba midiendo su radio... se quedaba unos minutos sintiendo su rugosa corteza y recibiendo toda su energía vital. Retornaba a Mulchén contento, relajado y con el alma cargada de amor del bosque.

Ahora soy yo quien tomo rumbo a Laguna Escondida y me detengo en el camino cumpliendo el encargo de mi padrino: "Ahijado: al fin pude comprar el terreno. Ahora es suyo. Cuídelo y cuando pase por ahí, abrace al Tres Patas, háblele y dele mis saludos. Dígale que su amigo no lo olvida".

Instinto materno

Ada Acosta - 75 años - Concón

Apartada de la casa principal, un rectángulo de adobes carcomidos, con una puerta de madera rota -a medio cerrar- por el uso continuo a través de los años, rodeada de cardenales rojos. Cerca caminaban las gallinas picoteando los restos de comida.

Adentro, en penumbras. Las paredes y el techo, ennegrecidos por el hollín de la leña, dejan entrar algunos rayos de luz, que -además- sirven para que salgan las emanaciones.

El fuego encendido al medio de la sala, con dos piedras grandes a un metro de distancia donde se apoyan los fierros ahumados que sostienen una olla de greda antigua y tiznada, sin tapa, donde hervían los porotos.

Tres niños solitarios. Una nena de cinco, Rosita. Dos varones: Jesús, que tenía seis años, y Tomás, que tenía un año más. Mal vestidos, descalzos, tratando de cocinar las legumbres recogidas en el campo.

Rosita fue abandonada por su madre, que partió con un afuerino, dejándola al cuidado de una prima. Durante el día se entretenía corriendo alegremente por los cultivos junto a sus primos, cuando éstos no tenían labores en el campo.

Por las noches, la pequeña dormía con su tía. Sollozaba silenciosa, apretujando la almohada y pidiendo por su "mamita" hasta que el sueño la acariciaba.

Muchas veces los pequeños iban al cerro cercano. Caminaban a través de caminos de cornisas que seguían la huella de un pequeño río que los llevaba a una gruta. Allí los chicos se sentaban alrededor de la pileta donde se erguía la figura de la Virgen, con sus pies chapoteando en el agua. Le preguntaron a la niña: ¿tú que quieres? Ella contestó: que regrese pronto mi mami y ponerme unos zapatitos de charol rojos con el vestido que me hizo la mami. Ese con ruedos, que al girar parezca un plato.

-Yo encumbrar volantines de todos colores y tener una bicicleta para asistir a la escuela- dice Jesús.

-Yo, también una bicicleta y comprar muchas gallinas y venderlas- dice Tomás.

Jugaban un rato más y se devolvían corriendo cuesta abajo hasta su casa.

Ese día los mayores no estaban. Quien debía cuidarlos y prepararles la comida dormía sentada en una silla de paja, su cabeza descansaba en la única mesa destartalada, abrazando a la botella de vino, el vaso volcado que apenas sostenía en sus manos, desparramando el líquido causante de su embriaguez.

Al rato los infantes felices, se sirvieron el único alimento del día.

La niña era mi madre.

¿Arena cuéntame qué eres?

Fernando Squella - 72 años - Viña del Mar

Soy cabello del rastrillo en la playa, vianda y heces de la resaca del mar, baúl de monedas, llaves y prendedores perdidos en mi matriz, basurero de tapas de gaseosa, colillas de cigarrillo, envoltorios de caramelo, palos de helado y envases de bronceador. También puedo ser un fastidio cuando me entrometo e incrusto en la membrana conjuntiva del ojo, o como mojón de acequia me alojo en la toalla, entre los dedos de los pies, las orejas, la cabellera, la basta y bolsillos del pantalón, en el piso de la regadera, la sábana de la cama, la escoba, en el tarro de la basura. ¡Cuánto escozor produce el roce de la pelota sobre la canilla impregnada de arena húmeda! O bien reposo en el fondo de un macetero conviviendo con guijarros y raíces de plantas ornamentales, o relleno de muñecos de trapo hilvanado con cordel para saco harinero y rasgos hechos con mostacillas, o de adorno en una matriz de vidrio teñida, como si mi bronceado natural dorado y brillante no fuera agraciado, ni original. Soy arte, escultura de castillos, sirenas curvilíneas, animales no humanos. Soy tatuada por la mudanza de las mareas, el vaivén de la resaca, las gárgaras de la espuma blanca del agua salobre, del paso del viento, con el cadáver de algas encalladas, la huella palmar de un ave marina, las pinzas de un cangrejo, la pisada de un pescador y los tonos de luz que solo un sol en el ocaso sabe regalar. Cómo no recordar en esteros y riachuelos, el depósito de arcilla traída por la riada, que por efecto del abrigo del sol, semeja hojarascas de chocolate de color pardo intenso e incandescente brillantez, como un glaseado sobre un bizcochuelo con mis entrañas en vez de harina, huevos de rana en vez de gallina y limo en vez de polvo de hornear. Quién no me observó en las agallas de merluzas que se vendían en carretones estacionados en la calle, envueltas en papel de diario, o comió machas a la parmesana, o empanadas de choros con mis restos, o sorbió un caldillo de mariscos donde pareciera ser que trataron de emular en el plato, el fondo marino. A modo de epílogo albergo la esperanza de retornar a la nostálgica y pétrea cuna ancestral, emprender el viaje con la complicidad del viento desde el mar hacia el macizo interior, como lo hace un salmón que remonta el río para desovar y por fin morir.

Siempre hay una primera vez

Francisco Piña - 75 años - Valparaíso

Nunca he estado en el quirófano pese a mis 75 años, pero siempre hay una primera vez, jamás habría imaginado que al estar disfrutando de aquel asado en casa de Jorge, degustando generosos vinos y otros brebajes -gozando además de aquellas exquisiteces que siempre prepara Marta su mujer-, algo extraordinario podría pasarme. Avanzada la noche, cuando la fiesta estaba en su cuarto final, empecé a sentirme mal, una puntada aguda en mi costado derecho me hizo doblarme de dolor, le conté a los amigos que me rodeaban, Marcelo que estaba a mi lado puso cara de preocupación seguramente por mi rostro transfigurado, llama a los otros, me suben al auto de Jorge y parten rajados a la urgencia del Van Buren. Me pasan a un box, donde un joven médico de turno me examina, mueve la cabeza y le dice a mis amigos: ¡hay que operar de inmediato esto es una apendicitis pasando a peritonitis!.. creo que ahí fue que me desmayé.

Abro los ojos y me encuentro rodeado de enmascarados y ahí estaba en la sala de operaciones. Iba a saber si aquello del túnel era verdadero y si vería aquella luz blanca al final, de la que tanto hablan. Pensé en mi mujer especialmente, ya que si no volvía al mundo de los vivos, ella quedaría sola sin mi larguísima compañía de toda una vida, también pensé en mis hijos y nietos, pero a ellos les queda muchísima cuerda de todas maneras, pero mis cavilaciones en ese estado de inconsciencia me llevaron a repasar todas las embarradas que me mandé en la vida y que podría haber evitado, también pensé en aquellos proyectos pendientes de realizar o anhelados por muchos años, por los que trabajé y luché denodadamente y no se cumplieron o sólo a medias.

No tengo idea cuanto tiempo estuve inconsciente después de esa lucidez previa antes que hiciera efecto la anestesia y procedieran con el bisturí, pero ahora estoy despertando y veo a mi mujer, a mi hijo mayor, mi nuera y mi nieta, quienes con cara de "alegría" me preguntan ¿cómo te sientes?, vaya pregunta pienso yo. Les confieso que no estuve en ningún túnel, ni vi ninguna luz blanca, amarilla o celeste, sólo estuve concentrado en mis pensamientos y que después me fui a negro y no supe de mi alma.

Después de un rato de conversar con mi mujer, me quedé profundamente dormido. En la segunda vez que despierto en la sala de recuperación, hay un cambio sustancial, imposible, inverosímil en los que ahora me acompañan, ya que me encuentro con mi hija y nietas que viven en la mágica isla de Chiloé, ¿qué hacen aquí les pregunto? … Sólo acompañándote dice mi hija, ¿pero cómo le pregunto, si Uds. están tan lejos, acaso se vinieron en un jet? … No, dice mi hija, nosotras no hemos viajado, tu apareciste acá ….

Post-Mortem

Pedro Peralta - 61 años - Valparaíso

Nunca en la mayor parte de mi vida le di mayor importancia a temas tales como la resurrección, la vida después de otra vida, la reencarnación, el túnel, etc., nunca me resultaron relevantes a pesar, incluso, de haber leído sobre el tema, simplemente me parecían unos dogmas no demostrables, en algunos casos para justificar la existencia de un Dios o simplemente patrañas.

A medida que el paso de los años me empezó a aproximar al final, debo reconocer que el tema en alguna medida me empezó a inquietar, incluso fui un par de veces a misa, total la salvación podría estar en los descuentos, si hay otra vida. Cuando pasé los setenta años se inició un nuevo fenómeno que lo puedo describir como estar en un encierro en una habitación en la que la iluminación es inestable, esa luz son los recuerdos y las vivencias que de repente empezaron a desaparecer de esa habitación, la que por momentos se iluminaba con recuerdos, pero a ratos también se oscurecía, hasta que finalmente se apagó totalmente. En estos últimos momentos de "luz" en varias ocasiones comenté que no me gustaba la idea de la vida eterna. Que voy a hacer toda una eternidad, argumentaba.

Un día cualquiera, repentinamente me encontré fuera de la casa, caminaba o tal vez me deslizaba, en realidad me cuesta describir el cómo me movía, pero lo hacía con facilidad, ahora sí, con mucha "luz". Fui a mi casa, pero no había nadie, una hoja en la puerta decía "Estamos velando en la Parroquia Madre de Dios y el funeral será pasado mañana a las 11 en el parque del Mar". El papel no decía de quien era el funeral, así que decidí ir al velatorio por lo que llegué al lugar, me sorprendió ver la cantidad de gente conocida que había, pero no se percataban de mi presencia, incluso al tratar de tocarlos para saludarlos no lo podía hacer. Finalmente fui a ver el féretro, la cara del difunto estaba muy demacrada y deteriorada, el muertito debe haber estado en muy malas condiciones al morir, me dije. Al ver llorar a mis hijos y nietos, empecé a sospechar lo que me negaba a ver, el muerto era yo. Me fui a plaza Recreo a descansar y dormí hasta el día siguiente, descubriendo que los espíritus también dormimos.

Fui a la misa, hablaron tantas maravillas sobre mí, que creo que estaban confundidos de persona, luego me subí a una micro que terminaba la caravana que se dirigió a Concón. Allí nuevamente hablaron algunas personas otras tantas loas. Me decepcionó un tanto que la gente presente era menos que la que yo habría esperado, pero luego recordé que me había tocado asistir hasta el "apagón" a muchos funerales de amigos y conocidos.

Luego me fui a disfrutar la eternidad, me reencontré de a poco con algunas personas que aprecié en mi vida, y decidí enviar a través de mi hijo este relato para que estén advertidos.

Un cuento para Vicky

Silvia Ordenes - 88 años - Puchuncaví

Cuando eres pequeña y la soledad es tu única amiga,

en ocasiones te induce a realizar acciones inesperadas.

Ella tenía seis años y desde los tres en que su madre falleció,

dejó de conocer mimos, caricias y un hogar fijo.

Transcurrido un tiempo, el padre arrendó una casa.

para su madre anciana y la pequeña. La vivienda se ubicaba en un cerro porteño,

tenía un patio rodeado de alambradas altas, cubiertas de matas de suspiros…

Al fondo un horno abandonado.

La convivencia abuela-nieta era excelente; la niña sumisa, tímida… la abuela de silencio triste. Cada una vivía su mundo.

Llegó marzo y con ello, el ser matriculada en una escuela mixta, cerca del plan; era el acontecimiento más grandioso y prometedor: tener amigos con quienes jugar y hablar constantemente.

Comenzaron las clases. Su progenitor le causó la primera desilusión al comprarle útiles, cicateramente le llevó un cajita una cajita de lápices de colores de 6 unidades y no sacapuntas pues, habían Gilletes que estaban en desuso en casa.

La segunda desilusión: la regla estricta referente a la conducta en el aula: "prohibido hablar en clases", el transgredirla equivalía a quedarse en la "sala de los grandes" escribiendo "no debo hablar en clases"… por media hora después de la salida general.

Un viernes al designarle el puesto en "dicha sala", acomodando sus útiles, descubrió una caja metálica con muchos y hermosísimos lápices de colores… sus ojitos se maravillaron…

el corazón le saltaba de emoción. Comenzó a pensar: Yo los hallé… son míos… no… tienen dueño… los olvidó porque no los quiere… si…etc.

Finalizando el castigo, vencida por la tentación, disimuladamente los guardó con sus pertenencias.

El camino a casa le pareció interminable, llegando escondió su tesoro en el horno.

Sábado sin clases, tiempo para planear como llevarlos al colegio diariamente. Después de muchas dudas, optó que lo mejor era pelarlos, sin color, desconocidos… buscó Gilletes y… manos a la obra… los raspó todos.

El día lunes, en el primer recreo, se habló diciendo que a un alumno de humanidades, su caja de lápices Faber se hallaba extraviada, por lo que se haría una revisión total, sala por sala…. también a los útiles de los alumnos.

La pequeña sintió terror, su corazoncito acelerado, ganas de llorar, de confesar lo hecho pero… al final se arriesgó al veredicto que fuera.

Revisaron de a uno en uno, hasta llegar a nuestra inocente delincuente; el muchacho miró los lápices y le dijo: ¡¡ que feo son tus lápices!!… y prosiguió la revisión, con atención y cuidado.

La pequeña sonrió y pensó: no los va a encontrar nunca porque, porque yo los disfracé… y abrazó tiernamente sus lápices desnudos.

La mujer que no tenía zapatos

Patty Haltenhoff - 61 años - Quilpué

La vi por primera vez en la Pérgola de las Flores. Entre tanta gente pude notar su sombra hecha de jirones, avanzaba con sus telas grises colgando de sus hombros, sus ojos plomos no brillaban ni con el perfume de los claveles. Otra mañana volví a verla con su saco acuestas, con cada paso sonaban sus tarros sin nada. Mamá me dijo: - ¡No la mires, no la conoces!

Una tarde sin sol la divisé sentada en un recodo de la callejuela. Apegada a su saco, tan oscuro como sus pies sin zapatos, revisaba lo suyo como si fuera un tesoro. Esa misma esa noche, lluvias y vientos golpeaban los ventanales. Cuando ese invierno cayó furioso sobre la oscuridad apareció mi extraña pena…¿Por qué la mujer ploma no tenía zapatos? ¿Dónde estaba su mamá? ¿Y dónde estaba su cama? Podía oír el agua correr calle abajo y me dormí triste porque hasta sus huesos estarían mojados.

Una clara mañana corrí hacia la ventana, estaba en el mismo peldaño, se entretenía haciendo bolitas de papel con hojas de diario, bolita tras bolita iba llenando otro saco. ¡Tuve la gran idea de ayudarla! Fui en busca de diarios, hice bolitas con las hojas, y se las fui lanzando desde el balcón hasta que –de repente- la mujer ploma alzó sus ojos, su rabia salía de su boca y sus manos vociferaban : -¡Te voy a atraparrr!-. Justo en ese instante un viento cierra de bruces las puertas del balcón, y ella -cual araña con uñas afiladas- fue escalando las paredes del viejo edificio y comencé a gritar aterrada : -¡Mamáá! ¡Ábreme las puertas! ¡Mamáá! -. Cuando aparece mi madre me abrazo a su falda, pero volví a tener pena, porque la mujer ploma seguía sentada en su peldaño haciendo bolitas de papel. Pensé "Si hubiese sido araña se habría tejido una casa…".

Pasaron días sin verla. Me asomaba preocupada por el balcón pensando… "¿Estará enferma? ¿Y quién la cuida?" Pero no, la policía se la había llevado para rasurarle su cabeza. Ahora no tenía cabello ni zapatos. Igual me sentaba en el balcón, muy calladita, para acompañarla, tenía la bonita idea de que un día su mamá vendría a buscarla y no estaría más sola. A veces, cuando me iba a dormir, la oía por la callejuela arrastrando su saco… sonaban sus latas sin nada o era su vida sonando…mas, me aliviaba -entre sueños- escucharla y pidiendo que nada malo le pasara.

A veces regreso a Valparaíso para caminar por la Pérgola de las Flores, vuelvo a mirar el viejo edificio, y puedo hasta verme en el mismo balcón mirando su recodo, un recodo que hace más de cincuenta años quedó desocupado… Le decían Loca María, la mujer que vivió en un peldaño y no tenía zapatos.

Un día distinto

Patricia Monroe - 75 años - Valparaíso

Un día más, necesitaba caminar a la orilla del mar, mirarlo, buscar en él esa paz que necesitamos, respirar ese bromo que tranquiliza, me detengo, me apoyo en el muro y el vaivén de las olas me lleva y me trae y me escondo en su espuma clara que se peina en las rocas, que belleza de paisaje me acompaña.

Entonces me fijo en una roca bella dónde descansan unos pelícanos muy tranquilos, están tomando sol, uno se rasca las plumas, el otro tiene el cuello doblado y parece que duerme, más allá hay otro que no se preocupa de nada tan solo duerme tranquilamente, el cuarto se entretiene en mirar hacia el mar, que envidia me dan, ellos no saben lo que ocurre en este momento, ni tampoco quieren saberlo, no saben de pagar metro, no pagan isapre, la comida la tienen al frente sin necesidad de inquietarse, no tienen que trabajar, ni siquiera les preocupa el precio de los remedios, no los necesitan, sólo quieren volar a sus anchas y se sienten dueños del mar que los rodea. Me quedo ahí mirándolos largo rato, me voy tras las olas que juegan con las rocas y por unos minutos logro abstraerme de la cruda realidad. Sólo me bastaron tres minutos de contemplación para encontrar la paz y el relajo en este décimo día de violencia y desconcierto. -

Mi amigo Antonio

Violeta Olivares - 73 años - Viña del Mar

"Quien sabe adónde va el tiempo".
Quien sabe adónde se van los sueños.

Nunca más supe de él. Cuando le conocí yo tendría 15 ó 16 años, él tal vez unos tres años más. A nuestros ojos de adolescentes era todo un hombre, además fumaba constantemente y usaba un impermeable beige, tipo agente secreto, que le llegaba a media pierna. Digo a nuestros ojos porque éramos tres amigas y compañeras de curso que viajábamos diariamente a nuestro colegio en tren, la movilización más segura y a un costo razonable gracias al abono escolar. El a veces tomaba el mismo tren y notaba nuestras miradas y cuchicheos y se enfrascaba en la lectura de un diario sin levantar la vista.

En esa época yo atendía un pequeño negocio que tenía un hermano, en un horario para que él pudiera asistir al liceo vespertino. Este joven vivía a un par de cuadras y terminamos entablando una especie de amistad. Iba casi todas las tardes, se instalaba en cualquier cosa que le sirviera para sentarse, un cajón, un saco, solía tararear un bolero…"y la vida será, lo que siempre soñé"… y me contaba un poco su vida, sus sueños, pero especialmente sus penas de amor. Estaba perdidamente enamorado de la dependiente de una fuente de soda en la ciudad, la que tenía el sugerente nombre de una deidad de la mitología griega y que al parecer no le correspondía. Le escribía largas cartas y como tenía una letra endemoniada me pedía que se las "pasara" a máquina. Como yo tenía máquina de escribir en casa, lo hacía. Curiosamente no tengo mayores recuerdos del contenido de las misivas, sólo una vaga idea que le reclamaba su amor no correspondido. Era tanta su obsesión de adolescente, que cuando se instaló en los alrededores una carpa de gitanos fue a pedir ayuda para lograr atraer a la dichosa niña. La gitana le dijo que llevara su mejor traje y que ella le iba a hacer un tratamiento seguro para que la chica cayera rendida a sus pies. Cuando pasó con su terno, que probablemente era el único que tenía, envuelto en un pliego de papel café, traté de prevenirlo. Fue inútil. Sólo al día siguiente, cuando volvió desencajado porque al ir a buscar la prenda se encontró con que en la madrugada los gitanos habían desarmado carpas y partido, me dio la razón. Demasiado tarde.

Dije que nunca más supe de él, pero me equivoco. Habrían pasado unos seis o siete años porque ya estaba yo en la Universidad, cuando en el bus en que viajaba lo veo sentado en el último asiento. Envejecido y de aspecto extremadamente descuidado. Me costó reconocerlo, no sé si el a mí, pero cuando intenté esbozar una sonrisa a guisa de saludo, desvió su mirada y se bajó apresuradamente. Me pregunté en qué recodo de su vida se habrían perdido sus sueños.

Esa fue la última vez que le vi.

Juicio final

Edmundo Riquelme - 75 años - Nogales

Dormía plácidamente, y de pronto sentí que alguien me llamaba, como tejiendo con palabras, en telares de sueños, hermosos linos para vestir este relato difícil de entender.

Al abrir los ojos tuve una visión mágica, la presencia de un hombre sencillo, con sandalias de cuero sin curtir, turbante y túnica blanca, que irrumpía en mi habitación.

De improviso, haciendo una genuflexión, exclamé: - ¡Dios mío! … ¡Oh, Dios de los cielos!, elevando una plegaria, y desde el fondo, en el sutil lenguaje que sólo entiende el alma, una voz me respondía: "¡Amén!".

Tras entablar una conversación, me dijo: "Vengo a cumplir una misión encomendada por mi padre – evaluar la conducta humana y fijar la fecha del Juicio Final – desde un mundo engalanado con las fuentes del amor, donde zurean palomas y el viento sopla, cual trompeta del alba, cargado de olor de rosas".

Lo acompañé al Desierto de Atacama. Viajamos llenos de entusiasmo, como si nos hubieran brotado alas.

El kunza, lengua madre de los atacameños, no impidió la comunicación oral. La naturalidad inimitable de su mirada decía mucho más que una simple conversación, y revelaba un conocimiento profundo del corazón humano.

Mientras escudriñábamos la naturaleza, nos detuvimos a descansar bajo un árbol que moría de sed, soledad y vejez en la abrupta serranía. En unos minutos, parecía haber rejuvenecido y se disponía a vestir sus galas primaverales.

Desde los faldeos del volcán Miño, observamos al río Loa pincelar tímidos atisbos de verdor, desenroscando lentamente sus aguas que se perdían en la lejanía, como si una mano invisible las hubiese borrado.

Le regalé un libro de la Cultura Atacameña. Tan pronto terminó de hojearlo, develó el origen del nombre de Calama, argumentando:

-"Calama comienza con la letra "C", la misma raíz del "Cielo", donde vive el sol rojo y bondadoso; enseguida viene la "A", letra que inicia un sentimiento inmenso, el "Amor", unión perfecta de la razón, del pensamiento y del alma, claramente definido en el Primer Mandamiento: "Amarás a Dios sobre todas las cosas"; sigue la letra "L", de la "Luz", que transformada en estrella, iluminó el camino de los reyes magos a Belén; se repite la letra "A", del "Agua bautismal", que lava del pecado; por añadidura la letra "M", de "María Virgen", madre de Dios, y termina con la letra "A", del "Arco iris", que simboliza el color y la belleza".

Al finalizar su cometido, dejó un mensaje florido: - "No habrá Juicio Final en el Desierto de Atacama, pacífico refugio, tan distinto a otros lugares, donde la crueldad, el odio y el egoísmo, peor que la dura piedra que no sabe de dolor, hace que el hombre se encierre en sí mismo. Lucha por la inmortalidad y, al mismo tiempo, esparce gases tóxicos y enciende fuegos bélicos, cuya voraz guadaña, ciega vidas humanas y extermina plantas, pájaros y animales".

Y luego, la despedida… ¡Hasta la vista!, con lágrimas como caídas del cielo, que se deslizaban silenciosamente por las mejillas…

Un salto por la ventana

Edith Rodríguez - 74 años - Quillota

Abrió la ventana, respiró profundo y ante mi asombro saltó al jardín. Me quedé perpleja pues lo sabía medio loco, pero me sorprendió su destreza.

Como también su osadía, cuando al conocerlo me peguntó:

- Porqué das migajas de pan a las palomas?

-Porqué tomas sola un café en la esquina?

-Porqué caminas tan erguida por la calle?

-Porqué acaricias la cabeza de cualquier niño?

-Porqué tus canas vuelan tan albas al viento?. Me había observado mucho, sin percibirlo-me dije

Eso me agradó y pensé que solo detallaba ademanes positivos, porque aún mis zonas grises no las percibía.

Todas las respuestas las tuvo en nuestra primera cita,

La palabra es su don. Creo que siempre se siente en un escenario porque sus ojos y manos también parlotean. Su barba y bigote, semi nevado, su voz profunda que llena espacios y sus piernas largas que casi me hacen trotar a su lado, dan por resultado un hombre atractivo y entretenido.

Fue en el Otoño más seco de la historia reciente que despertó la primavera de mi vida, me atrevo a decir de nuestras vidas.

Hasta ese entonces éramos dos almas volátiles, acurrucando nietos, viviendo en soledad asumida, con una mochila de experiencias.

Yo nunca tuve que preguntarle nada porque en cada encuentro era como si abriera una gaveta sin llave, sus zancadas dan el paso en la calle, su saludo sonriente y su mirada limpia, me dio todas las respuestas,

Hoy al salir así de mi casa me terminó de conquistar, saltando por la ventana.

Añoranzas

Óscar Achiardo - 77 años - Viña del Mar

Hoy es un día muy especial. Un poco frío, pero agradable, me hace recordar tiempos pasados e inolvidables, como esperando la llegada de bracitos infantiles que buscaban ansiosos el calor o el refugio del hogar familiar, para dar paso a un día de trabajo, de almuerzo, de voces, con mil proyectos y cuidando al son de la música el entorno para hacer más seguros los primeros pasos de recién nacidos, que disfrutaban un mundo desconocido, pero acogedor. Los años pasan, las voces y caricias maternales quedan en la piel, en el corazón y en la alegría y satisfacción de una misión cumplida.

Ahora los que una vez fueron pequeños e indefenso, han crecido y formado sus propios nidos. Son dueños de sus respectivos caminos, que con esmero, sabiduría y conocimiento lograron recorrer para cumplir ambiciosas metas en sus trabajos y profesiones, y así cobijar a sus hijos y disfrutar las caricias, al igual que ellos hicieron cuando eran niños.

El hogar hoy es distinto. Hay momentos de soledad, de silencios y de añoranzas, pero también de felicidad, cuando se mezclan las voces, las risas y alegrías de abrazarse en una celebración en familia, por los honores, los ejemplos y los roles de cada uno, sin olvidar jamás sus propias raíces, vidas, actitudes y recuerdos que permanecen en sus memorias, hasta aquella pieza de música que los acompañaba y que hoy disfrutan de la misma forma.

Ya no está el día frío. Está iluminado, tibio e invita a recordar. El corazón late alegre y emocionado al ver todos los sueños que se forjaron un lejano día y que hoy ya todos se han realizado, sin impedir que, siendo mayores, sus almas permanecen siendo las de unos niños, que con cada logro personal se vuelven a felicitar y saludar, con emoción y alegría infinita. Con todo esto es imposible no disfrutar de esta bella y significativa vida.

Un cuento real

María Teresa Bernal - 71 años - Quihtero

En este mundo, donde todo es ansias de poder, ambición y rebeldía, apareció de pronto una colonia invasora de virus sobre la Tierra. Insignificantes e invisibles bichos, ¿de dónde?, da lo mismo, se expandió tan rápido y haciendo tanto daño, que el planeta tembló.

En pocos días, miles de enfermos por su acción, luego cientos de muertos, causando conmoción.

Una verdadera rebelión contra la humanidad, esa humanidad soberbia, altanera, que sintió pánico con esta presencia.

Alguien dijo (OMS.), esto es una pandemia ¿qué es una pandemia? Preguntaron llenos de terror. Su significado: muerte, tragedia, sufrimiento, angustia y dolor.

Los coronavirus, así bautizados, se expandieron sobre el mundo, con una rapidez ultrasónica, tan pronto estaba en Europa, como en Asia o América, con sus fumigadores atómicos.

Su capacidad de contagio, inmensa, su velocidad una locura ¿qué es esto?, ataque extraterrestre, o quizás producto de nuestro propio proceder con el medio ambiente, no se sabe, sólo que produce muerte y dolor.

De pronto ¡"Eureka"!, un grupo de científicos haciendo pruebas médicas, descubrieron un antídoto, de nuevo la insuperable vacuna, reinventada y aplicada por tantos años.

¡¡Funciona sí, funciona!! Y como un reguero de pólvora líquida, se reparte por todo el mundo. La vacuna nuevamente al ataque.

Los coronavirus extremistas, se retiran hasta sus bases, en tanto se recuperan, se reproducen y fortalecen, vuelven a la carga con nuevos bríos.

Los que creían ya resuelto el problema retroceden con más contagios y más muertes. Los humanos claman clemencia al Dios Supremo, pero no dejan de ofrecer un frente de ignorancia y poco recato.

Los gobernantes y científicos ruegan por cuidados y austeridad. Hay que cuidarse, alejarse de los contagios con normas prescritas, "pero no", porfiamos a más no poder y el avance de la Pandemia continúa.

Por fin la comunidad parece entender y ya vacunado casi todo el mundo, la salud comienza a restablecerse.

Otro retroceso y los coronavirus contraatacan, pero ya con menos bríos. El ambiente ofrece un cambio, al efecto de las vacunas, se empieza recuperar la salud, ya cada vez menos enfermos y más recuperados. Pero cuidado, no tentemos al destino.

Hemos visto al mundo entero unirse en beneficio de la salud, a científicos, gobernantes, empresarios, personal médico en pos de esta trágica causa.

Por fin, hoy estamos felices, nuevamente la esperanza brilla como el sol de la primavera, el aire puro de este mes de octubre nos hace sentir rebosantes de vigor, la vida vuelve a renacer, ¡pero cuidado!, los coronavirus aún están aquí.

¡¡No olvidemos lo vivido, tal vez no habrá otra oportunidad!!

"Última información: nuevo rebrote del virus", y esta vez, con una nueva cepa. Lo siento, este cuento continuará…

El domingo fatídico

Isabella Gacte - 72 años - La Calera

Hace tiempo tenía deseos de contar esta historia que sucedió hace muchos años (décadas, mejor dicho).

Creo que la mayoría de los adultos mayores recordarán la gran tragedia que se originó en El Melón (un pueblo perteneciente a Nogales) un domingo 28 de Marzo de 1965, a raíz del fuerte terremoto con epicentro en La Ligua. Producto de esto, colapsaron dos tranques de relaves, causando cientos de muertos.

Lo que quiero narrar es que entonces yo estudiaba en un liceo en la ciudad de Quillota (yo soy de La Calera).

En el curso, entre mis compañeras, habían dos que eran muy amigas; una vivía en Quillota y la otra, en El Melón.

Gladys, de Quillota, estaría de cumpleaños el domingo 28 y lo único que quería era que su amiga Luisa, de El Melón, estuviera en su fiesta, pero sus padres eran muy estrictos y no le querían dar el permiso para quedarse todo ese fin de semana en cada de su amiga, en Quillota.

Fueron varios días de súplica, pero el "no" era rotundo. Por fin la madre de Gladys llamó por teléfono a la mamá de Luisa y logró conseguir el tan ansiado permiso; regresaría a su casa, después de las clases del día lunes.

Ese domingo se levantaron felices para ir preparando los pormenores del cumpleaños, que se realizaría por la tarde.

A eso del medio día, se disponían a almorzar, cuando se desata el caos con el fuerte terremoto; todo eran gritos y llantos cuando se enteraron de la tragedia ocurrida en El Melón. Luisa estaba desolada pensando en cómo estarían sus padres y hermano.

Las primeras noticias, decían que roto el tranque que recibía los tóxicos de una compañía minera, había arrasado con todo, pero la terrible realidad fue que desapareció por completo el poblado llamado "El Cobre", ubicado muy cerca del relave.

Es difícil aún, a pesar del tiempo transcurrido, narrar lo que se vivió allí; cientos de muertos, desaparecidos y nada de casas… solo desolación.

Para la tarde, Luisa se entera de la terrible noticia sobre su familia; la que fue siempre su casa, enterrada en el lodo y desechos, sus padres muertos y su hermano desaparecido (jamás apareció).

Unos días después, llegó una tía de Valparaíso, a buscarla para vivir con ella.

Ya nada fue igual… con los años me enteré que falleció; dicen que el dolor y la pena la fueron consumiendo y solo quería morir.

Aún me pregunto si todos tenemos un destino; a ella la salvó el cumpleaños de su amiga, pero no sé si fue mejor o peor.

Es amiga y enemiga a la vez

María Edomilia Vergara - 79 años - Casablanca

Ella y yo compartimos la cocina, o sea más bien el mueble del lavaplatos. Yo sé que ella me mira hacer las cosas, yo hago lo mismo, así mantenemos el respeto, aunque ella ya lleva un tiempo en esa esquina, sin que la invitara. Está en su rincón oscuro al acecho de lo que se mueva. Para mi es una enseñanza del respeto mutuo que hay entre las dos.

Pero como siempre hay un, pero, ella en la noche pareciera que no descansa ya que siempre al otro día me encuentro con los restos de las hormiguitas que pasan a su lado, devoradas por sus fauces.

Ellas tan laboriosas llevando la comida para su hormiguero muy confiadas, no se dan cuenta que la muerte les espera, casi de manera segura. Mientras la otra ¡sin siquiera esforzase! en buscar su comida, la muy cómoda espera para dar su zarpazo, ¿Lo pueden creer? Jajaja, ella se hace llamar Araña de Rincón.

Yo con temor dejo que siga viviendo sus días en mi lavaplatos, o tal vez su compañía ya me haga quererla y no quiera abandonarla, solo el tiempo dirá lo que le suceda a mi pequeña amiga, pero me ha hecho pensar que estamos viviendo cada vez más en los tiempos del Yo y cada vez menos en los tiempos del Nosotros.

Castillo embrujado

Elba Dabed - 67 años - Quilpué

En uno de nuestros viajes, arrendamos un auto, queríamos conocer algunos pueblos de Bélgica.

Habíamos recorrido varios kilómetros, cuando en un camino de tierra quedamos en panne. Nos acercamos a un lugareño y le pedimos datos de algún mecánico, para proseguir nuestro viaje. Él nos indicó que el pueblo más cercano, estaba a unos cinco kilómetros de donde nos encontrábamos y que en ese lugar había un mecánico, cerca de un castillo.

Mi marido entre risas me dice: Tomaremos nuestras mochilas y a caminar, yo un poco ofuscada proseguí el camino, después de un largo rato nos encontramos con una mujer campesina en una casa muy hermosa rodeada de flores, le consultamos ¿ Nos falta mucho para llegar al pueblo? ¿Sabe de algún lugar, para comer y descansar? Ella nos explica que falta poco para llegar a la ciudad, pero muy cerca hay un castillo, nos advierte, tengan cuidado de no acercarse mucho, ya que si se les aparece una mujer preguntando por su hijo, sigan rápidamente sin mirar.

Le pregunté ¿Qué pasa con la mujer del castillo? .Nos contó la historia de esa fortaleza: En el castillo embrujado, por sus paredes corren lágrimas de una mujer que lloró años a su hijo, el cual desapareció dentro de esos enormes muros.

Prosiguió, era un joven estudiante, que vivía cerca de ese lugar, tenía que pasar todos los días por el bosque cercano, para llegar a su colegio.

Un mal día el joven Graham desapareció; al no regresar a su hogar, su familia lo buscó día y noche, recorriendo, el bosque y cada rincón del castillo, sus escaleras de piedras, los torreones almenados, calabozos y pozos, pero todo fue inútil.

Lo único que encontraron parte de sus pertenencias, un zapato, hojas de cuadernos repartidas en diferentes lugares del gran castillo; pero nunca se encontró su cuerpo. La madre de Graham nunca dejó de escudriñar cada rincón del lugar… recorría todo los días entre esos grandes muros abandonados, llorando y gritando su nombre, hasta que un día, la encontraron tirada a la entrada de ese gran palacio con su cuerpo rígido, sin vida.

Pasado los años aún se sienten gritos de agonía, que reverberan en esa gran fortaleza y de sus muros corre agua, cuentan que son las lágrimas de esa mujer, que buscó a su hijo en forma incansable hasta su muerte, ella se aparece a los lugareños en los caminos cercanos.

Por curiosidad nos acercamos al famoso castillo Embrujado.

El entorno se ve muy malogrado, en su interior es muy lúgubre y húmedo, con muy mal hedor, por su encierro y sus muros altos donde llegan unos pocos rayos de sol. Si tú entras al lugar, el frío te recorre el cuerpo, además de los crujidos de los portalones que lo hace aún más terrorífico.

Creo que ni a ti ni a mí nos gustaría estar en el lugar de lo que vivió esa madre, con la pérdida de su hijo. Es lo más doloroso que se puede vivir.

El portal

Viviana del Carmen Hidalgo - 64 años - Quilpué

El viejo edificio abandonado del liceo n° 1 de niñas de Valparaíso era el lugar perfecto para cuatro amigas de diez años. Construido en 1904, de estilo barroco, con grandes escalas de mármol y pasamanos señoriales, con patios internos, adornados de piletas centrales. Ideal para sus aventuras.

Esperaban con ansias la hora del recreo, donde se escabullían a través de una tapia que rodeaba la vieja construcción. Entre risas y cantos daban vida a sus juegos de princesas, que acompañaban con vestuario traído de sus casas, de largos vestidos y sombreros. Bajaban las escalinatas acompañadas del tarareo de un vals vienés, o se desplazaban a los patios para danzar. Sus risas de cascabeles daban vida al lugar. Al escuchar el timbre del término del recreo, corrían de prisa, con temor de ser descubiertas por la inspectora.

Un día, en que dejaban volar su imaginación por la escalinata, un fuerte estruendo proveniente del zócalo las sorprendió, caídas de pupitres, carreras y chillidos resonaban en el lugar… "¡¡Un dragón!!" pensaron. Y entre gritos de espanto, ojos desorbitados salieron estrepitosamente del lugar. Alertada por el bullicio, la inspectora se hizo presente, cerrando para siempre la entrada al viejo edificio. Y de paso, sellando definitivamente el portal al mundo de sus sueños.

Esperanza

Mañancla del Carmen Alvarado - 61 años - Viña del Mar

Papá árbol no podía estar más orgulloso al contemplar a su pequeño retoño, savia de su savia, fruto de su semilla, pero algo lo inquietaba y no le permitía ser completamente feliz. No quería transmitirle sus miedos, pero la incertidumbre lo angustiaba y se preguntaba ¿Cuánto tiempo más viviría? Y su pequeño arbolito ¿Llegaría a ser adulto? "En este mundo revolucionado no tenemos certeza de nada". De diferentes partes llegan olores de incendios y por otra parte estaba el hombre y sus grandes maquinarias que los talaban de raíz, para llenar la tierra de concreto

Hijo: ¿En qué piensas papá?

Papá: Solo pensaba en nuestros ancestros, ellos vivían cientos de años, disfrutaban cada estación y recorrían gran parte de la historia de la humanidad y cuando llegaba el fin de sus días, estaban satisfechos por los años vividos y en muchas ocasiones se transformaban en puentes, casas o muebles como camas para brindar descanso, o un ropero para guardar pertenencias, o un comedor donde se reunía la familia, o un bello y colorido libro que guardaba una historia o un instrumento musical que deleitaba con sus notas, eso de alguna forma los hacía sentirse importantes, incluso si sus días terminaban como leña para dar calor en el frio invierno, o para cocinar alimentos, incluso ahí la muerte no les resultaba en vano.

No te imaginas lo importante que somos para el hombre, cambiamos su CO2 por Oxígeno, contribuimos en la reserva de agua subterránea, regulamos el clima, fijamos los terrenos para evitar erosiones, somos el hogar de muchas aves, animales, e insectos, y sin contar que muchos de nosotros damos exquisitos y nutritivos frutos.

Hijo: Yo cuando crezca quiero ser grande y fuerte como tú y que los niños me puedan trepar.

El padre melancólicamente le responde: Hay que disfrutar cada día hijo mío, disfrutar del sol, de la lluvia, y de las suaves brisas que nos regalan aromas lejanos, incluso de los vientos huracanados, que si no estamos bien enraizados nos botan, porque nos hacen más fuertes. Disfrutar del canto de las aves, de los sonidos de los insectos, del paso de las nubes.

Hijo: Pero papá qué dices, si no podemos ver las nubes, ¿Cómo vamos a disfrutarlas?
Papá: Aunque no emitan sonidos, podemos sentirlas, porque a ratos tapan el sol y el calor no es constante o sentimos la humedad en el aire cuando pasan cargadas de agua.

Mientras hablaba con su hijo no podía dejar de pensar en la soberbia del hombre, en su tonta avaricia, no piensa que al destruirnos está cavando su propia tumba.

Pero no quiero perder la esperanza, por mi hijo no puedo rendirme.

La última Navidad

Renate Laudien - 81 años - Quilpué

La abuelita Ana había sufrido un accidente vascular. No podía hablar y casi no se podía mover. Pero conservaba el movimiento de una mano y la familia había instalado al lado de su cama una pizarra con un alfabeto de grandes letras, que ella señalaba con un puntero para comunicarse.

Les decía:

-Lo único que deseo es celebrar esta última Navidad con ustedes.

Pero el médico dio un diagnóstico lapidario:

-Está demasiado débil para vivir tanto tiempo.

La familia se sintió muy apenada. Pero eran ingeniosos. Nada debía impedir a Ana cumplir este último deseo, y coincidieron en que para ello había que adelantarle la Navidad. Contaban con un calendario instalado en la pieza de Ana, que tenía una hoja para cada día del año que se arrancaba en la mañana. Ellos arrancaban dos o tres hojas diarias, aprovechando que Ana dormía varias siestas y creía que cada vez que despertaba era un nuevo día. Así la abuelita veía pasar los días y calculaba feliz cuánto tiempo faltaba para la anhelada celebración.

El gran día llegó por fin hacia mediados de octubre. El árbol de Navidad se instaló en el dormitorio de Ana. Fue adornado primorosamente y se le instalaron las luces. Bajo el árbol se colocaron los regalos para todos los integrantes de la familia, para que todo fuera real. Ana observaba los preparativos enormemente emocionada.

Estaba oscureciendo; era Nochebuena. Toda la familia se reunió junto a la cama de Ana y se encendieron las luces del árbol. Luego cantaron unos villancicos y se repartieron los regalos, que los niños abrieron ávidamente. A la abuelita le ayudaron a desenvolver los que le correspondían. Se sirvieron pan de pascua. Era la celebración habitual de todos los años, con la diferencia de que esta vez no se hacía en la sala grande de la casa, sino en un dormitorio donde todos estaban apretujados. Pero la celebración la había cansado. Tomando el puntero, Ana escribió:

-Gracias a todos. Estoy muy feliz; pero ahora necesito dormir.

Uno por uno todos los integrantes de la familia se despidieron de ella con un abrazo y besos, deseándole las buenas noches.
Al poco rato, Ana se quedó dormida con una dulce sonrisa de felicidad en su rostro, por haber podido cumplir su mayor y último deseo. Los demás también se fueron a dormir felices.

Fue su última Navidad y su último sueño. Esa noche, mientras todos dormían, llegó Jesús a buscar a la anciana que ya había cumplido el último deseo de su vida terrenal. Y Ana se fue con Él con el rostro radiante de felicidad.

Tarde de domingo en Viña

María Isabel Quintana - 81 años - Viña del Mar

Los domingos asoleados, la concurrencia a la Avenida Perú se multiplica. La construcción de un nuevo complejo hotelero impide transitar libremente, por lo que esta vez inicié mi recorrido del borde costero desde 12 Norte.
Me dediqué a observar como se divierten las personas en un espacio abierto, natural y sin peligro. Una mamá observa a su retoño dar los primeros pasos, ayudándose con los brazos extendidos como un equilibrista en la cuerda floja. Un papá sopla al aire incontables burbujas que se elevan captando los mil colores del entorno, los niños se arremolinan a su lado tratando de capturar algunas. Llama mi atención un pequeño que con mucha seriedad persigue incansablemente las burbujas que bajan a su altura. Después de muchos ires y venires una esfera grande y colorida bajó lentamente. Con los ojos brillantes alza sus manitos y la atrapa de un golpe. Preferí no ver su desilusión y seguí caminando tras un grupo de jóvenes, inmaculadamente vestidos de blanco, que en pintoresca danza practicaban capoeira junto a su instructor. Más allá un niño con cara de vaquero del oeste cabalgaba sobre un pony…y esta fue la nota disonante. El caballito iba regando "su recuerdo" maloliente sin que su dueño hiciera el menor gesto por recogerlo.

Era temprano, decidí esperar la puesta de sol y me recosté bajo la sombra de un árbol que – a juzgar por su tamaño – debe estar ahí desde antes que este lugar fuera un parque acogedor.

El brillo de mi pelo plateado atrajo a un pequeño que con voz queda anunció: Mira mamá, la abuelita se quedó dormida.

La sorpresa de Ricardo

Marcial Letelier - 88 años - Concón

Todos los días Ricardo salía veloz en bicicleta, cargando en su espalda una mochila repleta de medicamentos para repartir en domicilios de la comuna. Trabajaba para financiar la carrera de constructor civil. Cinco Oriente es su ruta inicial, aunque recargada de tránsito, con taxistas que detestan a los débiles velocípedos. Pero, a veces, también se encontraba con gente amable, que incluso lo saludaba con movimiento de manos y sonrisa afectuosa, como doña Olga, una anciana que solía asomarse al balcón de su departamento de la segunda planta, ubicada en la tercera cuadra de aquella vía. El joven no la conocía, lo que no obstaba para que él le correspondiera agradablemente, agitando su mano derecha.

De pronto, dejó de ver a doña Olga; no apareció más. No se imaginaba que le podría haber ocurrido. Pero con el paso de los días se acostumbró a no verla, desapareciendo de su mente la imagen de la anciana, como se desvanece una burbuja de jabón.

Fue a mediados de diciembre, cuando visualizó a una joven en el puesto que ocupaba doña Olga. Por instinto aplicó los frenos. Oyó, con nítida claridad, como aquella muchacha pronunciaba su nombre. Dubitativo, se acercó a la puerta de reja de la entrada principal del edificio, encargando su bicicleta al conserje. "Suba al departamento 202 A, tenemos que hablar", dijo la voz femenina, con un peculiar encanto. La joven lo esperaba en la puerta y lo hizo pasar. Era alta, delgada, muy buena moza, características que advirtió de soslayo. Ya dentro de la sala, le dijo: "Ricardo, mi abuela Olga se acordó de ti antes de morir, y te dejó esto", pasándole un sobre de carta. Con cierto nerviosismo, Ricardo lo abrió, extrajo un documento notarial dirigido a Ricardo Urzúa Menares. "¿Cómo supieron mi nombre?", fue su inmediata reacción, y luego leyó el contenido, preguntándose en voz alta:" ¿Por qué yo?".

"Todo es muy simple, Ricardo. Mi abuela Olga y tu abuela Celia eran primas hermanas. Ella venía todos los jueves a acompañarla; mi abuela estaba mal de salud. Tomaban el té de las cinco, como la realeza. Hablaban de todo. Por ella supimos que no la visitabas casi nunca, salvo para su cumpleaños porque tu madre te lo exigía; que te fuiste de la casa porque no te avenías bien con tu padrastro; que tenías que trabajar, etcétera. Ahora, veremos la motocicleta. El abuelo murió hace quince meses. Una vez jubilado, se dedicó a la compra y venta de motocicletas. Ya enfermo, cerró el negocio, guardándose una como recuerdo. Ahora, la moto es tuya, la abuela te la traspasó legalmente; está casi nueva; las dos maletas en los costados permitirán aumentar la carga". El joven quedó admirado al contemplar el vehículo. "Es una joya; el sábado vendré a buscarla, ¿puede ser?", dijo él. "Te esperaré con una taza de té", dijo ella.

Mi padre

Sonia Reyes - 77 años - Viña del Mar

La tierra a la cual llegaste fue movida de tus pies casi al instante. Así te fuiste atando a mil cadenas de experiencias no gratas.

Niño que sobraba. Duramente castigado solo por ser niño en tiempo equivocado. ¿Alguien alguna vez te hizo sentir pertenencia a una familia? Ese dolor fue obstáculo para que tu entorno afectivo fuera aireado, colorido, tibio y arrullador.

Como tu hija, hoy comprendo que debo limpiar nuestras memorias dolorosas.

En un sueño me guiabas por una roca cavernosa. Ya habías partido al otro plano. Al interior de la roca todo era caos y suciedad. Sin embargo, al final del recorrido vi una pequeña mesa con mantel de alba blancura. Eso lo habías dejado para mí, me decían.

Lo recibí con cariño, me impresionaba la blancura del mantel y limpieza de ese rincón.

Relacionando tu desempeño laboral, como capitán de un remolcador de la CSAV. El tiempo me ha mostrado tu incierto recorrido por un mar tormentoso de emociones y como saltabas de isla en isla intentando hallar tierra para tus pies y una mano para asirte.

Muy joven la vida pone a tu cargo dos pequeños niños. Los coges y emprendes el cruce saltando por trozos de tierra que te parecían firmes para resguardarlos. Debías encontrar un lugar seguro para tus pequeños. El mar también arremete contra ellos, pero no tienes tiempo para contener sus miedos. Solo para ponerlos a salvo.

La madre de esos infantes, una sirena que cantó alegre a la orilla de tu mar por poco tiempo, decidió partir un día. Peregrinaste por islas para conocer otras sirenas. Ninguna estaba preparada para abrigar a tus niños.

En tanto, ellos crecían sin recuerdos. Solo crecían. Pronto amaron a hermanastros. Fea palabra me parece hoy a la luz de los afectos.

Varias islas, varias sirenas. Con la penúltima encontraste remanso. Ya tus hijos estaban a salvo en sus propios caminos. Sin embargo corto te pareció el tiempo pues, ella también decidió regresar a las estrellas.

Hoy tu hija desde un lugar seguro agradece tus férreas manos que impidieron que a mi hermano y mí, nos tragara el mar.

Bendigo tu hazaña y te abrazo con cariño. Abrazo que nunca nos dimos.

El guion de vida que juntos escribimos, ha finalizado. La obra llegó a su término. Se corrió el telón. Pronto en un espacio ilusorio distinto, evaluaremos aprendizajes y re-significancia de nuestros roles.

¡Llegaste a buen puerto capitán! Tus hijos a los cuales protegiste, hoy ya mayores, comprenden la travesía que hiciste y te lo agradecen.

Escucho el aplauso de los ancestros reverberando en sentimientos.

¡Misión cumplida! y abrazos desde el alma.

Érase una vez un niño indefenso que: …

Hoy tu hija escucha lo que nunca expresó tu voz, abraza tus miedos y te cobija para que te sientas por fin en un lugar seguro.

Abraza mi abrazo y también el de mi hermano...

Una nueva oportunidad

Mónica Álvarez - 73 años - Quilpué

Salmo 92:14
"Aún en la vejez fructificarán. Estarán vigorosos y verdes"

En el transcurso de la vida nos enfrentamos a distintos obstáculos, muchos de ellos logramos superarlos, pero hay otros en los cuales fracasamos y marcan nuestra vida para siempre. Es por eso que hoy, con la quietud del atardecer de mi vida, me he propuesto resolver episodios que están como una espina clavados en mi corazón y así atesorarlos como un recuerdo más.

Siempre hay una nueva oportunidad para volver a replantearnos y sacar lo mejor de nuestras experiencias. La escritura será mi mejor subterfugio, he aquí mi historia.

Cursando el tercero de humanidades en una prueba de castellano obtuve una nota cero, literalmente calificación cero, obviamente y como se estilaba en aquellos años, la profesora me amonestó frente al curso y llamó a mi apoderado. Esta acción provocó en mi mucha vergüenza, me sentí expuesta a las burlas y opiniones de mis compañeros, lo cual finalmente derivó en un trauma y un rechazo al ramo de literatura. Desde esa instancia y por décadas creí que ese campo no era lo mío y me alejé de él por muchos años.

Hace algunos años atrás y ya jubilada, un día asistiendo a un concierto en el teatro de Quilpué, me entregaron un folleto de una universidad la cual impartía unos diplomados para adultos mayores. Mientras esperaba el inicio de la obra, comencé a leerlo y me encontré con un diplomado en Literatura, mi gran talón de Aquiles, me llamó mucho la atención, lo volví a leer y releer, pero en ese minuto sentía que era una pretensión casi imposible, ¿cómo a mi edad comenzaría a estudiar nuevamente?, era distante y muy peliagudo, pero el bichito quedó en mi cabeza. Camino a casa decidí tomar el reto, a pesar de que sentía mucho miedo pensando que no sería competente.

Es así como el año 2018 comencé a realizar presencialmente el diplomado en la universidad, lógicamente varias veces quise dejar de estudiar, el haber estado alejada tanto tiempo de este ámbito me había pasado la cuenta, pero mis ambiciones de establecer un vínculo con la lectura y escritura fueron mucho más allá de lo esperado, quería probar y demostrarme que era capaz de lograr el desafío. Del diplomado salí airosa y con buenos resultados, me reencontré con las letras, conocí y leí distintos autores, me enamoré de la escritura y aprendí a redactar y traspasar al papel mi ideas. Desde aquel momento, mi amor por los libros ha ido en aumento, al igual que las ganas de escribir mis vivencias, quiero dejar mi testimonio para que cuando mis nietos estén grandes, lo puedan leer y conocer quien fui.

El camino

María Loreto Moena - 64 años - Villa Alemana

Catalina caminaba por la calle con paso lento, mirando de lado a lado, tratando de encontrar un nuevo principio que le ayudara a seguir su camino. Y pensaba ¿cómo voy a encontrarlo si no tengo idea de que camino seguir?

De manera intuitiva se dirigió hacia la costa, cuando llegó frente al mar inhaló el aire salino, llenando sus pulmones y lo dejó allí un momento, como queriendo retener las imágenes que acudían a su mente. Sin siquiera darse cuenta, su vida entera estaba ligada al ir venir de la marea.

Era delicioso percibir dentro de sí el tiempo como algo infinito,algo que sugiere la incapacidad de entender lo que es la eternidad. Así se sentía, sabía que aunque los años habían pasado , cuando miraba dentro de sí no distinguía diferentes etapas de vida o muchos cumpleaños celebrados a través del tiempo, sino que se daba cuenta que era una unidad, un Ser que reconocía una a una todas las experiencias vividas y que desde esta perspectiva esa podía ser la punta del hilo que le permitiría desenredar la madeja.

Con este pensamiento en la mente se alejó del lugar envuelta en un optimismo que le hacía sentir contenta. Hasta ese momento había considerado que su vida ya no tenía mucho sentido, sin embargo ahora se daba cuenta que el pasado, el presente y el futuro no tenían ninguna importancia, que tampoco lo que hiciera o dejara de hacer era relevante.

Cuando llegó a su casa vio todo de manera diferente, paso a paso fue reconociéndose en las cosas que veía, en cada una de ellas y en ese momento supo que no era necesario buscar nada porque todo estaba ahí, siempre había estado en ella, junto a ella, dentro de ella. Se miró en el espejo y sonrió, ya no tenía que buscar.

Una travesía por el Planeta de los Viejos

Nelson Flores - 68 años - Quilpué

¡Oh si! allí está, es el Planeta de los Viejos donde se respira orden y calma. Ellas y ellos van de la mano con los mismos derechos e igualdad de condiciones a la tercera edad, cómo no, si todo está establecido en los estatutos tomados de Platón y su República donde hasta los policías son de edad, es decir, personas con criterio bien formado.

Gandhi también deja su huella con su pensamiento de la no violencia *"la fuerza no proviene de la capacidad física, sino de la voluntad indomable"*. La sapiencia de Mandela se refleja en su sistema democrático multirracial que asegura que todos y todas tengan acceso y representación. Los jubilados viven en júbilo después de su larga tarea laboral, una merecida recompensa al final de una etapa. Los adultos mayores no van a un asilo, el asilo es un destierro, ellos permanecen en sus hogares hasta sus últimos días y son cuidados como tesoros humanos vivos.

En las bibliotecas públicas existe un legado poético de Saramago sobre la vejez: *"¡tengo la edad que quiero y siento, la edad en que puedo gritar sin miedo lo que pienso!"*.

¿Dónde estará este Planeta?, ¿cómo llegar a él?

Ningún astrónomo, ni con su mejor equipo podrá encontrar el Planeta de los Viejos, puesto que este se encuentra en lo más íntimo del ser, y para eso hay que buscar en lo más hondo de la mirada de aquel que sueña observando el horizonte.

Tras mi muerte

Juan Carlos Cortés - 63 años - Quilpué

Solo me senté en una banca intentado aclarar cada mínimo recuerdo que quedaba divagando en mi confusa cabeza, por más que intentaba pedir auxilio mis gritos eran inaudibles por los vivos. ¿No lo eran así para un hombre de capa oscura que de cuclillas miraba un lago, el cual me decía que es lo que olvidaste Lucía que aún no tienes descanso? Yo entre sollozos le decía, mi muerte fue tan repentina que ni siquiera fui capaz de despedirme de mi pequeño hijo, el cual aún espera que vuelva del trabajo.

El hombre misteriosamente se levanta y me dice sabes Lucía? hay cosas que simplemente no podemos evitar, cada ser tiene escrito su destino en este libro, el cual lo hizo aparecer entre llamas y mi pequeña tu nombre aparece aquí sin duda, no podemos engañar al destino lo que si podrías pedir un intercambio, aunque por el mi pequeña tu alma se oscurecerá, pero al menos podrías conseguir que aquel ser pague su mal actuar si aceptas y si tú sentimiento es genuino esta flor se unirá contigo, si no lo es quemará tu alma sin dejar rastro alguno.

Lo haré, no puedo aceptar que todo terminará así (lloraba mientras apretaba la cadena de corazón que contenía la foto de mi pequeño hijo Michael).

Al día siguiente amanecí exaltada revisando mi cuerpo el cual no presentaba ninguna herida, me levanté de la cama y acelerada me fui a la habitación continúa de Michel (no podía contener mis lágrimas lo abracé como si el mundo se fuera acabar) él me miraba confuso, luego de eso fui a la cocina para beber un café así aclarar mi mente, ya que pensé que solo había sido un sueño, pero no sentí un dolor en mi pecho me di cuenta que tenía un tatuaje de una flor de fuego que al tocarla quemaba, desconcertada caí al lado del refrigerador recordando todo lo ocurrido en aquel sueño surrealista. Me di cuenta de que era el mismo día de mi muerte, ahora debía hacerlo distinto al entrar a mi trabajo de mesera. Me di cuenta que había un hombre sentado en la sección de fumadores, el cual me miraba de reojo y me hacía sentir escalofríos, al terminar mi turno decidí salir por la puerta trasera e irme rápido a casa, pero comencé a sentir tras de mí unos pasos marcados, más al voltearme no había nadie... así que seguí mi camino y ya cuando solo faltaban dos cuadras para llegar a mi destino, un hombre encapuchado y con un lazo en la mano me dijo: no puedo dejar de mirarte y darme cuenta que "eres perfecta para mi colección de muñecas" tus manos y dorso son bellos, los quiero!!!

Al abalanzarse sobre mi cuerpo aquella flor de mi pecho lo consumió y se realizó el intercambio, su alma por la mía. Desde ese momento aquella flor desapareció con el recuerdo del ser oscuro, siendo arrastrados por aquellos demonios hambrientos.

Rosa y Renato

René González - 72 años - Valparaíso

El muchacho de doce años acompañaba a la abuela, buscando el nicho de Rosa y Renato, en la luminosa primavera de noviembre, con el viento, con aires del sur, que barría las secas flores del viejo cementerio de Playa Ancha.

La abuela en un rito permanente, sacaba lustre a la vieja cicatriz, que en su corazón se dibujaba desde hacía tanto tiempo, por aquel muchacho, que en algún tiempo amamantó con esa ternura suave y dulce que tienen las madres por sus pequeños, que prometen ser las esperanzas del mañana.

El nicho contenía los restos de Rosa y Renato jóvenes enamorados que la muerte unió para siempre y ya nadie les pudo separar, porque su amor era canción en el viento, era el baile alocado en las olas de la mar, era volantín multicolor surcando el océano del cielo, eran golondrina que no conoce el invierno.

El padre de Rosa consideró poca cosa a Renato para su hija y les quiso separar, enviando a la muchacha al Norte, ella entró en una profunda melancolía y enfermó gravemente. La vida se le escapaba como avecilla, que huye de la cazadora de la guadaña y de sus ojos la tristeza era la lluvia más terrible que corría por los adoquines de las calles del cerro de Playa Ancha.

De vuelta en Valparaíso el padre desesperado llama al muchacho, para que acompañara a la hija que moría irremediablemente, pensó por primera vez en el amor de los muchachos y creyó que sería el remedio milagroso, para los males de su hija.

Renato, todas las noches salía del Regimiento, para ir donde su amada, esperando que su amor pudiera obrar el milagro tantas veces pedido en una oración que desgarraba el alma que no alcanzó a ser oída mientras sus miradas se entrelazaban en una tristeza infinita.

Rosa se durmió para siempre en los brazos de Renato. Días después, el 5 de Marzo de 1948, durante la guardia nocturna un disparo rompió el silencio de la noche. Rosa y Renato en medio de las estrellas estaban juntos para siempre.

Hoy el muchacho tiene la edad de la abuela y cada noviembre viene a repetir el rito de recordar a estos jóvenes amantes unidos por el amor y la muerte.

Dos dípteros

Mauricio Acuña - 60 años - Quilpué

Una madrugada de verano en una oscura habitación donde dormían plácidamente un matrimonio, ingresó una hambrienta madre zancuda, quien excitada con el aroma humano se lanzó en vuelo silencioso a buscar donde picar. Primero picó el brazo peludo del caballero y una oreja. Luego picó la cara de la señora, quien despertó molesta con el ataque, encendió la luz de la lámpara, pero la astuta hembra zancuda se ocultó detrás de una cortina del ventanal. Allí permaneció sin ser descubierta. Su capacidad de mimetismo la había salvado. Cuando nuevamente apagaron las luces, salió de su escondite y voló a otro lugar. Esa noche trabajó picando a otras personas sin ser atrapada.

La jornada nocturna de la intrépida díptera finalizó, cuando sintió que su barriga estaba hinchada de rica proteína sanguínea. Antes que llegase el amanecer, había migrado hasta un escondrijo. Ahora descansaba en el lugar húmedo y oscuro de una casona, esquivando la amenazante luz del alba. Estaba contenta de haber sobrevivo un día más de su corta vida.

El cansancio del trasnoche llegaba a su cuerpo, pero cuando emprendía el camino del sueño, un monótono zumbido ronco la despertó. Nuevamente intentó conciliar su sueño, pero otra vez el desagradable sonido la despertó. Con disgusto se levantó y miró un pequeño agujero, descubriendo que la causante del alboroto era una enorme mosca, de barriga azulosa, insecto que en ese instante se disponía a comer unos restos de granos de azúcar.

Con bastante dificultad la zancuda sacó su pico por el pequeño hoyito y gritó:

-Eh. ¡Buenos días señora mosca! ¡Acá, acá!….

Le pido un favor, con voz aguda imperceptible al oído humano.

La mosca, escuchó que la delgada voz provenía desde el orificio, pero no sabía quién hablaba. Se acercó al lugar y ayudada de sus potentes ocelos con facilidad identificó que se trataba una zancuda.

-Ud., dirá señora zancuda, murmuró la mosca con una voz tosca y ronda.

-Este…., mire ¿Ud. podría volar en un modo silencioso? Le explico anoche trabajé una jornada muy agotadora. Lo único que quiero es dormir.

-Mi, estimada prima lejana. Le cuento que anoche mientras usted disfrutaba de los manjares de la sangre, picando una y otra vez a los señores de la casa. Yo dormía en una ventana del dormitorio, tapadita y calentita detrás de la cortina. Varias veces desperté, porque encendían las luces buscando un mosquito, que no pudieron pillar. Vi cuando usted también se ocultó en la cortina. Todo el ajetreo nocturno, me provocó un insomnio de los mil demonios. Lo peor fue que por su culpa casi pierdo la vida por un golpe de matamoscas. Así que no me pida que vuele sin hacer ruido porque es mi naturaleza.

Ambos insectos guardaron silencio. Hasta que la zancuda dijo:

-Estimada prima, mil disculpas. Ambas somos sabías y astutas, pero vivimos y comemos en diferentes horarios distintos. Yo soy nocturna, usted diurna, por lo que podemos convivir sin inconvenientes cuidándonos con reciprocidad. ¿Qué Tal?

-Excelente idea, exclamó la mosca-.

Monólogo de abandono

Antonieta Salces - 86 años - Villa Alemana

Pa qué te juiste ejándome sola… con cuatro chiquillos hambrientos y uno anidao en mi vientre.

¿Dónde está el hombre de este rancho apuntalando cercas, cortando leña en el patio pa qu'el fogón no se apague?

Aún te veo salir al alba con la picota y pala caminando pal jundo donde te esperaba el arado y la acequia correntosa que riega la siembra.

Mientras yo, entre las ollas, amasaba pan o al pie de la artesa jabonosa, tatareando una canción alegre y satisfecha.

Pués sabís, Pancho, ¿quién toma el arao y quién riega la siembra Pa no perdel el rancho y la huerta?

Juanito, tu hijo, el más grande: Hoy es el hombre de la casa.

Todos los días cuando el cielo está rosado de aurora, sale con la picota y la pala, p' hacer el trabajo que vo… abandonaste.

Teresa cuida a los chiquillos, mientras yo hago los menesteres en la casona, desde el alba al atardecer.

Cuando guelvo mis hijos se pegan a mis faldas secando su llanto, rodeando mi cintura con sus bracitos enclenques.

Ya la noche ha caído, atizo el fuego pa calentar los porotos y el agua en el tarro, pa limpiar su pobreza.

Uno a uno los jabono pa sacarle la mugre, enterando cinco, luego cinco platos de latón con los porotos humeantes que van devorando a la orilla de las brasas con sus caritas limpias y sus ojitos brillantes.

…Agora vení apareciendo, atorrante mentiroso y cobarde, apuesto que la china te aventó al camino. Mírate la facha; too tirillento, parecí un pordiosero,

Entra a lavarte la traición y la desvergüenza. Después vení a comer porotos junto al fogón…

Benjamin

Angela Paglicuihi - 88 años - Valparaíso

Benjamín es un adolescente muy apuesto, pero de costumbres muy reñidas. Al colegio, casi nunca asiste. Prefiere "hacer la cimarra", yéndose a fumar con sus amigos. Hacía caso omiso de las enseñanzas de sus padres, ambos de edad avanzada y mala salud.

Viven en un pueblo del Sur de Chile donde tienen viñas y producen modestos vinos. El padre le pide en vano que lo ayude en el trabajo; Benjamín siempre le da un grito y se va.

Cuando era más niño le regaló un caballo que aún conserva. Todos los días Benjamín sale en él a cabalgar. En el camino grita ofensas a todos y a un niño con bastón lo trata de "cojo".

Más arriba de la casa hay un hermoso lugar, con muchos árboles y flores de distintos colores, además corre un riachuelo y hay una placita con juegos infantiles a la que su hermanito menor siempre le pide que lo lleve, pero él se niega, retándolo y haciéndolo llorar.

En una de sus salidas a caballo, como de costumbre ofendiendo a quién se cruce en el camino; tiene tan mala suerte que de entre los matorrales salió un perro muy bravo, el cual se abalanza furioso hacia las patas del caballo que se encabrita y hace que Benjamín finalmente caiga estrepitosamente sobre unas piedras, quedando inconsciente.

Los vecinos, raudamente avisaron a sus padres y llamaron una ambulancia.

Benjamín es trasladado a la Asistencia Pública y luego queda hospitalizado. Sus padres lo visitan a diario, pero un buen día Benjamín se lleva una gran sorpresa. Ahí estaban los vecinos que siempre ofendía y el niño con muletas.

Muy avergonzado, les pidió que lo perdonaran, prometiendo que nunca más sería tan insolente. Ellos le respondieron que no se preocupase. Que lo único que querían era verlo sano.

Benjamín, tras este episodio en su vida, cambió totalmente su manera de comportarse. Comenzó a asistir infaltablemente al colegio en las mañanas y en las tardes ayudaba a su padre en las labores de la viña. Conversaba a diario con sus vecinos, llevaba a su hermano menor a la plaza a jugar y también al niño de la muleta, a quién también empezó a llamarlo por su nombre; Eduardo.

No son las personas ofendidas sino la vida la que castiga las injusticias y las malas obras.

Cinema Paraiso

El Chato Jaime - 68 años - El Tabo

En esos días, en que cuando niños solíamos salir a cachurear por la Población Arauco, nos encontramos con una caja que tenía desechos de películas y un carrete, nos dejamos las más largas para pegarlas, unirlas y poder proyectarlas para verlas, el problema era que cuando las colocábamos contra el sol no se distinguían, así que nos conseguimos una bicicleta vieja, una correa larga, una linterna y pegando un trozo con otro, logramos completarla bastante pero cuando intentábamos darle velocidad pedaleando muy rápido, la película se despegaba, porque la pegábamos con engrudo, así que no lográbamos ver nada. Después de mucho batallar, caímos derrotados y finalmente me quede con la película.

En la escuela, él profesor, nos pasó unas figuras que debíamos de hacer correr rápidamente una por una para ver cómo se veían unidas, después de inspeccionarla detalladamente, nos dijo que de tarea debíamos hacer algo parecido, aunque solo trataríamos de ver algo en movimiento. Yo me acorde de aquella película, así que para capear la tarea, me conseguí los implementos y listo, el más aparatoso de transportar era mi proyecto y me costó llevarlo al colegio. Al profesor le llamo la atención aquello, se entusiasmó y comenzamos a maniobrarlo, logramos que funcionará a medias, porque se cortaba la cinta. Luego, decidió que todos tomaríamos parte para ver aquella película, asi que fuimos a hablar con "El Cojo" del Teatro Septiembre y nos dijo que el engrudo no serviría, ya que era con acetona y lo más cercano a la orilla posible o se dañaría. Nos pasamos una semana trabajando en esta locura, en el que el más entusiasmado era el profesor, después de un arduo trabajo logramos terminar la película y ahora solo faltaba proyectarla, así que ese día, nos dispusimos a realizar aquella epopeya y ver el resultado. Apenas se apagaron las luces se nos apareció "Cantinflas" del que casi no vimos nada, despues "Espartaco" con Kirk Douglas y de forma mágica apareció "Carlitos Gardel", el cual tuvimos mejor suerte, porque este sería el pedazo más largo que recogimos de la basura, lo recuerdo, porque escuchamos completo el tango. Cuando se nos apareció "Ben Hur" con Charlton Heston, los subtítulos estaban al revés, asi que no pudimos leer nada, después la "Pasión del Señor" película repetida y para alegría nuestra "El Circo Chamorro", gran película chilena. Después de minutos, la exhibición se terminó, todos la encontraron fome y fuimos pifiados pero nosotros estábamos felices. Ahí fue cuando vi a mi querido Profesor Alfaro soltar alguna lágrima, el que sin dejar de mirarnos asentía con su cabeza muy emocionado. Cuando él me pidió aquella película, yo sin pensarlo se la di, para él era importante y nosotros con nuestra mentalidad de niño busquilla, a cien por hora, tendríamos otro proyecto en mente, algo divertido, como hacer detonar aquella bomba con un tarro y carburo.

Petricor

Roberto Córdova - 62 años - Limache

Primero fue el Estallido. La diversidad de opiniones encendió el chat del 4°D. Varios ex compañeros y compañeras se salieron del grupo; básicamente, quienes eran partidarios del gobierno. Era inevitable, el país atravesaba una crisis institucional y la rabia acumulada por largos años de injusticia se expresó por todos los canales, incluido nuestro humilde grupo de wsp.

Luego fue la pandemia. Todos nosotros sobre los sesenta años, con una gama importante de achaques propios de la edad, hizo que, preventivamente, suspendiéramos nuestros encuentros.

Dos años después, aprovechando el desconfinamiento, alguien sugirió encontrarnos de nuevo.

La idea fue tomada con entusiasmo. Rápidamente, acordamos fecha y cuota para el evento.

Propusimos invitar a quienes se habían desvinculado del wsp, con la promesa de no tocar temas políticos, a pesar del momento pre electoral que atravesaba el país.

Varios aceptaron con regocijo la posibilidad de retomar vínculos, evidenciando con ello que más importante que los derroteros y opciones de vida diversos y –en algunos casos- contrapuestos, había una valoración espontánea de lo vivido en la cotidianeidad de la sala de clases, los recreos y las cimarras.

La complicidad que se forja en aquellos años de devaneos y exploraciones amorosas, de dudas existenciales e imaginarios de esplendorosos futuros, puede más que las convicciones de aquella adultez con pretensiones de seriedad responsable.

En fin, ahora faltaba afinar detalles. Todo fluía hasta que el dueño de casa sugirió el pase de movilidad. Una vez más factores externos a nuestra motivación de fondo para reunirnos, nos jugaban una mala pasada. Algunos de nosotros o no teníamos las dosis correspondientes o, decididamente, no nos habíamos vacunado ni pretendíamos hacerlo. Después de un silencio prolongado en el grupo, el propio dueño de casa sugirió la solución: haríamos el encuentro en el patio y ya.

Tal como lo habíamos imaginado fue un reencuentro lleno de cariño, risas, añoranzas. Las pizzas y una variedad considerable de bebidas alcohólicas acompañaron la tarde algo nublada y melancólica.

Lo que no estaba previsto era que empezara a llover. Una lluvia impropia a estas alturas de noviembre hizo que entráramos a la casa y rompiéramos los protocolos impuestos por la "autoridad" sanitaria.

Duró poco la lluvia, pero lo suficiente para humedecer la tierra del patio al que regresamos a seguir compartiendo. Fue a propósito de aquello que una compañera recordó un paseo que hiciéramos a Olmué poco antes de licenciarnos, en el cual también había llovido muy cerca del verano.

Todos relatamos distintas anécdotas de dicho paseo, pero había un elemento común en el recuerdo de cada uno: aquel olor que expele la tierra después de la lluvia.

Entonces, ocurre que un acto tan particular, tan íntimo como es el que evoca un aroma, deviene en un hecho colectivo que funde pasado y presente, y nos subraya que –en esencia- seguimos siendo los mismos y que la riqueza de la vida tiene que ver con la diversidad que somos, y con los comunes que podemos encontrar en cosas tan simples como profundas.

Silencio

Ana María Campos - 64 años - Viña del Mar

En la sala del Instituto Médico Legal todo es desconocido, incógnitas que la autopsia debe descifrar. Trámites, sonidos. Desfilan siluetas borrosas de tanto llorar. La espera termina, la podemos llevar, ¿llegó la funeraria?

El sol se esconde, sigo al volante sin perder de vista el auto que contiene nuestro duelo. El conductor detiene el carro mortuorio frente a las puertas de la iglesia, deposita la urna sobre el armazón con ruedas frente al terraplén, que conduce al velatorio, se despide refunfuñando por la hora. Desaparece en la penumbra. Las dos nos enfrentamos al féretro y lo empujamos con la fuerza de los lazos de la vida, rotos sin aviso, no logramos avanzar, el reloj no da tregua. El silencio nos acompaña, las luces se hacen presentes inundando la calle. Un extraño conduce la urna hasta la sala del velatorio y se desvanece entre las sombras.

Te dejamos sola, sin luces, sin flores, sin compañía. El frío se instala en el corazón. Cada una abrazada a su dolor, mi hija mirando la muerte, por primera vez, yo sintiéndome vacía por no tener a quien cuidar… ¿Liberación o castigo?

La Sorpresa del Rocoto

Ángel Contreras - 64 años - Valparaíso

En el singular arte culinario del comedor de la Fábrica, siempre se destacaba la elaboración de platos simples, pero con mucho sabor, estos causaban el deleite de los voraces comensales que a diario asistían.

El maestro José era un paladín de la cocina, su indiscutido plato Gourmet eran los denominados "musicales", compuesto éste por nada menos que "Porotos con riendas" que sacaban risas entre los asistentes. El habitualmente preparaba el pebre como ninguno, lo dejaba siempre a libre disposición para sazonar las comidas, sin embargo, no faltaba quien echaba más de la cuenta terminándose de un santiamén la fuente con la anhelada salsa de sabor celestialmente picante, dejando al resto de los comensales sin probar esta exquisitez.

Por lo anteriormente señalado, el maestro de cocina necesitaba dar una lección. Es así como que un amable vecino le convido unos ají de nombre "rocoto", similar a un pimentón que pica como diablo. Este amigo, le advirtió que al hacer la preparación con este condimento lo hiciera con guantes, porque era muy fuerte. Así lo hizo, se afanó como de costumbre en la elaboración del pebre, éste se veía muy apetitoso para acompañar el menú del día.

A medida iba ingresando el personal al comedor, el maestro les iba informando que la salsa de ají de ese día estaba más picante de lo normal, para que se fueran preparando al momento de probarla, pero algunos de estos singulares personajes no tomaron en cuenta las recomendaciones del maestro. A reglón seguido, algunos trabajadores cucharas en mano, vertieron la salsa picante a los platos como lo hacían regularmente, pero al probar el primer bocado se levantaron de los asientos pidiendo agua; corrían desesperadamente de un lado para el otro, al sentir que se les quemaba la boca y que apenas podían respirar. Por otro lado, sus compañeros de labores que consideraron la advertencia hecha por el maestro de cocina, no paraban de reírse y ellos muy avergonzados, ante tan desagradable sorpresa prefirieron agachar la cabeza y abandonaron el comedor.

Moraleja: con el pebre hay que irse con cuidado.

Mi vivencia

Cristina Mancilla - 90 años - Quilpué

Todo comienza cuando acudía al colegio en Punta Arenas, tenía 9 años, iba al colegio María Auxiliadora; a eso del mediodía, mi madre me venían a buscar todos los días a la salida, y me iba a dejar la mamá en la mañana. Un día, mientras ella llegaba, me puse a jugar con otra niña a la "Mancha", un juego tradicional en esos años, (que es muy parecido a la pinta o al pillarse); pasa que nadie no me pilló, corrí como loca, salí a la calle por la puerta de calle y crucé hacia el parque que estaba enfrente, en calle Colón; al cruzar no me fijé que venía un auto a toda velocidad y ¡zaz! ¿Que me atropella?... por suerte, alcanzó a frenar y más de un golpe, no me pasó nada grave; aparte que me ensució el uniforme.

El caballero bajó del auto un muy asustado y temeroso de lo sucedido, me estaba limpiando, cuando llega mi mamá corriendo ya que había visto todo de lejos, encara al señor, le grita y sin pensarlo dos veces se saca su zapato que era de taco alto y le empieza a pegar, sin escuchar lo que le explicaba el señor. Una vez terminada la discusión, mi madre me toma de la mano, y me da un palmazo y un tirón de pelo, y le dice al señor: "Aprenda a manejar antes de subirse a un auto".

Mi madre muy enojada me toma del brazo y nos vamos caminando por el parque, cuando se acerca una señora y nos dice, ¡señora¡ ¿sabe usted quien es el señor del auto? Ella no sabía que era el alcalde de Punta Arenas, el Señor Ernesto Pizarro Blanco.

El fue alcalde en 1935 a 1941. Hizo 2 periodos, una gran persona. Pero mamá no sabía quién era y solo le interesaba su hija. Andaba en su auto pues, en ese tiempo no le daban chofer como hoy en día lo hacen. Él no dijo nada, ni hizo nada pues mamá no le dio el tiempo necesario ni para disculparse, todo quedó en una anécdota entre mi madre y el señor alcalde.

El Zamacuco

Gaviota Solitaria - 83 años - Valparaíso

Estaba en el alfeizar de mi ventana mirando hacia el horizonte, las olas iban y venían en un acompasado vaivén, mientras las gaviotas revoloteaban raudamente, y mi mente evocaba un hermoso otoño disfrutado en Maitencillo junto a ese amor tardío, nacido de tantos encuentros alrededor de una taza de café.. El oleaje que contemplaba ahora era similar, pero las evocaciones eran tan intensas, como si estuviese realmente al lado de Francisco Javier, pero la realidad de sus mensajes, sus llamados, sus flores, me confirmaban que sus sentimientos eran verdaderos.

Una tarde mientras paseábamos por la costanera, se nos acercó un hombrecillo de pintoresca presencia, bajo de estatura, pelo negro erizado, facciones extrañas, dijo llamarse Antonio González, pero todos lo conocían como "El Zamacuco", y nos ofrecía cuidar nuestra casa de veraneo, si le permitíamos hacer extraños rituales. Nos llamó poderosamente la atención sus palabras, pero nosotros dijimos que no poseíamos "casa de veraneo" y que no nos interesaba saber de sus sanaciones.

Los días se fueron deslizando vertiginosamente y cuando ya debíamos emprender el regreso, nos encontramos con "El Zamacuco", quién estaba muy acicalado, su pelo estaba bien peinado, con un buen traje y nos saludó alegremente y luego nos presentó a su benefactora, una elegante dama francesa, que aún conservaba su belleza en excelentes condiciones. Los invitamos a tomar un cafecito en un restorán cercano, a lo que accedieron gustosos. Conversamos de viajes, modas, costumbres, libros, en fin mil temas. Cuando finalmente nos despedimos "El Zamacuco" me dijo: ¡vas a tener una sorpresa muy grande, serás conocida en todo el país!... Le sonreí mientras estrechaba su mano, y le deseaba mucha suerte.

No habían transcurrido dos meses cuando mi novela "El viejo lobo de mar" se editaba con éxito total en toda la nación.

¡Coincidencia o "El Zamacuco" sabía de rituales….!

Un mito urbano en la universidad

Arturo Rodríguez - 71 años - Quillota

Entré a estudiar Geografía a mediados de la década del 70 en la Universidad Católica de Valparaíso, que se ubicaba en el segundo piso del Edificio Central por calle Yungay. En primer piso, estaba el Café Santa Julia, que se usaba como lugar de estudio y de intercambio de apuntes. Último lugar para "salvar o reprobar" ramos.

Un día llegó a nuestra mesa un grupo de alumnas contando que un docente les había pedido adjuntar fotos en el informe solicitado. Las alumnas protestaron de inmediato, aduciendo que ellas no tenían máquina fotográfica y menos sabían su manejo. Entonces les contó la historia de un chofer que trabajaba en la Universidad, había llevado unas fotos de los cerros a un profesor, y éste se las compró de inmediato.

Los alumnos que estábamos en el Café, nos mostramos escépticos frente a lo que acabábamos de escuchar. Alguien preguntó: ¿Y con qué profesor ocurrió esto? – No sabemos, el profesor no entregó mayores antecedentes -, entonces alguien exclamó: - ¡Esto es otro mito que quieren hacernos creer! - Y así, el caso comenzó a adquirir el calificativo de mito urbano del Instituto de Geografía.

Desde mi egreso de la carrera, el planeta Tierra giró cuarenta veces sobre nuestra estrella. Pero la vida siempre, nos ofrece sorpresas. Un día, de visita en casa de uno de mis hijos en Placilla, me encontré con el papá de mi nuera- el señor Agüero- quien me comentó que se había enterado que yo había estudiado y trabajado en el Instituto de Geografía y que él se desempeñaba como chofer para la Universidad, que siempre se había sentido atraído por la fotografía, y apenas pudo se compró una cámara fotográfica Zenith, con la que comenzó a sacar fotos del plan y cerros de Valparaíso y luego se las llevó al profesor Constanzo. Éste las observó detenidamente y le dijo: - ¡Oiga, estas fotos están muy buenas! ¡Se pueden apreciar claramente fenómenos geográficos urbanos! ¿Por qué no me las vende? ¡Cómo se le ocurre que se las voy a vender!, ¡Se las regalo! Tras un breve tira y afloja llegaron a un acuerdo.

Me quedé pensando, ¿Dónde había escuchado algo parecido? Justo en ese momento él tuvo que salir de urgencia. Me quedé cavilando sobre lo vivido y llegó el turno de regresar a Quillota. Durante el trayecto fui meditando y atando cabos sobre lo que le había escuchado y mientras bajaba por la complicada Ruta de Las Palmas, recordé el caso del mito urbano del Instituto de Geografía. Todo calzaba y demostraba que ¡era un hecho verídico!

Es curioso cuando un mito se transforma a nuestros ojos en realidad. Algo se pierde, pero también algo nos maravilla y podemos, al menos por un momento, esbozar una sonrisa frente al desenlace de esta historia.

El profesor Constanzo, actualmente jubilado, y el señor Agüero, aún chofer en la Universidad, todavía mantienen una grata y enriquecedora amistad, que ha permanecido inalterable por cerca de medio siglo.

La leyenda de Venus y Marte

Estrella Ciudad - 63 años - Valparaíso

Cuenta la leyenda que hace mucho tiempo se conocieron Venus y Marte, al mirarse no necesitaron decir palabras. Marte de coraza férrea, sagaz por sobre manera, pero de gran corazón, ella con una belleza de diosa en honor a su nombre, brillaba como su padre Sol, y con una encantadora sonrisa. Él se enamoró por sobre todas las órbitas, ella lo soñaba en la luz y oscuridad de su mundo. El padre Sol de Venus, dejó de lado las sus propias exigencias, tanto para él, como para su mundo y dejó libre a su hija. Marte llegó a buscarla, la miro enamorado, con sus ojos pardos y coqueteos, los que siempre mostraron sinceridad y miedo, le prometió darle lo que siempre necesito, su amor incondicional. La rebeldía y curiosidad que siempre los caracterizó llevó a Marte a mostrarle el cielo y las estrellas, ella le mostró el mar y las olas.

Un día bajaron a la tierra, había mucha gente, ella lo miró con ojos enamorada y llena de miedo, lo abrazo con el alma pidiéndole que no la soltara, que la protegiera para siempre, se escuchó un grito, un te amo cada vez más lejos y fue así que él se perdió entre la multitud de la gente.

Traición

Mañsol del Carmen - 60 años - Quilpué

!!Otra vez me traicionó, se casará con otra mujer!!! Me llegó una invitación para asistir al brindis de su compromiso.

¡¡¡Me hierve la sangre y me atormentan aquellos recuerdos!!!

¿Como me golpeó al saber que estaba embarazada, como rompió mi corazón, solo me entregó desilusión y desasosiego, como cuando hizo que le mintiera al médico cuando me preguntó que había sucedido? Sólo le dije que me había tropezado por las escaleras, mientras contestaba tales interrogantes él me miraba de reojo de manera amenazadora e impaciente y así se aseguraba de que yo no diría nada, además con su brazo rodeó mi espalda y enterraba sus uñas en mi hombro.

En ese instante fue cuando me di cuenta de que él no me amaba yo simplemente alimentaba un delirio que no me satisficiera jamás.

Así que esa noche preparé las copas, la suya la marqué en su base, le coloqué “una sorpresa especial” las puse sobre la mesa, lo miré con una leve sonrisa y mientras él bebía su primer sorbo me acerqué a él suavemente y mientras le susurraba al oído (alcé mi copa) y le dije con ella sello tu destino y escribo el mío”.

Luego de eso coloco su mano izquierda en su pecho e hizo una mueca de dolor, en ese momento se desplomó.

Cuando fue llevado al servicio médico legal según la autopsia... fue por muerte natural.

Y hoy recostada en el sofá de mi casa recuerdo las sabias palabras de mi madre “yo lo quise como a nadie, él me quiso como a todas”.

¿Qué irónico no?

Vida

Adriana Fernández - 66 años - Viña del Mar

Se inventó una vida. Siempre quiso tener antepasados españoles y pensó que los merecía. Cuando era pequeña le gustaba mucho escuchar música española en la pequeña radio que tenía su padre encima de una repisa en el campo, donde pasó sus primeros años. Ya de mayor, cuando la llevaron al colegio a Punta Arenas quiso tener clases de baile español, y la inscribieron en la Academia de la Sra. Betty Chávez. Como quedaba cerca de la casa de su abuela materna, donde vivía, hacía el trayecto caminando y soñando. Era bailarina de flamenco y viajaba a España con su padre, a presentarse en el mejor teatro de Madrid. Al volver de clases, siempre caminando, le decía a su madre que cuando fuera mayor iría a España, pero que a ella no la llevaría pues no le permitía cortarse el pelo. Además agregaba que se lo cortaría volviendo de su funeral. Para bailar usaría un moño postizo, confeccionado de su mismo cabello.

Cuando sonaban los tarros de latón en que se depositaba la leche recién ordeñada, en el piso de cemento gris de la casa del campo, le sonaban a cascabeles asturianos. ¡Qué sabía ella de cascabeles asturianos! Pero había escuchado a su padre hablar de ellos y de la tierra de sus antepasados.

Se hizo de un amigo español. A través de él fomentó internamente este sentimiento por todo lo que fuera y proviniera de cualquier sitio de España, aunque especialmente de Asturias, de donde provenía su amigo.

Le contaba a Víctor de sus abuelos, de cómo los recordaba, de los pueblos que nombraban, y se juraba a sí misma visitarlos todos algún día.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Barajas, y las lágrimas cayeron por sus mejillas. Tomó luego un tren y recorrió, uno por uno los pueblos cuyos abuelos le nombraban. Iba sola. Su padre había tomado la decisión de buscar una vida más feliz, en otro lugar inaccesible para ella.

Su madre le dijo que era adoptada. Que no conocía su origen, que nunca había sido española y que nunca había ido a clases de flamenco. Que quizás su nacimiento fue producto de un desliz de su padre, que la llevó a casa para que ella la criara, pero que ella nunca la quiso realmente. Cría cuervos y te sacarán los ojos, le repetía.

Siguió inventándose una vida. Siguió pensando que la merecía.

El paralelo

Silvia Aguilera - 76 años - La Ligua

Enciendo la luz de la cocina. Cojo el fósforo. Se enciende la llama al mismo tiempo en que se encienden también las calles en un Octubre completamente diferente. Agrego la sal. Escucho el tic tac del cronómetro. También oigo gritos, llantos, jadeos, pisadas fuertes y rápidas. Algo no anda bien allá afuera, pero tengo que concentrarme en las medidas de cada uno de los ingredientes del queque para mis queridos nietos. Mis pensamientos vienen y van, al igual que los perdigones. Se corta la luz, se acaba el gas y no puedo acceder a estos bienes básicos. Sin embargo, quienes están luchando en la calle, jamás en su vida han podido acceder a ellos.

Comienza el verano del 2020 con nuevas esperanzas. Quiero darme una ducha de agua fría, abro el grifo y solo cae polvo. El agua en Valle Hermoso, ubicado en la 5º región de la provincia de Petorca, no llegará hasta entrada la noche. ¿Pobreza? No. Se llama sequía. En Marzo llega la pandemia y se nos obliga a lavarnos las manos, ¿Con qué? ¿Con agua? Menuda paradoja.

Para entretenerme en la cuarentena, mis hijas me pagan un curso de cocina. Online, claro. De pronto me entero de que para todos mis nietos también es así, en línea. En los colegios pagados, sus alumnos se conectan a las clases y aprenden en sus “tablets”. Hoy pienso en los subvencionados. Me entero de que algunos pequeños deben sintonizar la radio para poder acceder a sus clases impartidas por una profesora desesperada por la precariedad de sus alumnos. ¿Es todo esto, justo? ¿Justo es que los padres profesionales trabajen desde sus casas? ¿Justo es que aquellos que viven con el sueldo del día a día, deban salir a trabajar a pesar de la pandemia? Mientras afuera las personas mueren, comienza mi clase de cocina.

Superstición

José Cifuentes - 72 años - Valparaíso

A las cinco y media sonaban los timbres. Hora de levantarse.

A las seis, la lista. Hoy es día de visitas. Todos están animados. En las horas de visita, el patio queda vacío. Solo estoy yo, un extranjero. Al que nadie viene a ver nunca.

Pero también hay otro, un negro del Chocó. En esos días, el sufría y aunque es de otra galería, cuando quedamos los únicos botados, se me acercaba. A veces somos tres, alguna vez cuatro. Y de vez en cuando un alma perdida se suma, una que también perdió la esperanza.

Gente como nosotros eran llamados "Los Sin Bandera", y era el peor estrato dentro de la "cana".

Había una superstición. Traía mala suerte humillar o golpear a un "Sin Bandera" y al mismo tiempo traía buena suerte regalarle algo, o algún pedazo de algo a un "Sin Bandera", aparte de eso había que ignorarlo como un paria intocable.

Éramos ocho o nueve en la celda (donde se dormía en el suelo) y al final del día, a la hora de encierro, todos me aplaudían, porque a veces la cantidad de cosas que me regalaban duplicaban lo que sus cercanos les habían traído. Igual me escondía lo mejor de los regalos.

Había un guardia que tenía el mismo apellido que yo, que no era muy común allí. Cada vez que me veía distraído en algún lugar del patio, se acercaba por detrás y con su garrote me daba un golpe a la altura de los riñones. Yo me doblaba del dolor y me arrodillaba, entonces él se acercaba y me hablaba al oído: "Es una vergüenza que haya alguien de mi apellido aquí adentro".

Cuando salí de allí para ser deportado, él me dio la mano. Dentro de su apretón, y doblado en seis, había un billete de diez dólares.

El discursillo

Freya Quiñones - 69 años - El Tabo

Señoras y señores y ¿por qué no, niños?

Sin ser grandilocuente ni verborrágica, quiero hablar de las promesas brujas que nadie entiende. Por eso me remito de todos modos a decir de lo escrito en el agua, de puño y letra, y borrado con el diente.

Los invito a meditar aquí en privado, en este recinto abarrotado por dos mil trescientos pensantes, incluyendo a periodistas, camarógrafos e iluminados... perdón, me dejé llevar por el optimismo, quise decir iluminadores. ¿Acaso nos hace falta una inyección de lo que sea o una transfusión de palabras como el diccionario, la Biblia o el Libro Gordo de Petete, para entender a los políticos y religiosos que hibernan como osos mientras el día D se aproxima?

Nunca somos más patriotas que para fiestas patrias, ni más religiosos que para Navidad, más aún si de por medio existe un feriado o vacaciones.

Yo, tal como ustedes, quiero trabajar poco y ganar mucho, por eso lucho y escucho y piso el pucho que otro tira para que no se arme el incendio, porque hay mucho papel arrugado de proyectos botados.

Ya nadie quiere ser Quijote, ni seguir los pasos de Cristo, para qué hablar de Doña Moralidad quien ha muerto de sida frente a la indiferencia de la responsabilidad.

Quiero hacer hincapié en nuestras necesidades, cada quien con su espina en la carne. ¿Qué vamos a hacer frente a todo esto, si Yahvé ya puso más del cincuenta por ciento? ¿Ve o no ve? ¿Escucha? ¿Palpa? ¿Huele? Sí, porque acá algo huele mal, el más fuerte se quiere comer al más débil sin saborearlo, sin masticarlo y por eso nunca queda satisfecho y sólo hablo de los hechos, no invento nada porque hay un único creador; nosotros somos nada más que transformadores y estamos dejando la embarrada.

Señoras y señores y ¿Por qué no, niños? Reflexionemos. ¿Qué haremos con nuestros sueños infantiles? ¡Despierten! ¡Hemos crecido!

¡He dicho!

-¡No, no está todo dicho!

¿Quién se robó mi paleta?

La cajón de muertos

Maragarita Estay - 72 años - San Felipe

Esta historia se remonta a la década de los 60, en donde una joven adolescente vivía en un pueblito de la región de Valparaíso, ella era conocida por los habitantes como Yita y desde muy niña genero cercanía con sus compañeros y compañeras de clase; siempre se le veía en compañía de un fiel grupo de amigos y amigas, pero dentro de su ser mas profundo ocultaba con pavor y recelo el oficio que desempeñaba su familia el cual consistía en la entrega de servicios funerarios. Yita sabia que no era algo malo, y que con los ingresos que esta actividad generaba toda su familia podía sostenerse sin problemas. Cada uno de los integrantes tenía una tarea Yita y su madre eran las encargadas de forrar los ataúdes, su hermano menor era el responsable de cuidar los caballos, el padre administraba el negocio y dos primos Javier y Ernesto eran unos carpinteros que fabricaban ataúdes y mantenían las carrozas fúnebres.

Esta funeraria llevaba por nombre "La Central" y era una de las tres que existían en el pueblo. Durante el último año de escolar de Yita, ambos padres enfermaron por lo cual ella tuvo que hacerse cargo del negocio. Un día el padre de su mejor amiga angustiado por la pena de perder a un ser querido, recurre a los servicios funerarios, encontrándose con la sorpresa que Yita se encontraba del otro lado del mesón, en ese momento el cuerpo de esta joven quedó paralizado, ya que dentro de su corazón afloro el sentimiento de angustia, pues su secreto más fuertemente guardado seria revelado.

Al pasar los días Yita volvió a la escuela, encontrándose con lo que ella se imaginaba, su secreto ya había sido divulgado entre sus compañeros y compañeras, los cuales la aislaron gritándole "¡ahí va la cajón de muertos!", ella con dolor veía como los que una vez eran parte de su alegría ahora le daban las penas más grandes. Yita termino su escolaridad y con tristeza recordaba lo mal que lo paso en sus últimos días, pero a pesar de ello, nunca abandono sus obligaciones en el negocio, lo hizo crecer y manteniéndolo siempre vigente.

Un día al cerrar la jornada se acerca su mejor amiga de la escuela, la que divulgó su secreto comentándole que necesitaba trabajo que su familia estaba en una muy mala situación, Yita le dijo con los ojos cristalinos por la emoción de volver a ver a su amiga y sin preguntar más le dijo "aquí serás bien recibida, si viniste aquí es porque lo necesitas, la vida tiene altos y bajos, ama esos momentos buenos porque son los que te harán mantenerte en pie en los duros episodios, y así me he mantenido hasta hoy" y desde ese momento todo cambio, los otros amigos de la escuela empezaron a visitarlas a ambas a la funeraria y ese lugar que se mantuvo escondido por tanto tiempo ahora era el lugar de encuentro y amistad.

El organillero

Héctor Lizana - 79 años - Valparaíso

A un lado de la arbolada plaza de Viña del Mar, cerca de los jardines, las flores y el verde césped, instala su carrito, el organillero, Justo al lado poniente, el más cercano al océano Pacífico, que ese día estaba sereno, más azulado y parecía más hermoso.

Inmediatamente los rítmicos sonidos primavera invaden ese domingo de suavemente iluminado por los rayos del sol. Son músicas rítmicas, que recuerdan el siglo pasado, bailan a través de los espacios del lugar y predisponen los ánimos a la alegría.

Los niños corren llenos de energía entre los coloridos juegos infantiles del lugar. Algunos se deslizan por los tubos, otros usan los balancines, entre gritos y carcajadas.

Los mayores empujan los columpios.

También están los que prefieren los carritos mecánicos, movidos a la fuerza de los pedales, que recorren los caminos de tierra del lugar. Otros usan los burritos que, dirigidos por un guía, caminan, paso a paso por los jardines.

Un pequeño grupo observa el viejo retratista que refleja sus años de experiencia en las líneas de sus dibujos... Otros esperan, entusiasmados, su turno para retratarse.

Muchos saltan y gritan, fascinados por las pompas de jabón que brotan de un tubito que agita el organillero. Las burbujas bailan al compás del viento, se agitan y se mueven seductoras. Los más pequeños gritan fascinados, las persiguen y corren para atraparlas. Cuando lo consiguen, las mágicas burbujas explotan y desaparecen, así como los sueños.